

INTIMOS DESEOS

3

3

INTIMOS DESEOS

INTIMOS DESEOS

2

2

INTIMOS DESEOS

INTIMOS DESEOS

1

1

INTIMOS DESEOS



Intimos Deseos

Una Novela Romántica
de Mercedes Franco

de Mercedes Franco
Una Novela Romántica

Deseos Intimos



Íntimos Deseos.

**La Colección Completa de Libros
de Novelas Románticas en Español
(Libros 1-3).**

Una Novela Romántica de Mercedes Franco

TABLA DE CONTENIDOS

Loca, Alucinante y Colorida (Tomo I)

[CAPÍTULO I - “Vero”](#)

[CAPÍTULO II - “Sebas”](#)

[CAPÍTULO II - Flores de apamate](#)

[CAPÍTULO IV - El regalo sorpresa](#)

Puntos Áureos (Tomo II)

[CAPÍTULO V - Recibe Una Novela Romántica Gratis](#)

[CAPÍTULO VI - El vuelo de la mariposa](#)

[CAPÍTULO VII - Cicatrices](#)

[CAPÍTULO VIII - Encuentro de dos formas](#)

Figurativo y Abstracto(Tomo III)

[CAPÍTULO IX - El álbum de la vergüenza](#)

[CAPÍTULO X - Cazador o cazado](#)

[CAPÍTULO XI - Percepción](#)

[CAPÍTULO XII - En primavera](#)

Íntimos Deseos.

AMIGOS X 100 PRE ♥

**Loca, Alucinante y Colorida
(Tomo I)**

CAPÍTULO I

“Vero”

Verónica Léger Ocanto, 28 años, artista plástico y rebelde por convicción. Estaba terminando la última pieza que necesitaba para completar el conjunto instalativo de su exposición, la sensación era contradictoria, de emoción y miedo, y como solía hacerlo, se estaba reflejando en su trabajo, ya que cuando la dominaban los nervios, se trababa un poco en el proceso creativo. En ese instante que estaba tan sensible, Sara, su mejor amiga, la llamó desconcentrándola aún más del trabajo. Vero hizo un gesto de impaciencia, ¡qué rayos! Ella sabía perfectamente lo mucho que le molestaba la interrumpieran mientras se encontraba creando.

—¿Qué quieres? —Le dijo impulsiva.

—Oh vamos, ¿ya estás de mal humor?, jajaja, pero tengo una noticia que va a cambiar eso de forma muy rápida.

—A ver, apúrate porque no he terminado, necesito volver al material.

—Viene Sebas... —le soltó de pronto.

—¡Qué!

—Ya te dije que viene Sebas.

—Sebastián... —dijo entre dientes.

—Ese mismo.

—Oh... bien, bien por él.

—Ah... ¿no te emociona?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque era tu mejor amigo.

—Era...

No quería que Sara supiera lo que sentía realmente, luego de tantos años, todavía sentía una especie de resquemor por la forma tan incómoda como habían quedado las cosas entre ellos. Nadie podría culparla por su incomodidad, su amiga no era normal, sino este tipo de chica que siempre le hacía bromas del talante más pesado que alguien se pudiera imaginar, y eso no había cambiado con el paso de los años. Además, desde que estaban en el colegio, se le había metido en la cabeza que ella y Sebas “tenían algo”, siempre había sido así. No necesitaba más de eso, quería que la dejara en paz para resolver los problemas plásticos y técnicos que estaba teniendo con esa pieza tan complicada.

—¿Por qué habría de hacerlo?, estoy completamente normal.

—Yo pensé que estarías brincando arriba de la mesa.

—¡Qué estupidez!, ¿por qué habría de hacer eso?

—Era tu mejor amigo, y luego de diez años, pues, lo lógico sería que te emocionaras.

—Diez años, son diez años, ya somos adultos, recuerda que desde hace mucho tiempo ya no somos amigos.

—¡Ja!, sí, ¡cómo no!, te apuesto a que, si lo vieras, de seguro te emocionarías.

—Oh... vamos, ¿seguirás con esas niñerías?

—Es solo una apuesta.

—Estás loca, no apostaré nada.

—¿Tienes miedo de perder?

—Tengo miedo de volverme tan inmadura como tú.

—Bueno, bueno, está bien.

—¿Cómo sabes tú que él vendrá?

—Ah... ¿te interesa?

—No, solo quiero saber cómo es que estás tan segura de que ese hombre va a venir, según me contó su mamá, tiene muchos años en España, no creo que tenga ganas de venir, luego de tanto tiempo.

—¿Por qué no?, tiene a mucha de su familia aquí.

—Ok, como digas.

—Bueno, lo cierto es que hablé con él.

—¿Hablaste con él? —Le preguntó sorprendida.

—Sí, hablé con “tu chico”.

—Deja de decir eso, mira que no estoy de humor.

—Ya veo, estás en modo psicópata, lo cual quiere decir que estás teniendo problemas con alguna de tus piezas ¿o me equivoco?

—No puedo contigo.

—Bien, ya ves, te conozco, bueno, tu querido amigo viene para las fiestas navideñas.

—Pero cómo hablaste con él, si... él no es de... —y se detuvo, porque no quería que ella supiese que lo había buscado en las redes sociales.

—¡Ajá!, te descubrí, así que lo estabas buscando, jajajajaja, ¡mierda! Es que cuando alguien está haciendo una cosa sospechosa cae muy fácilmente, jajajajaja.

—No, claro que no, es que sé que él siempre ha sido una persona muy reservada, por eso lo digo.

—Ok, como digas.

—¿No me crees?

—Eso no importa, pero lo que te digo es que ya no lo es, solo búscalo para que lo veas, ahora es todo un *party boy*, jajajaja.

—No lo creo, él no es así, siempre fue muy tímido.

—Las personas cambian cariño, incluso tú, sino, mírate y compara cómo eras antes y ahora.

—Algunas cosas siempre permanecen —le molestaba que hablara de él como si lo conociera muchísimo—. Ah... sí —exclamó—, como tú, por ejemplo, eres realmente molesta y creo que siempre será así.

—Bueno, te dejo. Ah... por cierto, lo invité a tu exposición.

—¿Qué?

—Que lo invité, no te molesta ¿verdad? Era tu mejor amigo, así que pensé era una buena idea.

—No, no me molesta, pero...

—Bien, entonces jajajajaja, lo verás en tu expo.

—Pero, ¿ya está aquí o qué?

—No, no ha llegado, pero pronto vendrá, jajajajaja.

—¿Por qué te ríes tanto?, no entiendo.

—Yo me entiendo —dijo con acento misterioso—, definitivamente esa mujer sabía algo que ella no, y eso la ponía nerviosa, justo lo que no necesitaba en ese instante.

Cuando colgó el teléfono sentía esa especie de sensación molesta en todo su cuerpo y no sabía a qué atribuírsela, ¿qué estaba pasando?, era como una especie de opresión. La verdad es que le

molestaba porque Sara parecía saber más de Sebas que ella, ellos eran “los amigos”, él era “su chico” como le gustaba decirle, ¿quién rayos se creía Sara para decirle lo que era o no Sebas?

—Jajajaja, ¡qué tonta! —se dijo a sí misma—, poco más y ya parecía su hermanita menor, se estaba comportando como una colegiala, es que siempre fue muy posesiva con Sebastián, a pesar de que muchas veces lo dejó plantado y no hacía caso a sus invitaciones, pero nunca le gustó que otras chicas se le acercaran demasiado.

No eran celos, por supuesto, pensaba, sino más bien algo territorial, como si fuese suyo. Sacudió la cabeza, ahora no tenía tiempo para estar pensando en tonterías del pasado, tenía ante ella esa obra que no estaba fluyendo como lo hubiese deseado. Siguió cosiendo piezas y piezas de telas para generar texturas en la superficie, estaba tratando de crear un tapiz que a su vez fuese una interpretación de la naturaleza. Hasta que comenzó esa pieza todo iba bien, le gustaba mucho el aire etéreo que proyectaba, como si estuviese hecho de nubes, eso exactamente era lo que deseaba, resultaba importante que la pieza fuese suave y etérea, que pareciera estar levitando, “sutileza” era la palabra que estaba buscando.

No quería terminar, es que ese era su “lugar especial”, el nicho, como le decía su padre, donde pasaba sus horas como si fueran segundos. Disfrutaba cada instante de su encuentro con la materia, como cada pieza que creaba, iba encontrando su lugar en el mundo y, sobre todo, la manera de expresar su ser interno en cada color y textura.

Colocó los materiales y herramientas en su lugar, para ella el orden en su trabajo era muy importante, no comulgaba con esos artistas, cuyos talleres parecían un universo alterno. Siempre que estaba trabajando dejaba su celular en el piso de abajo, porque no quería que nada le molestase, cerró y bajó a la primera planta del departamento y buscó su teléfono, el cual había dejado en la cocina, vio entonces que tenía varios mensajes de su novio.

Orlando: Hola amor, acabo de salir del trabajo y quiero ir a verte, ¿qué estás haciendo? 7:00 p.m.

Orlando: Mi amor, respóndeme, estoy tomando un trago, respóndeme para saber si puedo visitarte, se me están ocurriendo unas ideas geniales y ya sabes a qué me refiero. 7:30 p.m.

Orlando: ¡Hey!, soy tu novio, ¿estás viva? Respóndeme. 7:50 p.m.

Orlando: Ya veo que estás en tu “nicho”, ni modo, si puedes o te das cuenta de este mensaje respóndeme, estaré con unos amigos. 8:15 p.m.

¡Rayos! —se dijo—, se le había olvidado por completo Orlando, cuando trabajaba todo el resto del mundo pasaba a un segundo plano. Decidió que sería una buena idea cocinar algo para ambos, así que le respondió para ver si todavía estaba disponible. Ese hombre tenía una agenda social muy activa, era alguien a quien los demás se disputaban porque era encantador.

Vero: ¡Hey!, sí, tienes razón, estaba en el nicho es que ya sabes cómo soy, cuando estoy ahí todo se me va, dejé el celular abajo, ya te podrás imaginar... no había leído tus mensajes. Sí, puedes venir, haré algo para ti... por cierto, también tengo muchas buenas ideas, no eres el único ♥♥♥

Pero su novio era algo impredecible y siempre terminaba haciendo lo que quería. Así que luego de decirle que sí, se decidió a cocinar y crear un ambiente romántico para esperarlo, pero como cosa rara este no llegaba. Miró el reloj y ya eran las diez, ¿dónde rayos se había metido ese hombre? Para cuando llegó, se estaba comenzando a sentir molesta, es que Orlando Núñez no era

una persona fácil. Era un hombre complejo con matices diversos y en parte le recordaba al carácter de su padre, el cual tenía el típico temperamento artístico, fuerte, difícil e impositivo.

—Llegaste tarde —le dijo a Orlando.

—Oh... baby, es que estaba muy ocupado —le dijo dándole un ligero besito en la mejilla y sin dejar de ver su celular.

—Dijiste que estabas con tus amigos.

—Sí, pero surgió algo importante, algo de trabajo con mi socio, no podía perder esa oportunidad, ya sabes que esto es...

—Ok, está bien, no digas más —le había escuchado la misma excusa miles de veces, no necesitaba de sus argumentaciones en ese instante.

Pero él seguía mirando el celular, esa cosa parecía más interesante que estar con ella. ¿Qué se traería entre manos esta vez?, la confianza entre ellos no era algo muy definido, sino que dependía de las circunstancias y él no ayudaba mucho. No eran una pareja común, sino personas muy atractivas que llamaban la atención, ambos lo sabían, pero definitivamente ella lo manejaba mejor que Orlando.

—¿Podrías soltar esa cosa, aunque sea un momento por favor? —le dijo en un tono de orden.

—Espera, espera, es que estoy hablando con un cliente —la miró de soslayo—, si había algo que realmente le molestaba era una mujer que quería imponerle cosas, toda su vida había hecho lo que le daba la gana.

Allí estaba otra vez, mirando a ese hombre con el cual no tenía absolutamente nada en común. Era guapo y exitoso, nada más, pero él no entendía nada de su trabajo, ni de sus sueños, vivía en su propio mundo de negocios, haciendo inversiones, viviendo en ese mundo abstracto del dinero. Aunque ella hacía el esfuerzo por entenderlo, sospechaba que este no le importaba en lo más mínimo comprender su mundo de colores y formas. La compañía de ese hombre le producía muchas veces la sensación de estar rodeada de personas, pero sintiéndose profundamente sola.

Parecía una buena idea cuando lo vio en aquella fiesta, era el hombre más sexy del lugar, sin ninguna duda tenía todo lo que le gustaba, era interesante, poseía un buen cuerpo, cara atractiva, además de ser inteligente y sexy y, por si fuese poco, un hombre exitoso. Por mucho tiempo fue la envidia de todas, se sentía en la luna con ese hombre que era supremamente detallista, no solo en sentido material, sino en otras áreas interesantes... pero el encanto inicial ya había pasado, y ahora le veía todos los defectos, como su molesta manía de estar pegado en el teléfono o su afición a “desaparecerse” de repente, por supuesto justo cuando ella más lo necesitaba.

—Ya baby, ¡ahora soy todo para ti! —le dijo con una sonrisa que no parecía del todo sincera —, algo estaba planeando ese hombre, no confiaba plenamente en él.

—Sí, me imagino —le dijo con cierta sospecha—, era un empresario de mundo, había muchas chicas pululando a su alrededor, y lo peor de todo es que buscaba en su corazón y no sentía nada, ni siquiera un poco de celos, eso no estaba nada bien, ¿sería que ya era el momento?

Era el instante en que te dabas cuenta que las cosas no iban a funcionar, su madre le llamaba “el momento”. La revelación, cuando sopesabas toda tu relación y te percatabas que era mejor seguir adelante ¡sola! “Mejor sola que mal acompañada”, le decía siempre su madre, quien había tenido muchos “momentos” en su vida.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada —dijo jugando con su plato.

—Oh... vaya, creo que te faltó un poco de sal —exclamó de repente de manera despreocupada.

—¿En serio? —Le contestó levantando una ceja.

—Sí, sabes que no me gusta la comida insípida.

—¡Comida insípida! —Sintió como dentro de ella una especie de llama estaba creciendo, era la molestia que ya tenía acumulada, que, de hecho, se venía acumulando desde los últimos dos años que llevaban juntos.

—Sí, baby, tienes que ponerle más sal, en fin... —y siguió mirando el celular.

—¿Podrías dejar de lado esa maldita cosa? —y ya la molestia estaba fluyendo, hirviendo por todo su cuerpo, sintió que la cara se le estaba encendiendo, tanto como si alguien estuviese haciendo un fuego sobre ella.

Se le quedó mirando, ¿cómo era posible que este energúmeno no apreciara lo que ella había cocinado y simplemente le dijera que su comida estaba insípida? Su madre le había dicho muchas veces que no hiciera nada por ningún hombre, que este no estuviera dispuesto también a hacer por ella, y la verdad no recordaba que ese idiota le hubiese cocinado nunca. Era por esa razón que Abigail, su madre, le recomendaba que no se colocara en una posición de depender emocionalmente de nadie o esperar algo de uno de estos especímenes. Por primera vez en su vida, había pisado ese escollo del camino, bueno, por segunda vez en realidad.

—Vaya... estamos un poco quisquillosas por aquí, ¿estás en tus días? —Ella apenas podía creer que él le estuviese diciendo eso—, ¿cómo era que había terminado con ese idiota? —se dijo.

Entonces recordó la larga lista de ex novios de su madre y lo entendió, ¡estaba aterrorizada! Ella estaba repitiendo los mismos errores de Abigail, era como una maldición. Sí, definitivamente, Orlando era el tipo de hombre con que había visto a su propia madre algunas veces, solo que con diferente cara y nombre. ¡Maldita sea! —se dijo—, allí estaba frente a ella ese hombre increíblemente guapo y estúpido, sin la menor sensibilidad por sus deseos y preferencias. Orlando no sabía apreciar ninguno de sus detalles, ¿qué rayos hacía con ese tipo? —Se preguntó.

—Estás muy rara hoy, sabes qué... creo que mejor me voy —Verónica lo miró con cara de querer asesinarlo—. ¿Esto era todo?, estuvo una hora de su vida haciendo la cena, desperdiciando su tiempo en este tipejo que ni siquiera se había tomado la molestia de apreciar la mesa y el ambiente romántico que había generado. No, ¡qué va!, ella no servía para estas cosas, ¡qué estupidez!

—¿Te vas?

—Sí, tengo algunas cosas que hacer y tú estás muy rara hoy, la verdad es que...

—¿Qué? —y abrió los ojos como platos.

—Nada, mejor me voy, lo siento cariño, hablamos después —ni siquiera tenía los pantalones de decirle lo que estaba pensando, era de esos que le gustaban evadir y detestaba ese tipo de comportamiento en un hombre.

—Sí, hablamos después —le dijo—, estaba tratando sobrehumanamente de controlarse, porque en realidad lo que deseaba era matarlo lenta y dolorosamente.

Orlando Núñez era un hombre de mundo, muy atractivo, de hermosos e interesantes ojos negros, sexy, de los que hacían voltear cabezas, y eso le bastaba en aquel momento, pero ya no. Su mente estaba ocupada en su mayor pasión, el mundo de los negocios, su empresa era su amante, esposa y mejor amiga, así el lugar que Verónica deseaba ya estaba ocupado. Vestía de forma impecable y su auto era su bebé, para él la imagen resultaba sumamente importante, no solo había que ser, sino también parecer, era una de sus frases favoritas. Sí, así era Orlando Núñez, un tipo que apreciaba la belleza y el lujo, pero, sobre todo, a las mujeres hermosas.

La primera vez que vio a Verónica le llamó supremamente la atención, no se trataba solamente que fuese muy hermosa, sino que proyectaba esa aura artística que tanto le gustaba, y no precisamente por ser un amante de las artes plásticas, sino porque favorecía la suya y le aportaba una especie de plusvalía. La conoció precisamente en una exposición, y sintió que esa preciosa chica que llevaba el cabello rosa y tenía los brazos tatuados, era lo que necesitaba en ese momento, como cuando vas a un restaurant y escoges lo que te apetece en ese momento del menú.

Cuando la abordó terminó de confirmarlo, era la mujer más interesante que había conocido en toda su vida. Esa noche le hizo reír como nadie, tenía una lengua aguda. Él le comentó que esas obras le parecían una porquería, y ella se lo confirmó de la forma más graciosa e irónica posible. Habían hecho *match*, tenían cosas en común, es que ella poseía “ese algo”, era como un platillo bien sazonado, en su justa y compleja medida.

Nunca le había gustado una mujer así, su tipo siempre eran las modelos curvilíneas, pero esta chica tenía otro cuerpo, más esbelto y elegante, aunque elegante no era la primera palabra que venía a su mente cuando pensaba en la mujer que le gustaba conquistar, sino algo como sexy. No es que ella no lo fuese, sino que destilaba su sexualidad y sensualidad de una manera diferente, esos ojos rasgados y grandes a la vez, la forma de maquillarse, los tatuajes. Se preguntaba qué tan atrevida podía ser, y pensó que no tardaría en averiguarlo.

—¡Vaya!, por fin encontré algo interesante aquí —le dijo emocionado.

—¿Algo? —Le contestó ella enarcando una ceja y con una sexy sonrisa.

—Eres una mujer sumamente... interesante, es que desde que entré, lo primero que vi entre todo esto fue a ti, llamas mucho la atención, como que resaltas entre todo este montón de gente aburrida.

—Jajajaja, te aburres porque nunca has ido a una de mis exposiciones, allí no hay lugar para el aburrimiento.

—Deberías invitarme —y le sonrió divinamente—, de solo verte sé que podrías ser de todo, menos aburrida.

—Estás en lo cierto, así que eres bueno leyendo personas —le contestó siguiendo su juego.

Orlando sabía cómo complacer a una mujer en todos los sentidos, la llevó a pasear en helicóptero por la ciudad. Tenía una serie de estrategias para conquistar a las mujeres que le gustaban, pero el cuento de volar en la ciudad nocturna era una de sus mejores movidas y nunca le fallaba para los casos difíciles como este. Es que esa mujer le traía loco, incluso, se había encontrado pensando en ella, algo raro. No caía ante sus tácticas habituales, así que tuvo que aplicar esa estrategia, la cual solamente estaba reservada para casos especiales, algo como “rompa el vidrio en caso de emergencia”.

—¡Esto es hermoso! —le dijo ella con esa sonrisa encantadora—. La misma sonrisa que adoptaban todas sus conquistas cuando ya había llegado donde quería. Sí —dijo para sus adentros—, ya la tenía donde él quería, o al menos eso pensaba.

Orlando Núñez era un manipulador que sabía jugar con las emociones de las personas al igual que un escultor lo hacía con la arcilla. Cada cosa tenía su momento y manera, era una especie de don; pero sus poderes no se limitaban a las mujeres, así había llegado hasta donde estaba. No podía negarse que era un hombre de visión y sumamente trabajador, pero también debía el lugar conquistado a ese gran don para controlar a las personas sin que estas se percatasen. Era algo que le nacía desde adentro, una sonrisa, el saber adelantarse a lo que otros necesitaban, leerlos como si fuesen un libro abierto, era un conjunto de diversas variables que él sabía manejar con gran maestría.

Había desarrollado un conjunto de metodologías que nunca fallaban, como apretar el botón 1 y obtener la reacción 2. Siempre era lo mismo, es que no hay un mayor experto en apretar los botones de una mujer que él, pues había aprendido con el mejor, Cristóbal Núñez en persona, su famoso y muy mujeriego tío. Todas las mujeres reaccionaban de la misma manera, no importaba si tenían 20 o 40 años, si eran morenas, blancas, flacas, curvilíneas, maestras o ingenieras, todas eran la misma cosa. Él solamente sonreía, siempre funcionaba y eso le daba un margen de seguridad, el hacer esto o lo otro en tal o cual caso.

Claro, exceptuando con Verónica, ella era una artista y eso significaba que tenía una personalidad compleja, aunque al principio creyó que sus tácticas milenarias le funcionarían pronto, se dio cuenta que esa mujer era uno de sus casos difíciles. Por supuesto, debido a eso le gustaba mucho más que las otras, pues no existían buenas cacerías que fuesen fáciles, y esta se estaba poniendo realmente interesante, se sentía como un antiguo cazador en el bosque ante una presa valiosa que no se dejaba amilanar por sus tácticas.

De hecho, cuando su famoso tío la vio por primera, se quedó muy impresionado, ella no se asombraba con el legendario personaje, ni tampoco mostraba timidez ante el famoso playboy. Este la analizó y determinó, al igual que Orlando, que era una rival digna.

—Sobrino, debes tener cuidado con esa chica.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, lo puedo ver en tu cara, esa es de las que llegan a tu corazón y lo hacen pedazos, sal de esa mujer rápido o terminarás muy mal.

—Jajajaja, tío, por favor, eso nunca ha pasado, ni a mí, ni a ti.

—Habla por ti solo.

—¿Tú? No lo creo, no puedo creerlo, ¿estás bromeando cierto?

—Una vez, solo una vez.

Él lo miró con incredulidad, no podía ser que Cristóbal Núñez hubiese sido conquistado por una mujer, eso no era posible. Es como si su ídolo se hubiese desplomado de pronto, ¿quién podría ser esa mujer que había derrumbado los inexpugnables muros de su tío? Si era así, definitivamente debía tener más cuidado con esa chica, era tan interesante y ya le estaba provocando reacciones extrañas, pensaba en ella durante el día, deseaba verla cuando no se encontraban juntos, se halló una vez pensando en qué le gustaría o, peor aún, qué pensaría acerca de su nueva movida de negocios. No, no podía permitirse eso, debía hacer una pared entre ellos dos.

Pero se le estaba haciendo muy difícil, esa mujer sabía escurrirse entre las grietas. Cuando ella lo invitó a pintar con sus cuerpos desnudos sobre el lienzo, supo que era “su chica”, nunca había recibido una invitación tan sugerente como esa, y tal vez por eso mismo había estado dos años con ella, todo un récord, de hecho, sentía que ya se estaba oxidando. No podía seguirse permitiendo esas debilidades, él era el “hombre”, estaba arrojando su reputación por el piso, era lo peor que le podía pasar.

Pero esa noche cuando salió de su departamento se sintió atrapado, cualquier hombre soñaría con tener una mujer así, era talentosa, brillante, inquieta, tenía ambiciones (esta era la cualidad que más le gustaba), era ramdon, excéntrica, y además muy hermosa, por no hablar de increíblemente buena en la cama. ¿Cómo se podía huir de alguien así?, por supuesto que mujeres hermosas él podía conseguir en cualquier lado, pero a la hora de compartir más allá del cuerpo era otra cosa, siempre había un comentario agudo, cualquier cosa que le hacía reír o le sacaba de su mundo opaco, es que... No, no se podía permitir eso, ¿qué rayos estaba pensando?, ¿acaso se

había vuelto loco?

Pero había un problema, él no era cualquier hombre, siempre esperaba más, soñaba en grande, y cuando se mantenía mucho tiempo en un mismo lugar, no podía dejar de sentirse completamente vacío, aburrido y, aunque era muy especial, ya estaba sintiéndose incómodo. Le molestaban esas cenas con velas perfumadas, los baños en la tina, y todas esas cosas que hacían las parejas, se suponía que eso pasaba mientras estabas conquistando a una chica, era parte del encanto, pero ya esos rituales no tenían sentido, la había conquistado, y ya, ¿qué quedaba después de eso? No tenía la más mínima idea, porque nunca había sido novio de nadie, su táctica era hacer que la mujer terminase con él, y a otra cosa mariposa.

Su tío siempre le decía que la peor manera de estancarse era quedarse mucho tiempo en el mismo lugar, y eso era exactamente lo que había estado haciendo, dos años con la misma mujer, ¡cielos!, ¿en qué rayos estaba pensando?, no importaba si era una princesa o una actriz de Hollywood. Sentía que ya no era el mismo, ella se estaba convirtiendo en una de esas mujeres que su tío le había contado, una persona aburrida que te reclamaba por tonterías, con las que engordabas y pasabas noches recostado, acurrucado viendo televisión ¡qué horror! Sabía que existían aberraciones de hombres que amaban ese tipo de cosas, pero él no, Orlando Núñez era un cazador, y los cazadores debían estar en acción, sino morían.

Siempre hacía lo mismo, era el momento de pensar en otras opciones. Miró el mensaje en su celular, el que de hecho estaba leyendo cuando Verónica lo miraba con ojos inquisidores, su código clave era “asuntos de negocios”. Así decía cuando una chica medianamente interesante estaba en puerta, y esta era muy sexy, una rubia modelo que le gustaba particularmente, a la cual había estado mirando desde hacía un buen tiempo. Al ver su foto se dijo a sí mismo que era un buen reto, que sería suya, y casi estaba a punto de lograrlo, miró el mensaje de su WS y sonrió, casi caía. De pronto, otra vez estaba allí esa sensación de adrenalina que conocía tan bien, y se sintió nuevamente vivo.

Isabella: “Hola, eh... la verdad es que, si estoy interesada en dar una vuelta por la ciudad, tu oferta de volar en helicóptero suena tentadora”. ♥♥♥

Sonrió, estaba a punto de caer y no había sensación más excitante que esa, era el cazador que está a punto de alcanzar la codiciada presa. Experimentó una especie de cosquilleo interno, esa mujer era divina, se imaginó entre las sábanas con ella, cielos, sí que era un bastardo con suerte, se dijo.

Isabella era una mujer encantadora, rubia, alta, delgada y curvilínea, en fin, el prototipo de modelo que le gustaba, una emoción intensa invadió su cuerpo haciéndole estremecer, estaba a punto de reclamar la presa. Pero en el fondo lo sabía, era como desear un postre que jamás habías probado y una vez que pasaba ese instante te sentías saciado, entonces debías ir por otro y otro más, pero nunca te llenabas, la sensación era una especie de sed eterna que no se apagaba con nada.

La trampa del cazador, donde las emociones generaban la adrenalina, una droga a la cual debías acudir cada vez, subiendo la parada. El problema es que ya no pasaba lo mismo, buscabas la sensación inicial, pero jamás volvía, era el vacío de encontrarse consigo mismo y su naturaleza baja ante el gran espejo de la vida. Podía sentir que todo era una mentira, el mismo vacío de siempre, pero no estaba para filosofías baratas en ese momento, así que se dejó llevar como siempre por sus instintos, los cuales nunca le fallaban.

Esa chica sería suya, se le estaba ofreciendo y no desaprovecharía esa oportunidad de tener a

una mujer tan hermosa, esos tres corazones al final del mensaje prometían. Era arriesgada, eso significaba para él diversión, tal vez con suerte también fuese una aventurera que no le gustaba complicarse la vida con enamoramientos tontos, de esas que te decían “fue muy bueno, pero... no estoy en busca de nada serio”, esas eran su target favorito, diversión con cero compromisos.

Pero Isabella Lorenzo era una mujer que estaba acostumbrada a que todos los hombres se arrojaran a sus pies y era hora de emparejar ese juego, él lo sabía, a ella le gustaba la atención masculina. Ahora la pelota estaba en su lado de la cancha, tenía el control de ese juego y así permanecería.

Ella, sin duda, estaba en su lista A-1, en la cual colocaba a sus mejores conquistas. Pero no debía demostrarlo, eso era lo peor que podía hacer un hombre, demostrarle a una mujer sus verdaderos sentimientos, muchos caían en esa trampa, y siempre obtenían el mismo resultado, que se aprovecharan de ellos. Lo sabía, todas eran iguales, hasta la más bienintencionada, cuando sentían que ese hombre les entregaba el corazón, se volvían tras de él para despedazarlo, eso nunca le pasaría, no sería como su padre al cual había visto destruirse por una mujer.

—Mírate en ese espejo —le dijo Cristóbal—, no quieras terminar como Elías, dejó todo por esa zafia y mira cómo quedó, todas las mujeres son iguales, tarde o temprano te harán lo mismo.

—Tienes razón, jamás seré como él.

—Bien, muchacho —le dijo dándole una palmada en la espalda mientras se bebían unos whiskys.

Cristóbal fue su mentor, lo había criado cuando su padre murió y, aunque a su madre no le gustaba la idea, debía aceptar que Orlando necesitaba una figura masculina que se encargara de ayudarlo, aunque fuese una tan nefasta como Cristóbal Núñez. Pasó su juventud adiestrándose con el playboy, enseñándole todas sus tácticas hasta que se volvió más experto que su propio maestro.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo casi con lágrimas en los ojos, cuando vio que había conquistado y dejado sin más a Gabriela Pino, la modelo mejor cotizada del país—. Ella era la presa más codiciada y él la había enamorado para luego abandonarla, era su prueba final, y Cristóbal estaba orgulloso de él, ¡lo había logrado! Era finalmente uno de los suyos.

Sonrió al recordar eso, él sabía algo que muchos otros desconocían, así que dejó de lado el celular y se lo metió en el bolsillo, sabía que eso volvía locas a las mujeres, era como tocar el botón 1, porque no había nada que detestara más una chica como ella que un hombre la ignorase. La dejaría esperando todo el tiempo que le diera la gana, y ahora iría a reunirse con sus amigos.

—Te llevaré a volar —dijo sonriendo e imaginándose todo lo que le haría cuando la tuviera en su cama y ella se sintiera ansiosa de saber por qué este hombre no se arrojaba a sus pies como todos los demás—.

En ese instante Verónica estaba navegando en internet, quería buscar a Sebastián, tenía curiosidad de saber cómo se veía ahora. Ella también había cambiado, ya no tenía 18 años, el tiempo había pasado para ambos y hacía tanto que no le veía, solamente recordaba esa imagen de cuando ambos eran tan jóvenes, inexpertos, de la forma tan triste en que su amistad había terminado. Veía esos grandes y hermosos ojos azules que eran tan dulces y a la vez expresivos, su carita un tanto redondeada y tierna, su cuerpo, digamos, bueno, un tanto gordito, pero simpático, lindo, era un chico lindo en realidad.

—No —se dijo—, y dejó eso de lado, era perder su tiempo en tonterías, ahora debía ir a su taller para seguir trabajando, sí, eso era lo que tenía que hacer.

Si él hubiese querido renovar su amistad la habría llamado o preguntado por ella, además la ofendió, le dijo tonta, superficial, eso no era ser un amigo, nunca se disculpó por su mala actitud,

no entendía qué le había pasado. Un día eran los mejores amigos y al otro él estaba en la puerta de su casa insultándola, para luego irse a otro país sin despedirse, jamás le volvió a hablar, seguro que era un psicópata, por su comportamiento típico de estos trastornados. Pero ahora no quería pensar más en eso, tenía mejores cosas que hacer para perder su tiempo con ese desquiciado de Sebastián Montenegro.

Fue a la cocina a prepararse café y lavar todo el desastre que había hecho cocinando esa estúpida cena para su novio o ex novio todavía, no estaba segura, Orlando Núñez no era definitivamente su pareja soñada. Necesitaba tomarse las cosas con calma, no quería tomar una decisión apresurada para luego arrepentirse. Pensó que su madre estaría muy decepcionada, ella no lo pensaría dos veces antes de terminar con un idiota como ese. Pero en ella había una necesidad que no lograba entender, quizás era miedo a estar sola, no lo sabía con exactitud.

Pero por muy fuerte que tuviese el carácter ella no era su madre, no se parecía a su intrépida progenitora y mucho menos a su famoso padre, uno de los artistas más reconocidos del mundo. Las expectativas eran altas, pesaban y por la misma razón se había retirado para hacer su camino a solas, sin que la sombra de esos dos grandes árboles le arrojara.

Muy lejos estaba de asumir los riesgos que tomó su madre, quien a sus 20 años participó desnuda en una de las obras conceptuales de su padre, la cual presentó en el museo más renombrado de Europa, allá por los años 80, cuando ambos formaban una dupla artística increíble, la pareja soñada de las artes plásticas y la literatura. Pero había un problema, su compatibilidad solamente llegaba hasta la frontera de las artes, después de ahí, todo resultaba un problema, una gran incógnita, él era fuego y ella también, dos fuegos juntos no pueden coexistir porque se consumen a sí mismos y a todo lo que esté a su alrededor.

Ella, una reconocida escritora y filósofa, la famosa Abigail Ocanto Bolívar y él uno de los artistas más renombrados a nivel internacional, Andrés Léger Islas, su nombre le precedía, artista de la instalación y uno de los pioneros en el arte conceptual. Eran unos zapatos muy difíciles de llenar, pero ella nació con esa vena artística y no había nada que se pudiera hacer.

Desde que tomó el primer pincel en sus manos para hacer aquel rudimentario dibujo lo supo y su padre también. Ella tenía el ojo, con eso se nacía o no, se podía aprender la técnica, pero “el artista no se hace, se nace”; esa era una de las frases favoritas de su padre. Era la herencia que le había tocado, sus nombres resultaban tan conocidos, no había forma que pudiera escapar, por esa misma razón no usaba sus apellidos, sino que se había colocado el segundo apellido de su madre, “Bolívar”, y le gustaba cómo sonaba, Verónica Bolívar era un buen nombre para una artista plástica, sonoro y de buen gusto.

Subió al taller nuevamente, no había momento más feliz que cuando podía volver a tomar los materiales entre sus manos para transformarlos en arte. Esa fue una de las razones por las cuales compró el departamento, por ese piso adicional, y la hermosa vista que le inspiraba miles de ideas, tres pisos por los cuales valía la pena pagar el costoso precio que tuvo que desembolsar. Era un departamento precioso, ubicado en el mejor lugar de la ciudad, con el verde Ávila frente a ella, resultaba completamente encantador.

Fue allí, justo en ese lugar, que tuvo una visión, era de noche y estaba en el taller cuando miró a través del inmenso ventanal, la ciudad nocturna la inspiró, eran todos esos colores y formas geométricas, una especie de abstracción con líneas y figuras perfectas. Colores luz, se dijo, era maravillosa la visión, algo futurista y alucinante, fue como un chispazo en su mente, un rayo que la atravesó, era fascinante cuando eso le sucedía.

Ese día tuvo un encuentro íntimo con las formas, allí nació la serie “Ciudad Nocturna”, era

poesía lo que salía de sus manos, experimental, visual, loca, decadente a veces, y bien acompañada por una buena copa de vino, ese era su mundo. Donde las metáforas que yacían en su cabeza tomaban la forma de la imaginación.

Ella misma se entendía, incluso, hablaba sola porque esas ideas le estaban llenando la mente y necesitaba hacer catarsis de alguna manera. Colocó esa música *bossa nova* que tanto le gustaba y se dedicó a lo suyo. Pero algo revoloteaba perturbando su acostumbrado proceso, era el rostro de Sebas molestándola, hiriéndola como un pequeño cuchillo afilado.

—¡Qué mierda! —se dijo—, como si con eso pudiera espantar el pensamiento no deseado.

Al final cuando creyó que ya lo había vencido y estaba de lo más inspirada cosiendo las piezas de tela, escuchó el teléfono, era su madre, cielos, ahora qué quería esa mujer. Hablar con ella era como caer en una trampa, donde sus sabias y conspicuas palabras te atrapaban y no podías volver, siempre averiguaba lo que quería, lo deseases o no. Abigail Ocanto era una de estas mujeres producto de la sociedad de los 70 y 80, rebelde y completamente feminista. Esta mujer de 59 años representaba muchos menos, y su espíritu juvenil también añadía al conjunto, le gustaba vestirse como uno de sus ídolos del glam rock, jeans, chaquetas de cuero, era un encanto con su cabello color plata y sus ojos azules.

—Hola mamá, ¿cómo estás? —pero no pudo evitar un tono de desencanto.

—Vaya, deberías disimular la emoción que te brinda el hablar conmigo.

—No mamá, no es eso, es que estoy cansada.

—Mmm, bien, bueno, estoy en la puerta de tu edificio ¿será que me puedes abrir? Porque quiero ver a mi hija.

—Mamá, ¿por qué no dijiste eso antes?

—Porque acabo de llegar ¿acaso necesito hacer cita para ver a mi propia hija?

—Ok, bien, ya le digo al portero que te abra.

—Te conviene, sé que debes estar trabajando y traigo una botella de buen vino, de ese que te gusta.

—Oh... muy bien, eso quiere decir que terminaste con tu novio, es “el momento” —dijo con suspicacia.

—¿Cómo lo sabes?

—Jajajaja, porque soy tu hija y te conozco, por esa razón.

—Sabes lo mucho que detesto ser previsible.

—Oh... pero lo eres, mi querida señora Ocanto, y mucho.

—Bien, ábreme la maldita puerta y seguiremos hablando arriba porque aquí hace un frío terrible.

—Jajajajaja, ok está bien, así por las buenas.

Fue al citófono para llamar al portero y decirle que dejara subir a su madre, en segundos ya estaba allí, se notaba que quería hablar con alguien y, por supuesto que ella sería su víctima. Efectivamente, sonó la puerta y allí estaba esa mujer, encantadoramente rebelde y su aire eternamente juvenil, con una expresión alegre, pero Abigail al ver los ojos de su hija que no sabían mentir, supo que no estaba tan bien como le gustaba aparentar siempre, algo le pasaba a su colorcita, como le decía de pequeña.

—Hola madre, te ves encantadora.

—Gracias, pero ya no me veo tan bien como antes, jajaja, pero ¡qué más da!, soy una mujer brillante, se supone que eso me debe servir de consuelo, jajajaja.

—Pues por lo que sé, debería ser así, solamente que los hombres no suelen apreciar tanto esas

cosas como nosotras lo deseábamos.

—Ni que lo digas, ¿y cómo estás tú colorcita? —dijo entregándole la botella—, ponla a enfriar y así lo disfrutaremos más.

—Bien, ¡rayos!, tenía mucho tiempo que no escuchaba eso.

—Enfría la botella.

—Ok, ya vengo, espérame aquí.

Abigail instintivamente miró los alrededores, algo le pasaba, comprobó que su hija había heredado su buen gusto decorativo, solamente que prefería un aire más bohemio y menos minimalista. Todo iba muy bien hasta que se topó con esa foto, esa estúpida foto donde salía abrazada con el tipejo de Orlando Núñez, contrajo el ceño, detestaba a ese hombre porque representaba todo lo que ella odiaba, atractivo y machista, que le gustaba jugar con las mujeres como si fuesen muñecas. Seguramente que él era la fuente de su malestar.

No podía entender cómo era que su hija había terminado con ese hombre, sentía una gran molestia interna, todo lo que le había enseñado se perdió en algún punto del camino. Esa niña no tenía criterio, si a sus 28 años estaba con ese don, ¿qué podía esperarse después? Miró con disgusto al tipo, de seguro que ahora estaba con alguien más, se le notaba su naturaleza mujeriega a kilómetros.

—¿Qué pasa mamá?

—Es que... no puedo comprenderlo.

—¿Qué cosa?

—¿Cómo es que una hija mía terminó con un tipejo como este?

—No tienes que entenderlo —dijo volteando los ojos.

—Bien, reconozco que es muy guapooo, eso no hay que discutirlo, pero míralo, se le nota a leguas que es un idiota, es que no puedo entenderlo. Existen cosas más importantes que la apariencia ¿no lo sabías? No tienes que aguantar a un idiota solo porque es lindo.

—No me he casado con él mamá, es solo mi novio.

—¿Tu novio?, es como si te llenaras la boca con eso, se nota que anda con una chica y otra.

—¿Vas a empezar? —le dijo con tono de fastidio.

—Mmm, mira esa cara, la conozco, la he visto miles de veces.

—En todos tus ex novios, supongo.

—Exacto, en todos y cada uno, y no creas que no sentí tu sarcasmo, por supuesto que admito que muchos de mis ex han sido así, pero por la misma razón... te habla la voz de la experiencia, no cometas los mismos errores que tu madre, aprende conmigo, esto siempre termina mal.

Ella guardó silencio, no quería decirle nada a su mamá por respeto, pero no era la persona menos adecuada para darle consejos en asuntos amorosos. Ella miraba las fotos con cara de pocos amigos, no podía evitar un rictus en su boca y Vero no perdió detalles.

—Deja de mirarlo así.

—Mmm, bien, como quieras, ya te enseñé lo que pude, allá tú si quieres o no ponerlo en práctica, ya sabes lo que dicen, que nadie aprende en cabeza de otros, jajaja, suena muy coloquial, a decir verdad, pero es la sabiduría popular, y es muy cierto.

—¡Ay mamá!, no vas a empezar.

—¡Mierda!, ¡tienes un nuevo tatuaje! ¡Cielos!, otra vez.

—Así es —le dijo sonriendo y mostrándolo con orgullo.

—A este paso terminarás como esas personas que se llenan todo el cuerpo, sabes que eso no me gusta en una mujer.

—Mmm, recuerdo haber visto tu espalda desnuda y llena de tatuajes, ¿y ya se te olvidó ese novio tatuador que tenías? Es que no tienes moral mujer, no tienes moral para decirme nada.

—Ay sí, Jonás, ese desgraciado, no me lo recuerdes, jajajaja, gracias al cielo me deshice de él, lo único bueno que hacía era precisamente tatuar.

—Jajajajaja, recuerdo que te gustaban mucho sus ojos verdes, y ese tatuaje de dragón estilo japonés que tenía en la espalda, si mal no recuerdo.

—Sí, pero cuando eso, tenía 40 y tantos, ¿te imaginas yo con un dragón?, no cariño, ya no estoy para eso, mi piel no es la misma de antes, una vez que traspones ese portal, todo comienza a caerse, maldición, te juro que es así, y no importa lo que hagas.

—Jajajaja, creo que te luciría muy bien uno de esos dragones, cuando te molestas echas fuego por la boca, así que tiene mucho que ver contigo.

—Señorita, no me busques, no quieras ver a tu madre enojada, respeta a tu mamá, te lo he dicho mil veces.

—Jajajajaja, tú empezaste, si no quieres que me meta en tus cosas, no te metas en las mías.

—Mmm, bien, como quieras.

—Bueno, en serio, cuéntame, ¿qué pasó con tu novio el ingeniero?, jajajaja.

—Se fue a construir a otro lado ¿me entiendes?

—Ah... mierda, ¡qué mal mamá!, pero tienes que reconocerlo, ese tipo de hombres no va contigo.

—Sí, no sé en qué estaba pensando, supongo que me gustó por esa barba sexy y entrecana, estoy perdiendo los papeles. Bueno, no importa, era un fastidio, me dio la excusa perfecta para terminar con él, ya sabes, cuando andas buscando algo y lo encuentras, no puedes quejarte.

—Jajajajaja, claro que lo entiendo, si te soy sincera, he estado pensando en que Orlando y yo no tenemos mucho en común.

—Jajajaja, has estado pensando, ¡cielos! Creo que eso no es necesario pensarlo, eso es como pintar con neones, brilla en donde quiera que estés y te pares, que ese tipejo y tú no tienen nada en común, se nota que ese hombre es tan plano como una hoja de papel.

—Pero debes admitir que es una hoja de papel muy atractiva.

—Sí, claro, él y muchos más, pero no le veo nada de especial, en ese momento vio el tatuaje que ella tenía en el brazo, decía claramente: Amigos X 100 PRE.

—¿Qué?, ¿qué pasa?

—Este tatuaje, ¿qué significa? —y la miró con una cara de suspicacia.

—Mmm, es algo... bueno, ¿ya se te olvidó todo el escándalo que armaste por él?

—Jaja, he armado tantos escándalos en mi vida que ya no recuerdo.

—Eres una mala mentirosa.

—Es un ¿secreto? —Le dijo interesada, pero ella sabía perfectamente lo que significaba, solamente quería ver la reacción de su hija.

Oh... rayos —dijo ella para sus adentros—, no quería hablar de esas cosas con nadie, detestaba hacerlo con Sara y, por supuesto, mucho más con su mamá, eso era como caer en una trampa del pasado y también del futuro. Pero la mujer la seguía mirando, cuando quería averiguar algo lo hacía usando todos los medios posibles.

—No sé, pero eso me hace recordar algo —y sonrió—, esa sonrisa era muy misteriosa, y solamente ella parecía saber qué significaba.

—¿Qué quieres decir con eso mamá?

—Mmm, no sé, no sé —y se reía.

—Tú sola te entiendes ¿no?

—Me refiero a que era lo que siempre decías de Sebastián, que ustedes serían amigos por siempre y lo escribías de esa misma forma, completamente cursi, por supuesto, pero si me preguntas totalmente encantadora....

—Ah... mamá, por favor.

—Ah... ¿lo ves?, lo sabía.

—Bueno, sí, está bien, lo admito, es por él, este tatuaje tiene que ver con él.

—Ok, ¿y eso significa...?

—No significa nada, me hice esto hace mucho tiempo, ahora desearía no haberlo hecho nunca, porque ya no significa nada.

—¿Y supongo que él tiene uno igual?

—Supones bien —y no la miraba a la cara.

—Mmm, así que...

—Está bien, ya sé, quieres que te lo cuente, fue un día que nos pasamos de tragos y terminamos en una tienda de tatuajes, cumplí 18 y decidimos por alguna extraña razón que sería una buena idea, él se lo hizo en el brazo derecho y yo, como verás, en el izquierdo. Al otro día me desperté con esta cosa en el brazo, a él le pareció muy gracioso, pero a mí no tanto.

—Jajajajajaja, cielos, hasta en la composición y armonía se complementaban, ¿qué puede decirte?

—Cada vez que cuento eso la gente se ríe, por eso mismo no me gusta hacerlo.

—Ok.

—¿Qué?

—Nada.

—Dímelo, ¿qué rayos estás pensando?

—Nada, solo pásame una copa, quiero brindar por el despecho de este tipejo, jajajajaja, el ingeniero, digo.

—¿Despecho?, jajaja, eso es algo que a ti jamás te pasaría, ni que estuvieras en un paredón te despecharías por un hombre.

—Bueno, sí, puede ser cierto, pero dame la copa, me gusta la sensación de terminar, sabes que me gusta concluir las cosas para empezar algo nuevo.

—Ah... estás loca mujer, la verdad es que jamás te he entendido, supongo que nadie entiende a los escritores.

—Me da la sensación de que algo nuevo puede estar por comenzar.

—¿Estás loca?, jajaja, juro que estás loca.

—Puede ser, ya sabes que en los años 80 hice muchas cosas locas, a lo mejor puede ser una secuela de eso.

—Jajajajajaja, toma —le dijo pasándole la copa de vino.

—¿No vas a tomar?

—Por supuesto, sabes lo mucho que me gusta tomarme una copa mientras trabajo, ven, vamos arriba, quiero mostrarte algo y me des tu opinión.

—Oh... genial, jajajajaja, estoy emocionada por ver lo que estás haciendo para esa exposición.

—Muy bien vamos —y subieron al tercer piso.

—Vaya, esto se ve muy lindo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi madre?

—Jajajaja, no sé, me siento particularmente inclinada a ser una buena madre hoy.

—Creo que deberías terminar con tus novios más seguido, habría tenido una infancia más feliz y sería una persona normal.

—Jajajajaja, ¡qué exagerada!, ¿y para qué rayos querrías ser una persona normal?

—Cierto, entonces ¿terminarás con tus novios más seguido por mí?

—Eso haré, no te preocupes, no creo que me cueste mucho, a mi edad nos vamos volviendo más quisquillosa, ya no soportas tantas tonterías como lo hacías antes, jajaja, así que, si sigues con esos perdedores, este es tu destino —dijo señalándose.

Vero no podía salir de su asombro, esa noche su madre parecía andar en los mejores términos, cosa un tanto extraña, pero pensaba aprovechar su buen sentido del humor hasta que terminara por extinguirse y volviera a ser la misma mujer crítica y sarcástica de siempre. Parecía estar pensando en algo, tenía esa sonrisa, ella la conocía muy bien, y era de temer. Se preguntaba qué se traería entre manos esa mujer esta vez.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—Tienes ese gesto.

—¿Cuál gesto, a ver?

—Ese mismo —le dijo señalándola—, ya sabes cuál, no te hagas.

—No sé de qué me hablas.

—Te han dicho que eres una persona muy perturbadora, jajajaja.

—Jajajajaja, tonta, cielos, ¿cuándo respetarás a tu madre?

—Lo siento, pero es que me pregunto muchas veces ¿qué pasa por esa cabeza?

—Te diré lo que pasa por mi cabeza justo en estos momentos.

—A ver, me da miedo, jajajaja.

—Jajajajaja, ¿vas a seguir? Bien, te diré, es que... no te vayas a molestar.

—Oh... mierda, vas a decirlo ¿o qué?

—Jajajajaa, bueno, es que siempre pensé que terminarías haciéndote novia de este chico.

—¿Cuál chico mamá?

—De Sebastián, ¿cuál más?

—Ah...

—Sí, estuve viendo unas fotos del álbum, ¿recuerdas?, ese que tengo de tu niñez, jajaja, y todo eso. Sí, no me mires así, ese es el comportamiento que se esperaría de una madre normal ¿no es cierto?

—Jajajaja, eres mala en esto, maldición, creo que prefiero a la Abigail sarcástica porque tu versión de madre buena y cálida me asusta mucho.

—Jajajajaja, eres una mala hija, bueno, ¿pero recuerdas el maldito álbum o no?

—Por supuesto, ¿ese que tienes con vergonzosas fotos mías desnuda y que le mostrabas a todo el mundo?, claro que me acuerdo.

—También tengo fotos de Sebastián desnudo ¿quieras verlas? Jajajajaja, ese día que celebramos tu cumpleaños en la casa de la alberca, jajajaja, era un bebé muy lindo.

—Sí, lo recuerdo, allí estaba papá documentándolo todo para luego hacer sus obras con mis fotos, jajaja, era incorregible, no había nada para él que no tuviese potencial para uno de sus trabajos.

—Sí, pero no te pongas triste, no te lo digo para que te sientas mal, sino porque siempre te la llevaste tan bien con Sebas, era un chico encantador, me gustaba mucho, todo un caballero, si me preguntas...

—Ay mamá, por favor, ¿Sebastián y yo? Claro que no, ¿cómo se te ocurre esa barbaridad?, por supuesto que no.

—¿Por qué no?, siempre me pareció encantador.

—Era un chico... digamos, mmm, no sé cómo decirlo.

—¿Qué?, ¿tímido, flemático?

—Sí, eso, sabes que nunca me han gustado los hombres así.

—Oh... cielo, esas son cosas de tu padre, suenas igual que él.

—Es que nunca me han gustado los hombres así, lo sabes.

—Por favor, hija, cada persona es diferente, algunos son agua y otros son fuego, ya sabes lo que dicen, dos fuegos no pueden estar juntos, pero agua y fuego... esa es otra historia.

—Ya deja de marearme con tus disertaciones, es simplemente una preferencia, es todo, así como a ti no te gustan los hombres rubios, a mí no me gustan los hombres tímidos y callados, es todo.

—No es lo mismo.

—Claro que sí.

—En fin, siempre lo he dicho, ese chico era un buen partido, me pregunto ¿dónde estará en estos momentos?, hace siglos que no sé nada de él.

—Pues...

—¿Qué? —y la miró directamente a los ojos.

—Sara me dijo que había hablado con él.

—Ah... ¿sí? Vaya, ¿y qué tiene ella que ver con él?

—Nada, sino que ya sabes cómo es Sara de metiche, seguro que lo buscó en las redes sociales y habló con él para luego llamarlo, ya sabes, juro que esa mujer podría ser una detective, creo que perdió su verdadera vocación.

—Jajajaja, sí ¡cielo santo! Es la persona más metiche que he conocido en toda mi vida.

—Jajajajaja.

—Y... ¿no le dijiste que te diera su número de teléfono?

—No.

—¿Por qué rayos no lo hiciste?

—¿Para qué?, si él quisiera saber de mí habría preguntado.

—¡Ay hija!, ese pobre chico siempre fue muy tímido, dudo mucho que se atreva, además, tengo una teoría al respecto.

—¿Teoría?, tú siempre tienes una maldita teoría para todo.

—Bien, así es, es mi manera de entender la realidad, y qué realidad cariño, siempre he pensado que no heredaste mis instintos, eres tan plana como tu padre en ese sentido.

—A ver, ¿qué te dicen esos maravillosos instintos tuyos?, aclárame el pensamiento y la vida.

—Ese chico siempre estuvo enamorado de ti, ya está, lo dije, alguien tenía que hacerlo.

—Mamá, estás loca, ¡Sebastián enamorado de mí! Jajajaja, por favor, tienes una mente muy enferma y perturbada Abigail Ocanto, ese chico y yo nos bañábamos desnudos de pequeños, jugábamos, toda la vida nos criamos juntos, le contaba todas mis cosas.

—Jajajaja, exacto, ¿acaso no sabes que las mejores relaciones surgen de las amistades más profundas? Eso es una gran verdad, además, ustedes tenían demasiadas cosas en común.

—Cielos, estás loca, tener el mismo grupo favorito y contarle de mis novios, no significa que tuviéramos mucho en común.

—Estás ciega mujer, ni modo, no puedo hacer nada al respecto, cada quien ve lo que quiere

ver.

—Bien, dejemos eso hasta ahí, te diré que Sara lo invitó a mi exposición.

—¿Ella?, debiste invitarlo tú.

—Sí, ya lo sé, pero sabes cómo es ella, siempre “tomando la iniciativa”.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo, no te molestes, esa chica tiene empuje, algo que creo te falta a ti, por cierto.

—Oh... gracias, siempre tan sensible y amable.

—Bien, dejemos ese tema de lado, aunque me pregunto cómo estará.

—Igual que siempre seguro, ya sabes... siempre fue el mismo chico, creo que es de esas personas que nunca cambian, aunque creo que una necesita un amigo así, como un refugio donde...

—Bien, bien, a ver —le dijo cambiándole el tema—, esto se ve interesante, me recuerda un poco a los trabajos de tu padre, esos que hacía en su etapa de arte textil.

—Pues a lo mejor eso me influenció, aunque no recuerdo ese período.

—Eso fue antes de tenerte.

—Ok.

—Se ve muy bien, tienes buen ojo.

—Gracias.

—Bueno, me tengo que ir.

—¿Tan pronto? ¿Viniste solamente para decirme que Orlando es una porquería y traerme esta botella?

—Sí, es que... quedé con unas amigas —dijo tocándose el cabello.

—Estabas matando el tiempo aquí mientras se te hacía la hora, ya lo sabía, la Abigail que conozco ha vuelto y debo decir que es un alivio.

—Algo así, pero disfruté mucho esta velada, creo que debemos repetirla en mi casa, ya sabes para que veamos juntas ese vergonzoso álbum, si viene este chico deberías invitarlo también, tengo muchas ganas de verlo.

—Está bien, como quieras.

—Bueno cariño, me voy.

—Sí, sí, adiós, y quédate así, no te luce lo de linda y entregada madre.

—Ok, lo tomaré en cuenta.

Cuando su madre la dejó a solas con sus pensamientos comenzó también a preguntarse ¿qué había sido de Sebastián? Miró la laptop nuevamente y luego su celular, era tan fácil buscar allí y verle, pero no, si quería hablar con ella tenía que buscarla, así había sido siempre, es que Verónica Bolívar era una mujer orgullosa, y no daría su brazo a torcer con nadie, mucho menos con Sebastián Montenegro que la había decepcionado en todos los sentidos. Además, esa amistad había quedado en el pasado, eso ya no existía, eran dos completos extraños.

—A ver —le dijo a la tela—, es hora de ponerte a trabajar —tomó la aguja y comenzó a coser los tramos de telas en colores orgánicos, ese tapiz debía estar listo.

Entre costuras se iba el tiempo y ella comenzó a recordar el pasado, ¿cómo era posible?, se preguntaba cómo una persona que una vez significó tanto en su vida ahora no fuese más que un extraño. Sonrió al recordar aquellos tiempos de su infancia y adolescencia. Entonces, se dio cuenta de algo, Sebastián siempre estaba presente en todos sus mejores momentos... cielos, lo extrañaba y sintió una rara sensación que no supo interpretar en ese momento.

—Bien *bitch*, hora de trabajar, deja de pensar en tonterías —y sintió que esta frase le hizo concentrarse mejor y poner las estupideces de lado—, allí comenzó a ocurrir la magia, por fin la

obra empezó a fluir al igual que un maravilloso río.

CAPÍTULO II

“Sebas”

Sebastián Montenegro, 28 años, diseñador gráfico, a esa edad había logrado el sueño de tener su propia empresa, era un apasionado por lo que hacía, le encantaba investigar y obtener el diseño perfecto, sin importar lo que tuviese que hacer para conseguirlo, era todo un purista, más bien perfeccionista, y por eso mismo tenía mucho éxito en su trabajo. Estaba en un ámbito duro y al mismo tiempo gratificante, no le gustaba lo comercial, y siempre tendía a orientar sus diseños hacia lo artístico.

Se encontraba haciendo un encargo particularmente difícil cuando vio una solicitud de amistad en su cuenta de IG. No era algo que le interesara particularmente, pero desde hacía poco estaba saliendo con una chica que le había aleccionado acerca de la importancia de las redes sociales, eso lo proyectaría mucho más, debía modernizarse acorde a los nuevos tiempos. Sebastián era un hombre muy privado, y le gustaba mantener su vida así.

Revisó la invitación, sin embargo, al verla no pudo aguantar la risa, era Sara Leal, la recordaba perfectamente, la chica más chistosa del colegio, fue como si de pronto le recordaran todo lo que tardó años en olvidar, sí, era muy difícil quitarse los recuerdos, pero demasiado fácil que volvieran a ti. Era el pasado una vez más acercándose al acecho, tocándole los talones.

Sara Leal, cielos, se había perdido de toda esa gente, tuvo mucha curiosidad, entonces entró en su perfil, estaba muy bella. Reía al recordar todas las locuras que hablaban y lo mucho que disfrutaba salir con ella y... bueno, con Verónica, Vero, el gran amor de su juventud.

Nunca se había fijado en él porque, como siempre repetía, a ella no le gustaban los chicos tímidos y eso era él en ese momento, un chico simpático, pero callado y retraído, no era en absoluto alguien popular como a Vero le gustaba, sino más bien de los que pasaban desapercibidos. Por el contrario, ella siempre fue la más hermosa, la más linda de todo el colegio, y los chicos populares siempre se la estaban disputando, él sencillamente no tenía ninguna oportunidad.

Sí, todo el tiempo le decía que era “su chico”, el mejor amigo que había tenido, definitivamente, él no era material para novio. Pero, aunque se portaba como el mejor amigo del mundo, dentro de sí sentía una llama que lo estaba quemando, muchas veces miró esos labios gruesos y tentadores sintiendo la increíble tentación de besarlos, pero siempre se contenía por miedo, no quería perderla.

Esa noche, del 12 de diciembre de 2009, había finalmente reunido el valor para decirle lo que sentía por ella, se imaginó cómo podrían terminar las cosas, pero nunca pudo haber concebido lo que pasó, fue la noche más triste y vergonzosa de toda su vida. Llegó a su casa muy ilusionado tan solo para encontrar que ella estaba allí, con otro, Armando, su novio de “terminar y volver”, siempre retornaba con ese tipejo, no importaba lo que hiciera, ella lo quería y no había nada que pudiera hacer al respecto. Sintió que el corazón se le cayó al piso, era como si ella lo hubiese tomado con sus propias manos y lo pisoteara lenta y dolorosamente.

—Sebas, ¿qué haces aquí? —le dijo ella sorprendida—, era obvio que estaba en algo con el tipo, su expresión y respiración acelerada se lo decían, mientras ella esperaba una respuesta a su pregunta, él estaba experimentando un dolor intenso en el pecho.

—Lo siento, es que... quería decirte algo, pero, ya no importa —y tuvo que respirar profundo para que las lágrimas no emergieran de sus ojos—. Debía portarse “como un hombre”, eso le decían sus amigos y también su padre.

—Ah... ¡qué mierda!, ¿qué pasa? —dijo Armando molesto—, cuando salió a la puerta estaba sin la camiseta y con todo el cabello revuelto, se notaba que estaban haciendo algo más que hablar.

—Bueno Vero, me tengo que ir —dijo tratando de escapar lo más rápidamente posible de la vergonzosa situación en la que él mismo se había metido.

—Gordo, ¿qué haces aquí? Ah... ya sé, vienes a ayudar a Verónica con uno de sus trabajos, ahora no puede atenderte porque está ocupada conmigo, con su novio, así que largo, vamos, ven en otro momento gordito —le dijo él riéndose.

—Armando, no seas grosero.

—Dile que se largue, nos está molestando, bien te espero adentro —le dijo metiéndose a la casa.

—¡Armando!, ¡rayos!, ¡eres un patán! —le gritó—. Sebas, no le hagas caso, ya sabes cómo se pone.

—La verdad es que no sé cómo es, creo que, de hecho, nadie lo sabe Vero, y tú menos que nadie, te comportas como una tonta con ese idiota, ¿no lo ves? Ese tipejo no te quiere, solo se aprovecha de ti, te usa para... bueno, ya sabemos para qué, es evidente.

—Sebastián, ¿qué rayos te pasa?, ¿por qué me hablas así?, sabes perfectamente que amo a Armando, es mi novio, no se está aprovechando de mí, en fin, no tengo por qué hablar de esto contigo.

—¿Amas a Armando? Tú no sabes lo que es el amor, no tienes la menor idea de lo que es eso.

—¿Qué mierda te pasa? Me hablas y no te reconozco, se supone que eres mi mejor amigo.

—¡A la mierda con esto!, ¡contigo!, eres la tipa más tonta que he conocido en toda mi vida, ese hombre limpia el piso contigo y sigues volviendo con él, ¡qué bobería!, ¡eres una tonta! Una estúpida ilusa, él solo se acuesta contigo, lo vi con otra, ya lo dije, lo vi con esa pelirroja, anda con ella y contigo a la vez, ¡ya lo dije maldita sea! Le dijo con furia, era su corazón herido que hablaba a través de sus palabras, escondió el regalo que le llevaba y deseó estar muerto, porque el dolor que sentía no era nada de este mundo, fue como si le clavaran una puñalada en el corazón.

Lo recordaba perfectamente, tenía 18 años, los acababa de cumplir hacía un mes, y ese día se habían tatuado en los brazos la tonta frase: **Amigos X 100 PRE ♥♥♥**, creyó que era cierto, ese día se portó tan linda con él que estúpidamente creyó que entre ellos algo bonito estaba surgiendo. Pero debió sospecharlo que en el fondo eso no dudaría y que él no era más que un hipócrita, pues durante ese tiempo, mejor dicho, durante todo el tiempo que recordaba siempre había estado enamorado de ella. Desde que tenían 13 años y fueron a la fiesta de cumpleaños de Sara y los obligaron a darse un piquito en la boca como penitencia.

La quería desde aquel día que cumplió 15 cuando bajó las escaleras de su casa con ese precioso vestido en color fucsia, demostrando que ya no era una niña, y que se convirtió, de la noche a la mañana, en la chica más bella que había visto en toda su vida. Era la forma como su cabello caía en preciosos bucles, ese gesto tan bonito que hacía y como uno de los mechones le caía en la cara, ese color miel de sus ojos, en fin, sus palabras, y la forma curiosa en que veía el mundo con sus propios ojos, y por el de los demás.

Esa noche llegó a su casa llorando, estaba solo y hacía un frío terrible, o tal vez era el que generaba su propio dolor, no solo lloró esa noche, sino la siguiente y la siguiente, creía que jamás

amaría a alguien así, que nadie podría llenarlo o entenderlo como Vero, esos momentos que pasaron juntos no tenían precio, ni nadie podía igualarlos, ¿cómo rayos no se daba cuenta de sus sentimientos? Para él resultaba tan evidente que la amaba, en la forma como le hablaba, en los detalles, en la manera como dejaba pequeñas pistas que eran como migas de pan en su mundo de confusión, hacía tantas cosas tan solo para que fuese feliz, pero Verónica no parecía percatarse de eso.

—A las chamas no les gusta esa broma, no seas tonto, mira, todas son iguales —le dijo Fabio —, mientras más andes detrás y alabándola, peor te va a ir, sino mira, anda siempre detrás de Armando que no es más que un perro, eso es lo que les gusta a las mujeres.

—Jamás podría ser así.

—Bien, pero por lo menos no seas tan tonto, no le entregues tus sentimientos de lleno a nadie.

—Creo que tienes razón, he sido un tonto —admitió con dolor.

—Deja de llorar por esa tipa o te tendré que evidenciar ante los demás para que dejes de ser tan idiota.

—Tienes razón —dijo—, y desde ese día juró que no lloraría por ninguna mujer, y lo había cumplido, calló sus sentimientos para que nadie le pudiera herir nunca más.

Pero no solo cerró su corazón, sino también su vida, tomó una decisión, la única manera de olvidarla era no verla más. Se fue a España con una beca que le consiguió el padre de Fabio y estudió con la ferocidad de quien quiere olvidar destruyéndose a sí mismo y sus recuerdos. No se comunicó, no le daría la oportunidad de volver a herirlo, deseaba no verla nunca más en la vida.

Todo lo anterior ayudado, por supuesto, por el hecho que en ese entonces detestaba las redes sociales. Se hizo de tripas corazón, alejándose de todos los amigos que tenían en común, no quería saber, ni conocer nada, se imaginaba que seguramente terminaría casándose con Armando, teniendo una vida miserable, y se lo merecía, lo decía desde el dolor de su alma, ¿qué podía ver en ese idiota que no fuesen sus músculos?

Pero el tiempo había pasado, diez años era mucho, él no era el típico hombre que guardaba rencores contra nadie, no era su estilo. Pero no podía negar que todavía sentía algo extraño en su corazón y cuando vio la invitación una especie de corriente eléctrica recorrió su cuerpo. Las imágenes de ella y sus preciosos ojos miel vinieron a su mente. Por supuesto que seguramente había cambiado, todos lo hacían, el tiempo dejaba su huella siempre.

Sebastián había logrado mantenerse alejado de esos dolorosos recuerdos, pero debido a su propia curiosidad, había caído en la trampa del destino. Se encontraba nuevamente mirándola, tal cual como antes, allí estaba abrazada con Sara en una fiesta, era la mujer que tanto llanto y desvelos le había ocasionado, Verónica Léger Ocanto, mejor conocida como Verónica Bolívar, el gran amor de su vida.

Fue como abrir la caja de pandora, se veía preciosa con ese estilo tan suyo, tenía los brazos tatuados en media manga del lado derecho y otro tatuaje en forma de mariposa en el lado izquierdo, además estaba ese, el que se hicieron juntos aquel día de su cumpleaños. Llevaba una peluca en color verde aguamarina y los labios intensamente rojos contrastando a la perfección con su piel nacarada. ¡Qué rayos! —se dijo—, estaba más hermosa que nunca y se apartó rápidamente de la laptop, ya era suficiente.

Inmediatamente comenzó a recibir mensajes de IG en su celular, era Sara, solicitándole su número de teléfono, no quería caer en esa trampa del camino, pero por alguna razón sentía una curiosidad inmensa, y al mismo tiempo la sensación de explorar en lo desconocido. Tardó unos minutos para responder, no estaba seguro de qué hacer, hasta que finalmente claudicó, su

curiosidad era demasiada, necesitaba saber de ella.

—Hola, ¿eres Sara Leal del colegio San Ignacio?

—Por supuesto —le dijo ella abruptamente—, ¿qué maldita Sara Leal además de mí conoces?

—¡Cielos!, sí que eres tú, jajajaja, hay personas que nunca cambian, por lo que veo.

—Genio y figura, dicen por allí.

—Ya veo —le escribió—, era inevitable que el tema surgiera, después de todo lo que tenían en común, era ella, siempre había sido así.

—Sabes, Vero se ha convertido en una gran artista, igual a su padre.

—¡Qué bien! —dijo él con naturalidad, siempre lo deseó.

—De hecho, hará una exposición pronto.

—Bien por ella —pero no le comentó que había visto sus fotos juntas en otra de sus exposiciones.

—Sí, es muy talentosa, rayos, si te soy sincera, esto es... no sé, surrealista, tanto tiempo y además...

—¿Qué?

—Es que... ¡mierda!, seré sincera contigo.

—Me parece que siempre lo eres, jajaja.

—Jajaja, bueno sí, soy una habladora, lo reconozco, bueno es que no te reconocí, es decir, estaba tu nombre allí con uno de tus diseños, pero luces muy diferente, ¿podríamos hablar por video?

—Sí, claro.

Cuando contestó la llamada apenas podía creerlo, era él, es decir, eran sus ojos, la misma expresión, pero todo lo demás lucía completamente diferente. Este hombre que veía a través de la pantalla de su celular era más maduro, nada que ver con aquel chico tierno y tímido que apenas hablaba.

—¡Cielos! —exclamó—, te ves muy bien.

—Gracias, tú también luces linda.

—Pero, mira como dijiste, soy sincera ¿qué rayos te hiciste? Pareces un maldito modelo, maldición.

—Jajaja, ¡qué exagerada eres!

Aunque normalmente el carácter extrovertido de Sara tendía a la exageración, en este caso no era así. No estaba ponderando, Sebastián lucía muy diferente a como ella lo recordaba, se veía como un hombre más maduro y atractivo, lo había visto en foto de cuerpo entero en su IG. Saltaba a los ojos obvio que se ejercitaba, ya no era el chico gordito e inseguro, ahora poseía un cuerpo de campeonato, también estaba más alto y fuerte.

En las fotos que estudió detenidamente, vio que era un amante de la aventura y que le gustaban los deportes extremos. Además, salía acompañado de amigos y chicas bastantes atractivas, el chico solitario ya no existía, esta era otra persona, el hombre de la foto no tenía nada que ver con el Sebas de antes.

—Una pregunta.

—Dime.

—¿No piensas venir a Venezuela?

—Eh...

—Oh... lo siento, es que... jaja, de repente se me olvidó que las cosas no son como antes, no tienes que decirme nada, sorry.

—Tranquila, está bien, en realidad sí tengo pensado ir.
—Ah... ¿sí?
—Para navidad, quiero visitar a mi familia.
—¡Guao!, ¡genial!, imagino que tenías mucho tiempo sin venir.
—Bastante, sí.
—Oh... se me acaba de ocurrir una idea, es la mejor maldita idea del mundo.
—¿Cuál?
—Sería genial que vinieras a la exposición de Vero, ya que vienes a Caracas, podrías aprovechar para darle la sorpresa, ha trabajado como loca y va a estar genial, te lo aseguro.
—Eh... no sé si sea buena idea.
—¿Por qué no?, ustedes eran los mejores amigos.
—Sí, eh...
—Sé lo que pasó.
—¿A qué te refieres? —dijo él discreto.
—Jaja, todo lo que le dijiste la última vez que se vieron, como la insultaste y todo eso, nunca la había visto tan molesta y triste al mismo tiempo.
—Así que te contó todo.
—Bueno, me contó su versión de los hechos, todos sabemos que Armando era un tipejo de lo peor, pero ¿quién la haría entrar en razón con lo terca que era esa mujer?
—Bastante, sí.
—También sé tu versión.
—¿De qué hablas?
—Sé que estabas loco por ella y la muy tonta nunca se dio cuenta.
—¿Cómo recuerdas todas esas cosas?
—No sé, supongo que soy una perdedora, cuyos felices momentos fueron en el colegio, patético ¿no?
—¿Hablas en serio?
—Claro que no, jajaja, cielos, lo que pasa es que a veces Vero te mencionaba.
—¿Me menciona?
—Sí, para recordarte a tu madre, jajajajaja.
—Ah...
—Jajaja, no vale, recuerda la amistad tan bonita que tuvieron.
—Todo eso fue hace mucho tiempo.
—Exacto, por la misma razón ya no deberían tener importancia esas boberías, ni cómo terminaron su amistad. Ahora todos somos adultos, o por lo menos deberíamos serlo.
—Sí, deberíamos, jajaja, de verdad que esto me ha hecho recordar tantas cosas que creí completamente olvidadas.
—Oh... sí, como esos terribles emparedados de la cafetería, la cosa más insípida del mundo.
—Cielos, espero que esa mujer no siga torturando a los pobres y jóvenes incautos como lo hacía con nosotros.
—Jajaja, esperemos que no.
—Sí —y todo ese montón de emociones que trató de evadir durante tanto tiempo de repente vinieron a él con una fuerza contundente.
—Me recuerdo de aquella fiesta de tus 18 años.
—Ah... ¿sí?, tienes una memoria de elefante.

—Ni tanto, lo recuerdo por esos horribles tatuajes que se hicieron ustedes dos, qué mala decisión, debieron estar muy borrachos para hacerse esa tontería en el brazo.

—Oh... sí, mala decisión.

—¿No me digas que todavía tienes esa cosa?

—Mira —y acercó el brazo a la pantalla para que pudiera ver mejor.

—Jajaja, ahí está, ¡qué horrible!, ¿no podías borrártela con láser?

—Sí —y sonrió encantadoramente—, pero no sé, no quiero tener una cicatriz, prefiero tener esta porquería en el brazo —sabía que era mentira, que la única razón por la que tenía esa cosa era porque le recordaba a ella, pero por nada del mundo lo admitiría.

—Vaya... —dijo Sara más por la belleza de su sonrisa, porque no le asombraba que aún tuviese el dichoso tatuaje, no era ningún secreto la razón, aunque él se empeñara en disimularlo.

—Malas decisiones, un poco de alcohol y mucha inmadurez —en su rostro cayó un velo de tristeza, como si recordara algo.

—Pues ella todavía tiene esa porquería.

—Ah... sí, ya se lo había visto —pero igual le asombraba que todavía lo conservara.

—Sí, esa y muchas más, se hizo muy aficionada a los tatuajes después de eso.

—Ok —y trataba de ser lo menos expresivo posible.

—Las cosas han cambiado, pero, sin embargo, creo que otras no.

—¿A qué te refieres?

—Al cariño y la amistad, esta será su exposición más grande, y creo que sería una bonita sorpresa que vinieras.

—Ella no me ha invitado.

—Pues te invito yo, me gustaría darle la sorpresa.

—No sé, déjame pensarlo.

—Bien, me avisas entonces.

—Sí, yo te confirmo.

—Mandaré la invitación a tu correo.

—Muy bien, gracias por... invitarme.

—De nada, rayos todavía no puedo creerlo, Sebastián Montenegro jajaja, ¡qué loco!

—Sí, mucho.

Luego de despedirse no pudo evitar morirse de la risa, porque se imaginaba la cara que pondría Vero al ver a Sebas, seguro que se moriría de la impresión, y a ella le fascinaba gastar este tipo de bromas. Pero, a su vez, se encontraba totalmente asombrada por el cambio que había hecho él, de chico tímido y poco agraciado a hombre portentoso e increíblemente sexy.

Por su parte, Sebastián no sabía si aceptar la invitación o no, era como abrir ese terrible y aterrador baúl de los recuerdos, como caer en tu propia trampa. Había tratado de alejarse de toda esa vida, dejarla atrás, incluyendo hasta su propio cuerpo, el cual había trabajado hasta que ese chico un tanto llenito había desaparecido para siempre, al igual que el gesto tierno de su mirada. Desde aquel doloroso día en que ambos terminaron su amistad decidió enterrar para siempre a ese muchacho tonto y sensible. Lo había logrado y no quería por nada del mundo volver atrás nuevamente.

Estaba tratando de convencerse de la mala idea que era ir a esa bendita exposición mientras miraba las fotos de su perfil, definitivamente era una estupidez. Fue como repasar toda una vida, cada uno de los momentos que se había perdido de forma intencional. Allí estaba ella, como si lo estuviese mirando a los ojos con su mirada seductora, con ese look que había ido depurando en el

trascuro del camino, uno que ya se perfilaba desde su temprana juventud, ahora se veía como una mujer turbadora, en su muy particular y excéntrico estilo.

Vero había crecido tal cual la imaginaba, hermosa, con esos sexys y carnosos labios rojos que siempre había querido besar, con esa actitud de “sí, soy así, y qué” que había heredado de sus padres. Estaba recostada en un sillón estilo gótico, con el cabello violeta, las hermosas piernas estaban cruzadas, mostraba sus tatuajes, acompañando la imagen con esa sonrisa que destellaba confianza, con sus ojos rasgados y grandes a la vez. Era su mirada color de miel y recordaba que cambiaba cada vez que la luz del sol incidía sobre ella. Pero lo más resaltante era esa seguridad que sabía proyectar, era una mujer encantadora, y ¿qué rayos hacía él viendo eso?, se preguntó.

En otra foto su cabello era rosa, mostraba su media manga subiéndose la camiseta en un gesto rudo y sensual a la vez. Lucía graciosa y auténtica, le encantaba la pose y la forma como proyectaba energía y humor al mismo tiempo.

En otra lucía un traje de baño negro que dejaban ver su cuerpo delgado y lindo, con cada músculo perfectamente tonificado. Era más que un traje de baño un conjunto de pequeñas tiras que ceñían con gracia su esbelto cuerpo. En la foto aparecía de espaldas ante una puesta de sol, en el reverso del brazo se veía claramente la frase: **Amigos x 100 PRE**. Sí, claro —se dijo—, esas cosas son pura retórica, no era más que una mentira, y el dolor de perderla fue más fuerte que la maldita aguja de ese tatuador.

—¿Qué haces amor?, le dijo Eva, su casi novia.

—Nada, solo mirando el pasado.

—¿Cómo es eso?

—No tiene importancia.

—No te ves como si fuese algo poco importante —e hizo ese gesto encantador que tanto le gustaba, enarcando la ceja derecha.

—¿Cómo te fue en el trabajo?

—Tuve un día súper fuerte, estoy agotada, y no creas que no me di cuenta que me estás evadiendo el tema.

—Bueno, ya te dije, no es nada que valga la pena.

—Como digas —si había algo que le gustaba de esa chica era que no se enrollaba con nada.

—Sabes, yo sé cómo quitarte ese estrés.

—Ah... ¿sí? —respondió ella sonriendo.

—Sí —se levantó y la tomó entre sus brazos, ella siempre le hacía olvidarse de todo.

Horas después se halló sentado en la cama mirándola dormir, esta vez no funcionaba. Por alguna razón esa loca idea seguía dándole vueltas en la cabeza. Todavía desnudo se levantó de la cama y se colocó su boxer, así se quedó mirando a través de la ventana, Verónica, Vero, estaba una vez más adueñándose de sus pensamientos.

—¡Maldición! —se dijo.

CAPÍTULO III

Flores de apamate

Estaba una vez más debajo de ese árbol donde estuvo con ella durante tantas horas de su vida. Sonrió, el tiempo no pasa en vano, y todo se veía ligeramente diferente, como si una ligera pátina cubriera cada cosa, incluyéndolo a él. En su recuerdo, las flores violáceas del árbol caían con gracia, podía recordarlo a la perfección, la suavidad de las pequeñas flores cayendo con la brisa como en una poesía, etérea y maravillosa.

—Muy apropiado —dijo él por el carácter poético del recuerdo.

Ahora no podía apreciarse, pero en la primavera un manto violeta cubría todo el césped, otorgándole una cualidad pintoresca al paisaje que tenía al Ávila como telón, lo que ahora no era más que un simple y común árbol se engalanaba entonces con la más delicada y sutil belleza. Apenas podía creer que bajo el cobijo del inmenso árbol había vivido los momentos más inolvidables de su vida. Era una sensación confusa, de melancolía y felicidad, estaba otra vez en su país y lo primero que hizo fue ir a contemplar el maldito árbol, ¿qué rayos estaba haciendo?, pensó.

Nunca supo quién lo había sembrado, pero daba lo mismo, los recuerdos se estaban desatando, estaba jugando con fuego y sabía perfectamente que se quemaría. En el tronco vio grabada esa frase que parecía perseguirle a todos lados: **Amigos x 100 PRE ♥♥♥**. Uno a uno cada recuerdo que creyó olvidar retornó a su mente de forma atropellada.

Bajo el Apamate dos jóvenes se confesaban sus historias, mejor dicho, una al otro. Verónica era una de esas chicas que hablaban hasta por los codos, y costaba bastante seguirle el hilo, sobre todo para un joven naturalmente tímido y de pensamientos como Sebastián. Ella le contaba las hazañas de su último novio, el chico más popular del colegio, Armando Fuentes, el típico galán, deportista, alto, de cabello liso y castaño, ojos adorables y gesto agresivo, es decir, el tipo perfecto y soñado de toda adolescente.

Se caracterizaba por engañar a todas las chicas que tenían la mala suerte de conseguirlo en su camino, y eso, por supuesto, incluía a Verónica. Él quería decírselo, que lo había visto con Julia, una chica pelirroja que iba en un grado más que ellos, pero seguramente se habría molestado por hablarle mal de su novio y prefirió callar. En su corazón guardaba profundos sentimientos por ella, pero jamás se habría atrevido a decírselo.

Conocía los gustos de la joven y aunque no estaba de acuerdo con ellos la quería, era brillante, talentosa y bonita, ¿qué importaba que tuviera el peor gusto del mundo en materia de hombres? No se trataba que la quisiera solo para él, como uno de esos posesivos hombres machistas, quería que fuese feliz sin importar con quien.

Lo último que pasaba por la cabeza de Verónica eran los sentimientos que inspiraba en Sebastián, para ella era su mejor amigo y confidente, nada más. Ese día tenía algo muy importante que decirle, al fin Armando se había decidido a declarársele, lo había esperado por tanto tiempo y ahora se hacía realidad, no cabía de felicidad, y por supuesto la primera persona en quien pensó para contárselo fue él, “su chico”, quién más podría disfrutar de la maravillosa noticia.

Ahora la miraba con un gesto extraño que no lograba descifrar, definitivamente no era lo que esperaba encontrar al momento de contarle la gran noticia. Estaba muy serio, ella pensó que se

alegraría, pero su cara reflejaba otra cosa. Pensaba que nadie era lo suficientemente bueno para su amiga, sin duda que merecía algo mejor. Estaba celoso, por supuesto, pero no se trataba solo de eso, sino que Armando era el peor de todos, “un perro” como le decían sus amigos, y no como un insulto precisamente, sino a modo de halago, y ya todos y todas sabían lo que eso significaba.

Sebastián no sabía cómo contarle todas las estupideces que había escuchado de las chicas, hablaban de todas en los baños, su amorcito y su grupo. Para un chico sensible como él resultaban chocante esos comportamientos, tanto que evitaba encontrarse con Armando, tampoco era un chismoso, pero es que era ella, su Vero, tan solo de imaginar a ese tipo tocándola se le revolvía el estómago.

Los había escuchado hablar de Vero, pero no se había percatado que estuviese allí, era una especie de trofeo, la chica más codiciada del colegio, y por supuesto que Armando debía tenerla. En ese entonces acababa de cumplir 17 años y su mundo se había venido abajo por la muerte de su padre, tal vez el enamorarse de ese idiota era su forma de encontrar un poco de consuelo a su dolor. Pero, ¿por qué no se daba cuenta que él estaba allí?, ¿por qué no lo consideraba como una opción? ¿Acaso no le había demostrado con creces lo que sentía por ella?

—¿Qué le ves a ese chamo? Es que no entiendo.

—¿Cómo que no lo entiendes?

—Es alguien completamente...

—Completamente ¿qué? —no se atrevió a añadir lo que deseaba, no quería herirla diciéndole que para él solamente era una más en su lista de conquistas, y que una vez que consiguiera lo que deseaba la dejaría de lado como hacía con todas las demás.

Allí debajo de ese árbol comenzó su calvario y el principio del fin para su amistad. En realidad, nunca habían sido amigos, porque siempre estuvo enamorado de ella, aunque no fuese correspondido. Vero se preguntaba qué pasaba por su mente, y si sabía algo más acerca de Armando que ella no, no era tonta, pero no podía sospechar qué tan lejos estaba su querido amorcito de ser el príncipe que había soñado.

—No sé nada.

—Entonces ¿por qué hablas así de él sino sabes nada?

—Todos son iguales, todos esos —dijo sin poder evitar un gesto de desprecio—. Tú eres una buena chica y no tienes idea de lo que piensa o desea un hombre.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Eres una chica inocente.

—Claro que no, no soy inocente, sé que no es ningún santo, pero me gusta.

—No tienes nada en común con él.

—Sí lo tengo, pero no seguiré hablando de eso contigo, creí que te alegrarías por mí, siempre te he dicho lo mucho que me gusta.

—Sí, pero eso no quiere decir que deba darte la razón, eres una chica genial y él...

—¿Qué?

—Un idiota.

—Ya, no digas más, siempre vives viéndole defectos a todos los chicos que me gustan, eres peor que mi madre.

—Tal vez deberías hacerle caso, te ahorrarías muchos problemas.

—Mi madre no es un ejemplo de eso, desde que mi padre se fue con esa mujer, ha tenido como mil novios, cada uno peor que el otro, no tiene moral para decirme nada.

—Tal vez...

- Olvidalo, hablemos de otra cosa.
- Como quieras.
- Te cuento comenzaré ese curso de arte —su rostro se iluminó al decirlo.
- ¿En serio? Cielos, pero ¿cómo?
- Me gané la beca, iré a París en vacaciones.
- Cielos, ¡eso es genial!
- Sí, es lo mejor que me ha pasado en la vida, bueno eso y tú.
- No digas esas cosas.
- Es la verdad.
- Me lo voy a creer —y sintió que se sonrojaba.

No quería recordar todo lo que vino después de eso, la forma como su noviazgo con el tal Armando fue haciendo que su amistad se deteriorara. El daño que le hizo a su amada, traicionándola, maltratándola, todo eso fue cambiando su mirada inocente, sus ojos se llenaron de tristeza y rabia, hasta convertirla en una mujer distinta. Todo se había ido, como cuando cae la tarde y se vuelve noche, el cielo se torna oscuro y ya no puedes ver nada por la umbra, así se apagó el brillo en los ojos de Vero, y eso era tan doloroso como un puñal clavado en su alma, enterrándose cada vez más profundo.

Volvió entonces al presente, se rio de sí mismo, no valía la pena seguir ahí perdiendo el tiempo recordando tonterías, debía ir a visitar a su familia. Pasó sus dedos suavemente entre la escritura que hacía mucho tiempo había herido la corteza del árbol, y que ahora no era más que una triste y seca cicatriz. Repasó cada letra, ella las había escrito, era su caligrafía, qué tonto truco del pasado, qué estúpida manera de torturarse la cabeza.

Si tan solo la amistad y el amor duraran tanto como las tontas palabras que se escriben en un momento de emoción, los sentimientos son tan pasajeros como la brisa imaginaria que en ese momento aromatiza fantasiosamente todo el lugar. No era primavera y al igual que él, ese árbol hacía mucho tiempo que había perdido sus flores, solo quedaba eso, un ser genérico, tanto como para confundirse con todos los demás que estaban a su alrededor, sintió pena de sí mismo.

—¡Idiota! —se dijo.

Aquel momento, hacía 11 años atrás, había sido especial para él, el apamate estaba más florecido que nunca, y el piso era una alfombra de intenso color violeta. Ella sacó una navaja que tenía guardada en el bolso para afilar sus lápices y carboncillos.

- ¿Qué haces con eso?
- Es que se me ocurrió una idea —le dijo sonriente.
- ¿Cuál?
- Quiero dejar testimonio de esto.
- ¿A qué te refieres?
- Lo que tenemos tú y yo, por supuesto.
- A ver, ¿pondrás V y S se quieren y un corazón?
- Jajaja, claro que no, jamás escribiría una cursilería como esa.
- Entonces ¿qué piensas escribir?
- Espera y verás.

Empuñando el objeto fue hiriendo la corteza, escribiendo algo que desde su posición él no podía entender. Así estuvo un buen rato hasta que pareció terminar, él estaba ansioso por verlo.

- ¿Qué es?
- Mira —le dijo con un gesto de satisfacción en la mirada.

—Vaya... decía: **Amigos x100 PRE.**

Era la misma frase infame que tenían tatuada en el brazo derecho y ella en el izquierdo, y que parecía perseguirle donde quiera que fuese, pero que ahora carecía completamente de significado. Maldita sea, debía irse de allí, todo esto era una completa y estúpida mala idea. Caminó rápidamente hacia su auto, ¿qué estaba haciendo?, se preguntó una y otra vez mientras miraba en su celular la foto de la invitación: “Loca, Alucinante y Colorida”, decía, y él sabía exactamente lo que significaba todo eso.

CAPÍTULO IV

El regalo sorpresa

Todo estaba quedando divino, Carolina Urquiza era la mejor museógrafa que había conocido en toda su vida, a pesar de su juventud sabía darle el sentido que ella había soñado para su obra, parecía que casi le estaba leyendo la mente. A su padre le habría gustado, estaba segura, dejó su alma en esas piezas y todavía tenía mucho que expresar.

—¿Te gusta? —Le preguntó ella ansiosa—, se notaba que la joven museógrafa estaba loca por complacerla.

—¿Si me gusta? Está genial, me fascina, es como si me estuvieses leyendo la mente.

—Sí, tengo poderes psíquicos, jajajaja. No, mentira, es una broma.

—Lo sé, esta documentación del proceso que colocaste allí, no sé, me recuerda a las obras de mi padre, es algo fascinante.

—Vaya, me alegra que lo hayas notado, precisamente lo mandé a colocar como una referencia a los trabajos conceptuales de Andrés, vinculándolo, aunque no sabía si te gustaría, quería que lo vieras antes para que me expresaras tu opinión.

—Me gusta, mucho, es genial, déjalo.

—Bien, me alegra.

—Es que, es tan agradable cómo las obras se sienten tan ligeras, es como si flotaran, poseen ese carácter fluido, el movimiento de los fragmentos, me gusta mucho, en verdad que has hecho un excelente trabajo.

—Bueno, te dejaré sola un instante para que hables con la obra y sientas el fluir, sin que nadie te corte la inspiración.

—Perfecto, esta mujer conocía su dinámica de trabajo, ella siempre acostumbraba quedarse a solas con la obra montada, como para sentir la energía que esta produciría en el público.

Esta vez se aventuró más allá de su zona de confort y había creado en uno de los salones una instalación de arte textil. Eran fragmentos y fragmentos que generaban la etérea y ligera sensación de estar bajo la lluvia, quería experimentarlo así, en el propio espacio en el que estaría exhibido. Además, deseaba que los usuarios lo experimentaran también interviniendo la obra, tenía todo meticulosamente planeado.

Se preguntaba qué diría su padre de ella en esos momentos, ¿estaría orgulloso? O simplemente pensaría que era una más, como algunas veces le había oído decir acerca de esos artistas emergentes, que no tenían “sustancia”, y que no eran más que un producto del momento, seres que no hacían más que copiar a los grandes, y que, por ende, estaban destinados al fracaso. Es que Andrés Léger era un purista de su oficio, sus obras fueron el boom en su momento, pero ese hecho no le hizo mantener un mismo lenguaje plástico, “el artista debía evolucionar, sino moría”, por esa razón siempre hizo lo que su conciencia artística le dijera, y no lo que el público, su mánager o los museos quisieran.

Lo admiraba, por esa valentía de enfrentarse a los demás e imponer su punto de vista. Ella distaba mucho de tenerla, en realidad estaba a años luz de expresar los genes de su padre o su madre, incluso cuando era pequeña llegó a pensar que era adoptada, porque su forma de ser era diferente a ellos. Estas personas habían sido punta de lanza al romper con los parámetros y

convencionalismos, se lavaban la cara con la crítica y pensamientos retardatarios, así eran sus progenitores, unos completos y totales rebeldes.

Tal vez su hermanita pequeña se parecía más a su papá, aunque no era artista tenía su misma conciencia social y el fuerte carácter que este poseía. Recordó la primera vez que fue a una de sus exposiciones, se preguntó ¿por qué todas esas cosas que había visto en su casa estaban allí?, se lo preguntó a su mamá y las palabras que le dijo las recordaría toda su vida.

—Hija, es que tu padre es un gran artista, es momento que lo sepas —la voz retumbó con un eco atronador, y fue como una especie de revelación mística.

Desde ese instante ella comenzó a verlo con otros ojos, como si fuese un ser de leyenda, así que su padre era un gran artista, y descubrirlo a los 9 años era como si te dijeren que Aquiles o Alejandro Magno eran tus progenitores. Tuvo el mismo impacto en su corazón inocente que un rayo sobre un árbol, partiéndola en dos, luego de ese instante fue como un antes y después. Desde ese día no importó nada de lo que él hiciera, incluyendo irse con otra mujer, para ella él siempre sería su héroe.

Estaba completamente satisfecha con la obra, y ese día 12 de diciembre a las 7:00 p.m., estaba allí en el museo, preparada y lista para mostrarle a su público que Verónica Bolívar era una artista por derecho propio, y que no estaba a la sombra de nadie. Vio el cartel frente al museo, y con un gesto de orgullo lo leyó, era el nombre más apropiado que encontró, porque la describía a la perfección, tanto a ella como a su trabajo: “Loca, Alucinante y Colorida”.

Se sentía feliz, enteramente satisfecha, había dejado todo su ser en esas piezas, y jamás había hecho un trabajo con el que se sintiera más a gusto. Todos, esa noche se llevarían una sorpresa, no solo por las piezas, sino por algo más que pensaba hacer en homenaje a su madre y padre, su corazón latía con fuerza, jamás se había sentido tan emocionada.

La velada estaba genial, tenía ese carácter bohemio que tanto le gustaba, nada de inauguraciones almidonadas, ni brindis tontos, esto era arte y había que celebrarlo con los mecanismos que el mismo arte generaba. Por eso, en la entrada se encargó que cada invitado recibiera un kit de costura más diferentes trozos de telas, para algo que ellos mismos no tenían idea de qué era, y eso generaba más expectativa entre los asistentes. Le gustaba ese tipo de cosas y hacer que las personas se preguntaran qué pasaría después.

De pronto alguien le llamó la atención, era un hombre guapísimo, acababa de entrar y sus ojos fueron directamente a él, era imposible no mirarlo. Tenía el cabello intensamente negro y una sexy barba del mismo color, la cual contrastaba con su tez maravillosamente blanca, y como si eso fuera poco poseía unos increíbles ojos tan azules como el cielo. Maldición, ese tipo sí que estaba bien, poseía un cuerpo de infarto, y cuando entró por supuesto que todas las mujeres voltearon a mirarlo.

¡Cielos!, ¿quién rayos era ese tipo?, se preguntó ella y también las noventa mujeres que estaban en la amplia entrada del museo. Parecía tan seguro de sí mismo, era el hombre más sexy que había visto en toda su vida, ¿de dónde salió?, ¿quién era?

—Vaya, y ese ¿quién es? —dijo Carolina.

—No lo sé.

—¿No fuiste tú quien lo invitó?

—No, no lo conozco, pensaba que habías sido tú.

—Debe ser un coleccionista.

—Seguramente.

—Quisiera irme con él.

—Creo que todas, en realidad... —le contestó Vero riendo ante la ocurrencia de la aparentemente conservadora mujer.

—Habrá que hacer fila entonces.

Era una de esas personas que poseían un magnetismo natural y en cuanto entraban en un lugar, todas las miradas se iban tras de ellos. No se trataba tan solo de una simple belleza física, sino también de una fuerza interna, la fortaleza de saberse, era la seguridad que proyectaba con sus hermosos ojos azules, una cualidad increíblemente atractiva.

Por supuesto que también ayudaba su porte, la altura, la forma como se ubicaba en el espacio, no necesitaba nada más, solamente existir en ese lugar y los demás hacían todo por él, incluyendo seguirlo con la mirada. Llevaba una chaqueta de cuero en combinación con una camiseta negra y jeans oscuros, parecía un sexy motociclista, pero al mismo tiempo no perdía la elegancia discreta, era el balance perfecto entre lo casual y elegante, ni mucho, ni poco. Solamente una persona muy segura de sí misma podía vestirse así y salir airoso.

Sus ojos inspeccionaban todo, parecía conocer de arte, seguro era un coleccionista, tal vez esa noche le comprara algunas piezas. Miró el reloj, ya eran los 8:00 p.m., y su estúpido casi ex novio no había llegado. Si ese cretino no llegaba a la exposición daría por terminada la relación, si es que así podía llamarse a lo que tenía con Orlando Núñez.

—Creo que ya deberíamos comenzar —le dijo Lucy, la coordinadora de eventos del museo.

—Orlando no ha llegado.

—Lo siento, pero la invitación decía...

—Sí, tienes razón, la puntualidad es importante, ¡que se vaya al cuerno ese idiota!, iré a cambiarme.

—Bien, jaja, iré a chequear que todo esté bien —contestó la diligente chica.

Con rabia Vero se quitó la ropa, se miró al espejo y recordó a su padre, eso es lo que él hubiera hecho, nada se interponía entre él y su arte. Cuando salió desnuda al *hall* todos se quedaron boquiabiertos, todos menos Sebastián que la conocía muy bien como para saber de lo que era capaz. Se sentó en medio como si nada y allí reposó, mientras una extraña música metálica sonaba de fondo, entonces comenzó a coser sobre una inmensa tela, y poco a poco las chicas de protocolo fueron invitando a los asistentes a tomar sus *kits* y coser con ella.

Luego comenzó a bailar sobre la tela haciendo unas acrobacias que no dejaban nada a la imaginación. Sebastián no hacía más que sonreír, era la misma de siempre, estaba completamente loca, tal cual como la recordaba.

—Hola —y este se volteó.

—Hola.

—¿No te recuerdas de mí?

—Eh... no sé, creo que su cara me parece conocida.

—Soy Abigail, la madre de Vero.

—Oh... cielos, ¿cómo está?

—No tan bien como tú, ¡cielos! Si no fuese por ese maldito tatuaje, no te hubiera reconocido.

—Oh... jajajaja, bien, sí, debí quitármelo, pero...

—Ella también debió hacerlo, pero nunca lo hizo, seguramente habrá un buen motivo para ello —le dijo la mujer sonriendo—. Sabes estoy orgullosa de mi hija, yo hacía lo mismo cuando tenía su edad, jajaja, aunque debo reconocer que ella es más flexible que yo.

—Sí, ya veo.

Vero estaba muy concentrada, tanto que su mirada estaba perdida en su mundo. En ese momento

no era la mujer, sino la artista. Pero de pronto algo distrajo su atención, entre el público estaba el hombre que había acaparado su mirada, el guapo y sexy extraño, pero no era su belleza lo que la sacó de su proceso, sino otra cosa. En su brazo derecho este hombre portaba un tatuaje con la inquietante frase: **Amigos x 100 PRE**.

—¡Mierda! —dijo para sí—, ¡maldita Sara Leal!

Continuará....

Esta saga continúa con los siguientes libros:

Íntimos Deseos. Una Novela Romántica de Mercedes Franco Libro 2

Íntimos Deseos. Una Novela Romántica de Mercedes Franco Libro 3

Si te ha gustado este libro, te agradecería si me dejas una reseña en la plataforma donde lo adquiriste. Gracias

Íntimos Deseos.

AMIGOS x 100 PRE ♥♥

Puntos Áureos

(Tomo II)

CAPÍTULO V

Figura en sangrado

La figura en sagrado es un término artístico, el creador visual emplea este recurso de manera que las formas salen del plano, lo cual le permite añadir significaciones y dinamismo a su obra. No obstante, el artista debe saber aplicarla debidamente, ya que podría arruinar por completo la obra, en lugar de aportar riqueza al esquema compositivo.

Algo parecido pasó en la vida de Verónica, un día sus formas estaban dispuestas de una manera maravillosa y llena de posibilidades, y al siguiente todo había cambiado, sus puntos áureos fueron desplazados generando un desequilibrio. La obra de su vida se tornó confusa y su paleta se volvió gris, todo cuanto había deseado se fue convirtiendo en figuras involuntarias que no sabía descifrar, un mundo lleno de manchas en el cual todavía no encontraba inspiración. Al final, una pequeña figura luchaba contra una masa informe sin encontrar la salida.

En muchas áreas siempre fue sobresaliente, pero en el terreno amoroso no conseguía encontrar al amor de su vida. ¿Cómo era posible que una mujer tan brillante, talentosa y bella no hallara a esa persona especial que en el fondo de su corazón deseaba?

Mientras sentía el peso de ese hombre sobre ella, su mente estaba en otro lado, la pasión que le generaba Orlando ya había pasado. Aunque el placer siempre era satisfactorio, faltaba algo, hacer el amor con él le dejaba una sensación de vacío.

La reacción física era intensa y sintió el potente orgasmo al que estaba ya acostumbrada, muy bueno, técnicamente hablando, pero eso no era suficiente. Tal vez por su gran capacidad amorosa toleraba otras cosas como su falta de conexión emocional o el gran muro que había entre los dos; él no entendía ni jota de arte, pero tampoco le importaba hacerlo, para él los artistas no eran más que un grupo de personas que no tenían nada mejor en la vida. Aunque, por supuesto, se cuidaba de no hacer comentarios delante de ella, pero Vero era una mujer inteligente, y si algo sabía hacer, era conectar líneas para generar formas y encontrar su significado.

Orlando era como esos artistas que solamente dominaban la técnica. En ese sentido, era bueno en lo que hacía, pero jamás sería un maestro. Así decía su padre de aquellos pintores y creadores visuales que sabían ejecutar formas, pero cuyas ideas no pasaban de lo netamente figurativo, era lo que más detestaba, para él no eran artistas, sino una suerte de repetidores de lo que ya existía en el mundo real, algo que no poseía a sus ojos ningún mérito.

Orlando era igual, no hacía nada original, sus técnicas estaban patentadas, las usaba de forma fría y efectiva para obtener un buen resultado. Es decir, su cuerpo estaba allí, pero no su mente, mucho menos sus emociones, ya lo conocía y no podía engañarla. ¿Cómo era que su vida había terminado así?, cuando tenía 16 años soñaba con el amor verdadero, y ahora tenía un semi novio con el cual prácticamente ni hablaba, no tenían nada en común.

—Oh... baby, ¡eso estuvo muy bien! —exclamó extasiado.

—Sí, bastante.

—Oh... ¿y eso quiere decir...?

—No quiere decir nada.

—Estás muy rara.

—No tengo nada —dijo con cierto fastidio levantándose a su vez de la cama—, ya estaba

cansada de intentar una conversación con ese hombre, se dio cuenta que el único punto que tenían en común era el buen sexo, entonces ¿para qué seguirse amargando la vida?, decidió que disfrutaría lo único que podían hacer juntos, y de gran manera.

—Me gusta mucho ese cuerpo —dijo mientras la miraba caminar desnuda hacia el baño—, sus ojos no se cansaban de ver sus formas, por más que las conocía todas, era maravillosa la manera cómo esos dos hoyuelos a ambos lados de su columna se marcaban cuando ella iba caminando o haciendo otras cosas sobre él.

—A mí también me gusta el tuyo —dijo más como una evocación—, no había ilusión en sus palabras, era lo cotidiano y, aunque era cierto que su cuerpo resultaba escultural, Orlando se cuidaba de trabajarlo consecuentemente en el gym, por alguna razón ya no se sentía tan motivada como antes.

—¡Oh... mierda!, ¿te hiciste otro tatuaje?

—Así es... —le dijo mirándolo por encima del hombro, era un pequeño dragón en el omoplato izquierdo.

Estaba muy bien ejecutado por “Dogma”, un famoso artista del tatuaje que siempre había sido “amigo de la casa” por la estrecha relación que mantenía con su padre. Así, cuando se le ocurría una de sus geniales ideas acudía a él, era su tatuador de confianza, desde el desastre de **Amigos x 100 PRE ♥♥♥** no dejaba su piel en manos de nadie más.

—¡Cielos!, ¡a este paso te cubrirás toda!, parecerás esa chica, no recuerdo cómo se llama, bien, esa misma.

—¿No te habías dado cuenta? Cielos, no eres un hombre muy observador que digamos.

—Estaba oscuro, no veía esa cosa —le dijo con desagrado—, dos tatuajes estaban bien, pero desde que la conocía ya llevaba seis más, eso no le estaba gustando, a ese paso parecería una hippie o algo así, y eso no le daba una muy buena imagen, ahora tenía un nuevo status, estaba escalando.

—Bien, por suerte la espalda es mía, y soy yo la que lo tengo, no tú.

—Vaya... ¡qué agresividad!

—Bien.

—Pero, una pregunta.

—¿Qué? —dijo volteándose.

—Oh... cielos, si te volteas así, rayos no me dejas concentrarme con todo eso a la vista, me gusta.

—Ok. —Entonces fue al baño y tomó una toalla, salió sonriente—, ahora sí, a ver dime.

—Es que, me gustaría que usaras algo más cubierto para la cena con los socios.

—¿Por qué? —y arqueó la ceja derecha.

—Porque darás una impresión diferente a la que quiero.

—Una impresión diferente, como ¿cuál?

—No lo sé, sabes que ahora soy el socio principal de la firma, debo verme más formal, sabes a qué me refiero.

—Así que... ¿quieres que cubra mis tatuajes o mi cuerpo?

—Ambos, en realidad.

—Ok, ambos, ¿quieres que use una de esas aburridas ropas que te tapan hasta aquí? —dijo señalándose el cuello.

—Algo así, aunque no exageres, es elegante, eso es todo, es que es una cena elegante.

—Vaya, entonces mi forma de vestir no es elegante.

—Me gusta cómo te vistes, eres encantadora, sexy, pero ya sabes cómo son esos tipos, tienen ciertas ideas...

—Sí, ya me imagino cuáles, estereotipos con la gente tatuada, con las mujeres, con las personas humildes, con los que no se visten o son como ellos, etc., etc.

—Oh... vamos, no exageres, ya salen los genes rebeldes de tu padre y madre.

—A mucho orgullo.

—Ok, pero...

—Te diré algo —le contestó sonriendo—, sí, con esa sonrisa que significaba “moriré antes que hacer lo que me estás pidiendo”.

—Ok.

—Deberías buscarte a otra chica, sí, no me mires así, eso es lo que deberías hacer, una que se ajuste a tus conservadores estándares, porque esta, esta que ves aquí —dijo señalándose—, jamás se someterá a eso. Te juro que nunca seré la esposa conservadora del importante hombre de negocios.

—Verónica, no exageres —le dijo sentándose en la cama, donde había permanecido recostado con los brazos detrás del cuello extasiado contemplándola desnuda y semi desnuda.

—No soy ese tipo de mujer que cambia por nadie, no, soy esto que observas —le dijo molesta—. Si te gusta, bien y si no, ya sabes qué hacer —y le señaló la puerta.

—¡Eres imposible!

—Bien, es bueno que lo sepas —dio la media vuelta y se metió en el baño, pero luego volvió a salir.

—¿Qué? —le dijo él frunciendo el entrecejo.

—Sabes, deberías ir en verdad con otra chica, con esa rubia que te ha estado buscando, es una tonta sin personalidad, ella sería perfecta para una cena como esa, hermosa, dócil, manipulable, es perfecta para ti, todo lo que necesitas en tu nueva vida como socio mayoritario de la firma.

—Verónica.

—Puedes hacerlo.

—¿Qué significa eso? —Se dio cuenta que tal vez había llegado el momento, ese que tanto anhelaba siempre, el de terminar la relación, y ella le estaba dando la oportunidad de su vida, solamente tenía que callarse y salir de allí lo más pronto posible como le había enseñado su tío.

—Y bien, de todos modos, no iré a tu estúpida cena.

—No hables así de mi trabajo, yo no hablo mal de tus amigos hippies y locos.

—Ya lo estás haciendo, no creas que no me he dado cuenta, no te gusta nada de lo que hago, no soy tonta, así que no me engañas con tus tácticas, no tienes que decir nada porque sé leer entre líneas.

—¿Cuáles tácticas?

—Ya sabes cuáles, te conozco bien, a ti y tu tío, así que no creas que soy como una de esas chicas estúpidas a las que le dices tus mentiras y te lo creen todo.

—Verónica, ya basta, no...

—No ¿qué? —y se dio la media vuelta molesta.

—¡Qué mierda! —y dio un golpe en la cama—, pero no precisamente por la discusión, sino porque ella le estaba dando la oportunidad, le estaba abriendo la puerta de par en par, pero ¿por qué rayos no se movía de esa cama?, ¿qué le estaba pasando?

Orlando no se comprendía a sí mismo, se quedó largo rato sentado allí, esperando que Verónica saliera del baño, pensando por qué rayos no se largaba de allí. Cuando ella salió, él tuvo

miedo, se veía tan hermosa mojada, con esa diminuta toalla que dejaba ver sus piernas tatuadas, sus brazos, ese encantador cuerpo que sabía darle tanto placer, se sentía atrapado, ¿qué era eso? —se dijo—. Quería decirle que podía irse a la mierda, él era Orlando Núñez, ¿qué se creía esa mujer?

Pero en vez de decirlo fuerte y claro como acostumbraba con otras chicas, lo que salió de su boca fue muy diferente. Algo tan distinto a lo que esperó, tanto que hasta él mismo estaba sorprendido de esas palabras, las cuales parecían tomar vida propia sin que él las pudiera controlar.

—Lo siento querida, si quieres puedes ir y ve como quieras, así eres perfecta. ¡Qué rayos! —se dijo él mismo—, ¿de dónde salió todo eso?

A Vero le extrañó que este hombre dijera algo así, había esperado que hablara alguna de sus disertaciones acerca de la importancia de la imagen y su relación con el éxito. Pero esto no se lo esperaba ¿sería sincero o solamente no quería que ella descubriera la verdad, que había estado saliendo con otra mujer?

Mientras Vero se duchaba se preguntó cómo había terminado con ese hombre y, sobre todo, por qué no concluía de una vez con esa relación. ¿Qué rayos estaba esperando?, la verdad es que todos tenían la razón, era el peor novio del mundo. Cuando salió del baño una vez más comprobó que no lo entendía, él era una persona completamente impredecible.

—Digo, si quieres ir, sino...

—Iré —dijo ella como si fuese un reto—, se le quedó mirando, lo analizaba tratando de descifrar sus intenciones, y luego fue al *vestier* para cambiarse, tenía un largo día de trabajo por delante.

—Bien... entonces tengo muchas reuniones hoy —y se encaminó al baño.

Allí, ante la ducha caliente se cuestionó sus actos, es que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Su tío tenía razón, esa mujer era peligrosa, demasiado, y él estaba muy obnubilado por el poder sexual e intelectual de ella. Nunca consideró esas variables, y se cuestionó la hora en que la había abordado en aquel maldito museo, porque hasta ese momento él siempre había sido un zorro invencible.

Verónica se sentía extraña mientras se cambiaba, ¿qué le pasaba a este hombre?, tal vez era una nueva estrategia, sabía que andaba con esa rubia, por lo menos que coqueteaba con ella. Se colocó su braga de trabajo, recogió el cabello en una coleta y se miró al espejo, ¿quién era esa chica y cómo había llegado hasta ese punto de confusión? Orlando y ella eran como dos extraños tratando de coexistir en un mismo mundo, dos extraterrestres de planetas diferentes. Estaba muy confundida con este hombre que cambiaba de comportamiento a cada rato, un día parecía totalmente insensible y lejano, y al otro decía cosas bellas como esas.

Cuando salió él ya estaba vestido y enrumbando hacia la puerta, se le quedó mirando como preguntándose ¿será que esto tiene algún futuro? Se veía encantador, le dieron deseos de arrinconarlo contra la pared, era una especie de sensación salvaje, y se dio cuenta que tal vez por eso habían durado tanto tiempo.

—¿Qué? —le dijo él mientras se acomodaba la camisa.

—Nada, nada.

—Bien, me voy —le dijo dándole un ligero beso en los labios.

—¿Cuándo es la maldita cena?

—Mañana a las 8:00 p.m., en “Bistro”.

—Bien, ok, te llamaré.

—Bien —y salió dejándola llena de muchas dudas.

Era un hombre impredecible, ¿qué rayos hacía con él? Al analizarlo, se dio cuenta que había pasado varias veces por la misma situación. Tal vez ella era ese tipo de mujer, le gustaban los chicos malos, maldición, le gustaban los hombres lejanos y que no entregaban sus emociones fácilmente, tenía que haber alguna buena razón para ello.

Quizás era porque a los 11 años su padre los abandonó por otra mujer, esa fue la primera forma que salió de su composición, el primer sangrado en su vida, él era ahora un recuerdo, una figura mítica que signaba su camino, pero con quien en realidad no tuvo una relación tan estrecha. Era una mujer más joven que su madre, muy hermosa, por supuesto, era típico, y no importaba si el hombre era un erudito o alguien que no había tomado un libro en su vida, todos estaban genéticamente programados para engañar, eso decía su mamá.

A esa edad presenció la primera de las grandes conversaciones de su madre con la tía Lili, donde fustigaban en contra de los hombres, y seguramente que eso llegó a afectarla. Quizás por esa razón era un desastre en sus relaciones y Orlando era la última confirmación de ello.

—Esas zafias saben cómo hacer las cosas —dijo la tía Lili.

—No entiendo cómo es que un hombre tan inteligente se ha podido llevar por algo así. Pero es su culpa, él era mi pareja, no esa chica.

—Oh... cielo —le contestó Lili—, la inteligencia es lo último que usan los hombres cuando se les atraviesa una mujer así en el camino. Pero ten fe, que todavía hay hombres buenos en este mundo.

—Jajajajaja, eres una ilusa.

—Puede ser, pero... hay esperanza, en algún lugar podrías encontrar a alguien especial.

—¿Especial?, eso es utópico, especial... es la palabra más genérica y devaluada que existe.

La tía Lili no era su tía propiamente, sino la mejor amiga de su mamá, descomplicada en su máxima expresión, había aprendido en la vida por todos los golpes que se llevó en el camino. Era una mujer alegre y sencilla, amaba estar rodeada de cosas bellas y, por supuesto, eso incluía a los hombres. A pesar de todo, conservaba la ilusión del amor, por eso ella y Abigail tenían ese tema prohibido en común, el del amor ideal.

Ella era una de las formas importantes en la composición de Vero, una figura ubicada en un punto estratégico en el cual los pesos se balanceaban, la incredulidad de su madre y la ilusión de Lili eran puntos áureos en la obra de su vida. Su tía siempre tenía un consejo o alguna palabra oportuna para ayudarla.

—A ver, querida “colorcita”, ¿cómo están tus cosas? —le dijo mientras se sentaba a su lado a verla trabajar.

Vero estaba empezando a realizar su serie de texturas naturales con telas y los bocetos estaban resultando tal cual como lo deseaba, solamente necesitaba pulir un poco más la técnica. Los colores eran perfectos y generaban una riqueza cromática increíble, los relieves de las tierras, el agua y el cielo estaban resultando tal cual como lo había planificado.

Cuando eso pasaba se sentía sumamente feliz, el arte era su universo y, aunque afuera ocurriese un desastre, si dentro de él las cosas marchaban bien, entonces no le importaba en lo más mínimo que el mundo se acabara. Amaba estar ahí, su padre lo supo desde que era pequeña, y por eso le tenía su espacio especial en el taller, así aprendió el respeto y la importancia del oficio.

—¿Cómo está ese noviecito tuyo?, ¿cómo es que se llama?, el guapísimo, vaya que es guapo ese hombre —pero en sus palabras se sentía una especie de tono irónico.

—Orlando —y sonrió entendiendo lo que sus palabras no querían expresar en ese momento.

—Oh... sí, el bello Orlando —y se relamió de gusto.
—Está bien —le contestó lacónicamente—, está muy bien.
—Oh... vaya, ya veo, sí que está bien ese hombre.
—¿Qué? —le dijo mirándola de soslayo.
—Jajajaja, que es un hombre muy guapo.
—Ok, ya entiendo.
—¿Qué es lo que hace?, no recuerdo.
—Tiene una empresa de inversión en la bolsa de valores.
—Oh... suena terriblemente aburrido, pero de seguro que le debe dar muy buenos resultados.
—Así es —y enarcó la ceja derecha como acostumbraba hacer cuando algo le resultaba irónico o fastidioso.
—Ok.
—Ajám —y se notaba que no quería hablar de ese tema—, Lili sabía que una mujer ilusionada estaba deseosa por hablar del hombre que quería y de introducirlo en cualquier conversación que pudiese, pero Vero no mostraba esos signos, y eso le hizo entender que tal vez las cosas no estaban muy bien entre esos dos.
—Así estará —y sonrió.
—Pues normal, tía, normal, todo bien.
—Sabes, para ti siempre soñé otras cosas, llámame loca, pero todavía creo en el amor, soñé que conocerías a un príncipe azul, jajaja, sí, no me mires así, todavía creo en esas tonterías.
—¿Un príncipe azul?, ¡cielos!, jajajajaja.
—Creo en el amor.
—Jajajaja, ¿tú crees en el amor?, ¡cielos!, con todo lo que te ha pasado cualquiera pensaría que no querrías ver a un hombre ni a 20 kilómetros.
—Sí, y no me mires así, ya sé lo que habla la loca de tu madre a mis espaldas, jajajaja, pero es que hay una parte de mí que todavía lo sabe, el amor existe, en algún lugar, y bueno, todo es cuestión de buscarlo.
—Muy romántica, jajaja, ya eso no existe Lili, acéptalo, los hombres hoy en día ya no quieren comprometerse como antes y, por cierto, las mujeres tampoco.
—Claro que existe —le dijo sonriendo de una manera diferente—, y no me mientas, sé que si conocieras a alguien especial le entregarías tu corazón, cualquier mujer en sus cabales lo haría.
—Oh... tía, por favor, ¡qué bobería!
—Mmm, lo dices porque no estás con un príncipe, sino con un sapo.
—¿Qué quieres decir?
—Sabes a qué me refiero.
—No, la verdad no, si te soy sincera, Orlando no es precisamente lo que pensaba, es decir, no hay personas ideales, pero él es... digamos, tiene algo, ¡qué sé yo!
—Sí, debe ser muy bueno.
—Ah...
—En la cama me refiero, se le nota que debe ser muy bueno.
—¡Tía!, ¡rayos!, ¡eres peor que mi madre!
—Somos adultas, vamos, hay hombres así, que pueden conmoverte con sus dotes, pero te diré un secreto, no es necesario tener una relación con alguien para obtener ese tipo de... digamos beneficios ¿sí me entiendes cariño?
—Sí, entendí, mira, sé que él es un tanto diferente, pero...

—¿Un tanto diferente? Eso es un buen eufemismo, la verdad es que también deberías ser escritora, porque eres muy buena con las palabras. Sí, un tanto diferente es una forma muy elegante de decirlo mi niña.

—Y eso significa...

—Que tu querido Orlando es el prototipo del patán moderno, eso quiere decir, con palabras directas y sinceras, jajajaja, es un zorro, le sale por todos los poros del cuerpo.

—¿Lo dices porque hay muchas chicas detrás de él?

—Mmm, no, lo digo porque él de seguro anda detrás de muchas chicas, esa es la verdad, es que, míralo, un hombre como él está moral y físicamente incapacitado para estar con una sola mujer.

—Estás igual que mi mamá.

—Seamos sinceras, siempre has sido una chica muy despierta, no puedo procesar que en realidad creas todos los cuentos que seguro inventa ese hombre. Además, tiene las peores referencias del mundo el pobre, no hay cómo salvarlo.

—Jajajajaja, te refieres a...

—Sí, por supuesto, es sobrino de Cristóbal Núñez, no creo que haya una peor referencia que esa, jajajajajaja, el pobre tiene que cargar con sus pecados y los de ese hombre también, si yo fuese una chica de su edad y lo conociera en alguna fiesta saldría corriendo por mi vida.

—Jajajajaja, te pasas.

—Es la verdad, es peligroso, y ese hombre aún más, tiene los trucos, todos y cada uno bajo su manga.

—Sí, tienes razón, cuando me llevó a conocerlo, cielo santo, sentía como si estuviese presentándome a una leyenda y, por supuesto, en el mal sentido de la expresión. Ese hombre da miedo, me analizó como en cinco segundos, no imagino a las pobres mujeres que deben haber caído en sus garras.

—Oh... sí, ese hombre, juro que debe haber estado como con mil mujeres, pero debo agregar que cuando estaba joven era todo un bombón. ¡Cielos!, te diré, Orlando es un hombre poco atractivo en comparación a su tío cuando tenía su misma edad. Eh... ahí la explicación de por qué las mujeres no salían corriendo en cuanto hacía acto de presencia, además era un sujeto encantador.

—Es decir, que tú lo conociste.

—Una vez, sí, pero te aseguro que no caí en sus garras.

—Te creo, jajajaja.

—Era peligro, peligro, y yo además estaba con Manuel, y sabes cómo soy.

—Jajajajajaja, sí, lo sé.

—Así es, lástima que el mundo sea como es ¿no?

—En algunos sentidos.

—Sabes, la primera vez que te vi con ese chico me sentí como si estuviese viajando en la máquina del tiempo.

—¿Por qué?

—Es que fue como verte con Armando Fuentes otra vez, es exactamente como la versión actualizada de ese chico. Mmm, me dije esta chica tiene problemas, muchos problemas.

—Oh... estás igual que mi madre, cielos, ¡estoy rodeada de puras serpientes! Y gracias por decir que tengo muchos problemas, muchas gracias por el amor y la consideración y...

—Jajajaja, deja el dramatismo por favor, sabes que siempre te han gustado los chicos malos,

eso es un hecho.

—No es cierto.

—Es la verdad, estabas loca por ese chico, creo que siempre caes con ese tipo de hombres, esta es la segunda vez que te veo así, es decir, no quiero que te pase lo mismo, ya sabes, otro Armando Fuentes es demasiado para ti.

—Puede ser, después de todo, mi papá también era un chico malo ¿no? Creo que allí comenzaron mis problemas.

—Sí, tal vez sea por eso, las mujeres repetimos y repetimos lo que vemos, es lamentable. Pero tu padre era un hombre apasionado, uno de estos seres únicos que nacen pocas veces en la vida, diría que era un genio. La forma como lo mirabas, es que lo adorabas, dudo que alguien pueda igualarlo en tu corazón, creo que eso es lo que buscas, alguien que llene ese vacío.

—Freud y tú, por lo que veo, sí que mi madre te mandó a hacerme un psicoanálisis.

—No me ha mandado nadie, simplemente me preocupas. Pero te diré algo, puedes haber tenido el peor pasado del mundo, pero colorcita, tú eres la dueña de tu futuro, eres quien lo hace hermoso o gris y quiero lo mejor para ti.

—Entonces...

—Eso, que quiero lo mejor para tu vida querida.

—¿Qué viste? Dime la verdad, estás dando muchas vueltas, pero me da la impresión de que has visto algo y no quieres decírmelo directamente.

—He visto muchas cosas en mi vida.

—Mmm, deja de dar rodeos, siento que me quieres decir algo, pero no terminas de hacerlo, a ver, habla. Siento el peso de tus ideas sobre mí, jajajajaja.

—Jajajajaja, cielos, no has sentido el peso de nada, te lo aseguro.

—Eso no lo sabes, jajajaja.

—Pero... creo que... bien... no, olvídale.

—¿Qué?, dime lo que quieres, a ver —y le sonrió.

—Es que... tal vez te hayas equivocado el camino, querida.

—¿Cómo?, creo que estoy muy bien encaminada en la vida, hago lo que me gusta y apasiona, y soy buena en ello.

—No me refiero a tu arte, me refiero a que has tenido muy mal tino para escoger hombres, toda tu vida has dado vueltas entre sujetos que no aportan nada a tu vida, ni te llevan a ninguna parte.

—Oh... gracias por tu buena opinión acerca de mí y mis decisiones amorosas.

—Es la verdad, lo sabes.

—Y eso ni siquiera se discute, jajajajaja. Vaya, tienes una idea muy bien formada de mí entonces.

—Te conozco desde que estabas pequeña colorcita, sé muy bien cómo piensas y sientes.

—Ok, como digas.

—Pero, te diré algo, es que...

—Dime —y la miró directamente a los ojos.

—Es que siempre he pensado algo.

—¿Qué cosa?

—Es que... bien, es que ese chico, ¿cómo es que se llamaba?, el que era amigo tuyo, el gordito que era muy lindo, el de los bellos ojos azules, ese.

—Sabes perfectamente cómo se llamaba —y enarcó nuevamente la ceja—, lo conociste muy bien.

—Cielos, tengo 61 años, a mi edad ya la memoria comienza a fallar.

—Sebastián, así se llama, o al menos eso creo, tengo miles de años que no sé nada de él, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Era un buen chico, y se notaba que le gustabas.

—No sé por qué me dicen eso, él y yo solamente éramos amigos, y no los mejores amigos, la verdad. Se portó muy mal conmigo, pero todos están empeñados en que es el mejor amigo del mundo, pero no es así, no lo es.

—Estás loca, cualquiera que tuviese ojos se daría cuenta que entre ustedes había algo especial.

—Claro que no, por favor, él ni siquiera me quería, no sabes... en fin, ya no vale la pena, esas cosas pasaron hace tanto tiempo que no tiene ningún sentido hablar de eso. Pero Sebastián no es quien piensas, así que quítate eso de la cabeza.

—Tienes razón, pero era un buen chico, es todo lo que digo, y se notaba, digas lo que digas tenían algo bonito, mucha química, sí, ustedes dos poseían algo muy especial.

—Bien, como digas tía Lili.

—Bien, bien, ya entendí el mensaje, que no me meta en tus cosas, fuerte y claro, pero sí me tomaré el atrevimiento de decirte algo, y es que debemos querer lo que es bueno para nosotros, esa es la mejor decisión que podemos tomar en nuestras vidas. He aprendido que el amor no es un sentimiento, sino una decisión, elegimos a quien amar, sea bueno o malo, es nuestra decisión, no importa el pasado, nosotros debemos decidir el futuro que queremos para nuestra vida.

—¿Qué dices?

—Te digo que los apasionamientos y los cuerpos perfectos son buenos por un rato, pero lamentablemente eso pasa, la pasión siempre se extingue, al igual que lo hace un fuego, se consume tarde o temprano. Los cuerpos envejecen, la gente se pone vieja y todo se va al piso, jajajaja. ¡Cielos!, sí lo sabré todo querida, y no importa lo que hagas, todo se caerá tarde o temprano. Así que, lo mejor es que si escoges algo, lo hagas por razones que sean duraderas, el tiempo puede dañar tu cuerpo, pero no tu alma y corazón, estos crecen, y un hombre cuya riqueza habita en su alma es invaluable.

—Ok.

—Si consigues una joya como esa no la dejes escapar, ni la cambies por un... digamos, cristal como este —y señaló una foto del guapo Armando—, porque terminará igual que su tío, viejo, solo y probablemente con un ataque al corazón por tanto tomar tu sabes que, la pastillita aquella.

—¡Cielos!, pero te inventaste toda la historia, definitivamente tú y mi madre parece que están confabuladas para amargarme la vida.

—No querida, tu madre quiere lo mejor para ti, aunque no sepa expresarlo de la manera adecuada. Abigail no desea que pases por todo lo que ella ha vivido, es que los hombres muchas veces pueden ser unos desgraciados, es todo lo que digo.

—Palabras sabias... —le dijo mientras seguía cosiendo sobre la tela—, sabía que mucho de lo que decía era cierto, pero no quería pensar porque era muy doloroso darse cuenta que había perdido años de su vida con sujetos despreciables que no valían la pena.

—Sabes, te veo y me recuerdas mucho a Andrés, es que hasta en la forma como te concentras en tu trabajo, es encantadora.

—Papá, cielos, no sabes cómo me gustaría que estuviese aquí conmigo, es un vacío, es la misma sensación que me embarga. Ahora solo lo veo como a un artista, alguien con tanto talento

como yo no sueño tenerlo en mi vida.

—No digas eso, eres una chica sumamente talentosa, lo eres.

—Lo es, mi padre era increíble, no aspiro a tener su talento ni en sueños, a mi edad él ya estaba completamente consagrado a nivel mundial, yo apenas me estoy proyectando.

—Quizás tengas que hacer tu lugar y dejar de pensar en Andrés, además, ya sabes que el mundo del arte es machista, eso siempre ha pasado, las mujeres debemos hacer nuestro propio espacio en el mundo, en todos lados. Es triste, pero es una realidad querida colorcita, pero sé que tú puedes, tienes la fuerza y el impulso necesario para lograrlo.

—¿Tú crees?

—Tú también lo crees, solo exprésalo más, es todo, tienes un talento inmenso, tanto que ni siquiera puedes verlo, es como un mar, ya sabes lo que dicen, que los peces viven en un océano tan grande que ellos mismos no pueden percibir lo que pasa a su alrededor.

—Entiendo, jajajaja, es un buen ejemplo.

—Te hablo en serio colorcita —y le tomó con delicadeza la barbilla.

—El arte es machista, eso es verdad, si hiciera lo mismo que mi padre jamás lo tomarían tan en serio como si lo hiciese él mismo, y me temo que toda la vida me la pasaré entre las sombras de mis queridos progenitores tratando de evadirlas sin éxito.

—No digas eso, además, tú eres diferente, harás tu propio camino, a tu manera —y le sonrió—, ánimo mi colorcita, ánimo, esto será un éxito.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque veo todo esto, la pasión con que haces las cosas, como te dedicas, y la perfección con la cual ejecutas cada una de tus piezas, eso es la pasión del artista, la misma que poseía tu padre. Cuando tenía una idea en mente no descansaba hasta lograrla a la perfección, sin importar cuanto tardase, y veo eso mismo en ti.

—Oh... Lili —y sintió que las lágrimas se le iban a salir.

—Hija, tienes un vacío en tu corazón, pero...

—Un vacío, sí, un vacío.

—Sí, es un gran vacío que ningún hombre puede llenar, así que no lo intentes, todas hemos hecho eso, tratar de llenarlo de la forma equivocada.

Entonces, miró hacia las paredes y allí estaba un dibujo de ella donde aparecía la mitad de su cuerpo en el espacio y la otra fuera de él, un vacío en medio de su corazón. Era evidente lo que todo eso significaba.

—¿Qué?

—Este dibujo me llama poderosamente la atención.

—Ah... ¿sí?

—Sí, es que tiene mucho que ver contigo —y se levantó para verlo más de cerca—, me gusta, tiene su toque.

—Ah... ¿sí?, ¿por qué? —y sonrió, ya se imaginaba lo que venía después de esa frase.

—Míralo, medio cuerpo en sangrado —dijo mientras enarcaba una ceja—, ujum.

—¡Oh mierda!, aquí viene la psicología otra vez, jajajaja, por favor, tú y mi madre debieron haber estudiado eso, las dos tienen un terrible complejo de psicólogas, se la pasan analizándome, ¡cielo santo!

—Sí, es verdad, tengo un terrible complejo con eso, debería aplicarlo a mi vida también, tal vez me sería de utilidad ¿cierto?

—Puede ser —le dijo riendo con sarcasmo, porque sabía exactamente lo que ella había

pensado en ese momento—, es que Lili Ordoñez era una mujer muy aguda que sabía cómo penetrar en el pensamiento y sentimientos de los demás, y en todas formas era mil veces peor que su madre. Mucho más sensible para captar los elementos que pululaban a su alrededor.

—No te digo estas cosas por mal, lo que pasa es que quiero verte feliz mi niña, y sé que con esos perdedores eso no va a pasar. Mira, esta chica, la mitad no está, ¿dónde se ha ido, a ver?

—Es un retrato en sangrado, me pareció muy original, deja de buscarle vueltas al asunto, soy un artista, se supone que eso es lo que hago, cosas que penetren en la mente de las personas y las pongan a pensar.

—Todo lo que plasmas en el lienzo tiene que ver contigo, eso lo sabes muy bien. Lo estudiaste, sabes que cada línea y forma significa algo que está ligado a tu ser, es inevitable, y ningún artista puede escapar de eso, lo quiera o no, su persona se verá reflejada en la obra.

—¡Mierda!, no puedo con ustedes dos, dime lo que has visto y ya salgamos de esto.

—¿A qué te refieres?

—Viste a Orlando con otra mujer ¿es eso verdad?

—Vaya... ¡qué manera de dar mi disertación!, jajajajaja, estaba tan hermosa y la dañaste toda con tu mente profana.

—Jajajajaja, sí eso creo, pero ya, a ver, dime la verdad, viste a Orlando con otra mujer, por eso toda esta cháchara. Deja los rodeos, soy una mujer fuerte, puedo con esto y mucho más.

—Pues... es que...

—Vamos, dime las cosas con claridad, no me voy a molestar, ni a ponerme mal, soy una mujer fuerte, ya lo sabes.

—Sí, la verdad sí —y miró hacia la mesa—, no quería ver su expresión cuando se enterara de la verdad. Orlando Núñez era un perro que andaba con una y con otra, ella lo sabía, era idéntico a su mujeriego tío.

—¡Lo sabía! —le dijo sin apenas inmutarse.

—¿No te molesta entonces? ¿Lo sabías y estás así como si nada?

—La verdad, es que sé hay muchas chicas detrás de él, esa es la verdad y también que él no es ningún santo, sé muchas historias “legendarias” de sus correrías.

—Y él detrás de ellas... no lo olvides, sobre todo él detrás de ellas, y no ha cambiado, sigue siendo el mismo que era antes de conocerte.

—Sí, lo sé —dijo haciendo un gesto levantando los hombros.

—Vaya... esto es más grave de lo que había pensado.

—¿Qué dices?, ¿de qué hablas?

—¿No te importa? Es eso, ni siquiera te inmutaste cuando lo dije, eso está muy mal, realmente muy mal, colorcita.

—Ok, a ver explícate, porque sé que deseas hacerlo, jajajaja.

—Tal vez si tomaras en serio lo que te decimos tu madre y yo.

—A ver, habla.

—Que no quieres a ese chico, y si es así no tiene ningún sentido que estés con él, una mujer que está enamorada de un hombre se habría molestado o entristecido al escuchar algo así, pero mírate, tal parece que estamos hablando del rocío de la mañana o cualquier otra tontería.

—Ok, esa es tu teoría entonces...

—No es ninguna teoría, una mujer enamorada es una mujer enamorada, y a ti cariño no se te ve nada de eso, creo que te emocionas más cuando compras pinceles nuevos.

—Jajajajajaja, cielos tía Lili, es que ya las mujeres no son como antes, ahora tenemos cosas

mejores que hacer a estar detrás de un hombre.

—No se trata de eso, pero bien, lo que está ante tus ojos no necesita anteojos, y tampoco de disertaciones largas y aburridas, es fuerte y claro, no quieres a ese chico, solo quizás te gusta, porque, vamos, ¿a quién no le gustaría? Pero debes preguntarte si quieres perder tu tiempo así, ya tienes 28 años, el tiempo pasa rápido querida, te lo garantizo, y cuando veas en retrospectiva tu vida, deberías preguntarte si valió la pena el tiempo que invertiste en ese tipejo.

—Estás muy reflexiva hoy, jajajaja.

—No es juego, en este momento estoy hablando en serio.

—Bien, entiendo, pero no veo las cosas como tú, tengo 28 años, es cierto, pero no tengo la menor intención de casarme, ni nada de eso. Lo único que me interesa es avanzar y evolucionar en mi obra, nada más.

—Bien, entonces debo suponer que este chico no es más que una distracción.

—Algo así —dijo despreocupadamente.

—Vaya... el tiempo ha cambiado tanto, en fin, supongo que es mejor así, no sufrir por amor.

—Jajajaja, el mágico encanto del sufrimiento, el sufrir por amor le da una impronta especial a las personas, jajaja, pero te aseguro que a mí no.

—Bien por ti, me alegra, pero espero que si algún día te enamoras sea de la persona correcta y no de alguien como Orlando.

—Ok.

Las semanas avanzaban y la obra también, era como si sacara material de su alma y lo fuese colocando en la misma. Se sentía orgullosa, este era el momento de lograr sus sueños y alcanzar el estatus que tanto había deseado.

—Sebastián —dijo mientras cosía las telas—, ¿qué rayos?, la vida es tan rara —se dijo, y pensó que tal esta obra también merecía tener sus propios sangrados—.

Miró por la ventana y tuvo otro de esos momentos de inspiración, se levantó como impulsada por una fuerza extracorpórea. Una instalación artística, ¿cómo era que no se le había ocurrido antes?, y sonrió, era la mejor maldita idea que se le había ocurrido en toda su vida. Caminó hacia el espejo que tenía en su taller, se miró detenidamente.

—¡Eres toda una bitch! —Y sonrió nuevamente.

CAPÍTULO VI

El vuelo de la mariposa

Sebastián entró en el museo y no le sorprendió la gran cantidad de personas asistentes, Vero sabía hacer las cosas en grande. Cuando vio el cartel en la entrada no pudo evitar reírse, era como una broma del destino, ¿qué pasaba por su mente cuando se le ocurrió llamarla de esa forma: “Loca, Alucinante y Colorida”? Cielos, esa mujer estaba realmente trastornada, pero esa era una de las cosas que más le gustaban de ella. Su manera extraña de ver el mundo, tan diferente a todas las demás personas.

El lugar estaba atestado, ella sabía cómo robarse la atención, siempre tenía una carta bajo la manga. Recordaba lo que le decía siempre, que detestaba los estiramientos, así que estaba seguro habría alguna sorpresa, no sabía qué, pero tenía la convicción que así sería. Vero era una mujer atrevida, a pesar que seguramente había evolucionado con relación a la chica que había conocido, pero ya el germen estaba allí, todo era cuestión de tiempo a que terminara por desarrollarse y ella se convirtiera en una mini versión de su padre, el gran Andrés Léger.

Dio algunas vueltas viendo las piezas que estaban colgadas en el hall de la entrada, eran inmensas, pero estaba seguro que reflejaban perfectamente su carácter. Flotaban en el aire de manera etérea, antes que se encontraban en su propio contexto, aportándole nuevas significaciones a ese espacio que hasta entonces estaba vacío esperando que alguien le diese un sentido. Eran encantadoras, al igual que su creadora, complejas y hermosas, llenas de texturas, cada pieza cosida a la perfección cuidando el detalle con esmero.

Se la imaginó como antes, aquella chica que se adentraba en su mundo especial, al que solo algunos pocos, incluyéndolo a él, tenían acceso. Recordó la forma como se esmeraba en su trabajo, transportada a un mundo de colores y magia, la ilusión del creador que sabe su propio camino, que se deja llevar por la materia a una ventana de sueños, esa era su artista favorita, la mujer que había amado con todo su corazón. Era esa chispa que encendía todo su mundo hasta calcinarlo, no había nadie más que le produjese esa reacción, nadie.

—¡Vaya colorcita! —exclamó entusiasmado—, lo lograste, ¡es hermoso!

—¿Le gusta? —Le dijo una simpática chica, quien lo miraba con atención, sinceramente más a él que a la obra misma.

—Sí, es genial —le dijo sin poder evitar una gran sonrisa.

—¿Conoce a la artista?

—Algo, sí.

—Es una persona especial, muy talentosa, es hija de grandes personalidades, su padre fue el artista Andrés Léger, pero si me pregunta, pienso que ella tiene una óptica mucho más moderna, y posee su propio lenguaje, es genial ¿no?

—Le creo, sí —y sonrió—, si había alguien que la había conocido ese era él, por supuesto que ella tenía su propia voz, y no necesitaba por nada del mundo la sombra de Andrés Léger para afirmarse como una gran artista plástico.

No mentía, la conocía poco, antes hubiese podido, incluso, adivinar sus palabras, ambos podían completarse sus propias frases, era algo ridículo y risible, pero muy cierto. Pero eso fue antes, ahora sentía una especie de melancolía al ver que no eran más que unos completos extraños.

No sabía nada de esta mujer que salía en esas fotos que la museógrafa había colocado en un lado de la exposición, donde posaba en formas diferentes, en distintos momentos de su vida, pero que cada uno de ellos resultaban tiernos, seductores, encantadores y atrevidos, era una mujer completa y entera, ya la niña que él conoció se había esfumado para siempre.

—Es muy buena, si quiere se la presento, está por allá —pero vio su cara y resultaba evidente que toda esa cháchara era una excusa para hablar con él, más que de la obra o la artista, después de todo en ese lugar había muchas más personas con las cuales conversar—. ¿Por qué se empeñaba en estar tanto tiempo con él?, ese no era su trabajo, estaba interesada no en el comprador o publico, sino en el Sebastián hombre, ¿estaba coqueteando con él la muy ladina!

—Quizás, después señorita... —le contestó sin mucho ánimo—, además no quería hablar con Vero en ese momento, no se sentía preparado para conversar cara a cara con la mujer que le había pisoteado el corazón.

¡Idiota! —se dijo—, había cruzado todo el océano para verla, motivado principalmente por esa razón ¿y ahora que la tenía tan cerca se iba a acobardar? ¡Qué clase de idiota hace algo como eso!, ¿acaso no habían pasado 10 años? ¿Por qué seguía con ese comportamiento estúpido?, no era un niño, era un hombre adulto de 28 años.

—Lucy, Lucy Gómez —le dijo la chica emocionada, la cual no despegaba los ojos de él—.

—Muy bien señorita Lucy Gómez, es usted muy amable.

—De nada —y tal parecía que a Lucy se le saldrían los ojos de sus órbitas—, caminó volteando a cada tanto hacia donde él estaba, aunque le parecía poco profesional, su comportamiento no podía negar que también era halagador.

Se dio cuenta en cuanto entró al salón, todas las miradas se posaron sobre él, era una sensación a la cual todavía no se acostumbraba e, incluso, muchas veces le resultaba molesta. Las personas le daban tanta importancia a la apariencia. Todos los ojos femeninos lo escrutaron, mientras él trataba de hacerse el desentendido.

El tiempo siguió transcurriendo y los invitados comenzaron a impacientarse. Típico de los artistas, pensó él, resultaba necesario crear un poco de expectativa, era un hecho que casi ninguna inauguración empezaba a tiempo. Estaba acostumbrado, había pasado toda su vida en ese ambiente, primero como amigo de ella, de su familia, y posteriormente como creador visual.

De pronto, comenzó a sonar una extraña música metálica, lo sabía, se dijo, sabía que se traía algo entre manos. Pero lo que vio en ese momento superó sus expectativas, lo dejó sin aliento, a pesar que creía conocer todo acerca de ella.

Verónica estaba completamente desnuda ante el hall, donde tantas personas se quedaron boquiabiertas mirándola. Pero ella se mantuvo en su papel, sin importar las reacciones de todos, esa era la magia del artista, vivir en su propio mundo, aunque todos los demás no lo vieran, ni se dieran cuenta.

Sebastián se sorprendió al primer momento, pero sabía que Vero era capaz de eso y más, de hecho, ya la había visto así antes porque había ensayado con él algo parecido, un performance que deseaba hacer, pero nunca se dio, o ella no estaba preparada en aquel instante para hacerlo. Se suponía que debían comportarse como un público y crítico profesional, pero a medida que se movía no podía evitar que un intenso cosquilleo avanzara por su entrepierna y le hiciera tener una erección.

Ese día tuvo que salir corriendo ante la cara sorprendida de ella, era un chiquillo enamorado de una chica atrevida, sexy, que ni siquiera lo consideraba como un hombre de verdad. Por eso podía desnudarse delante de él sin sentir siquiera un poco de pudor. Al recordarlo le dio pena

ajena, era un hombre disminuido por la chica que amaba, enfrentando la imposibilidad de tocar y hacer lo que quería en aquel instante, y ahora extrañamente se hallaba en una situación parecida, ante esta mujer desconocida que se enfrentaba con coraje a una marejada de personas, sin siquiera mostrar el menor pudor.

Esta era otra Verónica, la mujer madura, la artista que se consagraba, y de qué manera. Esa chica se sentó desnuda en medio del hall sobre la tela. Así nada más, mientras la música seguía sonando, él podía apreciar lo que ella quiso hacer, el sonido le trasmitía una sensación extraña y telúrica, muy acorde con las obras y su significado. Era como la madre tierra cosiendo la vida sobre el planeta, cada trozo de la tela representaba un relieve, una forma impactada por los elementos, ¡lo entendió al instante! Era francamente maravilloso, era un genio, se dijo, y sintió ese salto en su corazón, ese que se producía dentro de él cada vez que la veía, ¿cómo no hacerlo?, era de admirar su talento y entereza.

Sebastián ya estaba suficientemente sorprendido, pero entonces su sorpresa se convirtió en estupor cuando las chicas de protocolo comenzaron a invitar a las personas a unirse con ella. Todos los que tenían esos kits de costura comenzaron a coser en la tela de lo más divertidos, por el hecho espontáneo, la sorpresa de entender para qué les habían entregado el extraño estuche y, sobre todo, porque ella estaba ahí desnuda, sentada cosiendo como si ellos no existieran en su universo.

Mientras el público seguía cosiendo comenzó a bailar, como si no estuviese consiente de su desnudez, sin importarle nada, ni nadie. Haciendo una serie de acrobacias bastante sugerentes y que no dejaban nada a la imaginación. Bailaba sobre la tela, era la dueña de su propio mundo, él no dejaba de sonreír, esa mujer estaba completamente loca, tal cual como lo recordaba.

—Hola —le dijo una voz femenina que le resultó muy conocida—, se volteó inmediatamente porque viajó al pasado en segundos.

—Hola —le contestó incrédulo mientras analizaba ese rostro, en cuyos rasgos adivinó a alguien familiar, aunque por supuesto con algunos rasgos que había sabido esculpir el tiempo.

Desde que entró se había robado la atención de Abigail, era un hombre guapísimo, aunque podía jurar que jamás lo había visto en toda su vida, sentía una rara simpatía hacia él. Sin embargo, le parecía enteramente familiar y no tenía idea el porqué. Se acercó, le gustaba este tipo de personas, que sin apenas proponérselo se robaban la atención, apoderándose del lugar donde estuvieran, no de una forma ostentosa, sino como un hecho orgánico, natural.

Estaba un tanto extasiada con el joven hombre, atractivo y sexy, era una mujer atrevida, y debía abordarlo, le gustaba hablar con todo el mundo y, por supuesto, que conocería a ese chico tan interesante que parecía llenar el ambiente, al igual que las obras de su hija, con nuevas significaciones. Pero él cambió de posición, se llevó la mano derecha al cabello para arreglárselo, y entonces le vio el brazo, y se quedó paralizada, no podía ser.

—No puede ser, ¡maldición! —dijo—, no sabía si sorprenderse o reír de felicidad, era él, maldición, era él, no, es que, no, no podía ser él.

No obstante, a medida que se acercaba, pudo reconocer esos rasgos, eran los hermosos ojos llenos de belleza, tan azules como el cielo, pero que ahora habitaban en ese atractivo y perfilado rostro masculino y adulto. Definitivamente, él había dejado atrás a aquel redondito y tierno chico que siempre iba a su casa, y ¡de qué manera, cielo santo! Apenas lograba hacerlo corresponder con el niño y el joven con el que su hija pasaba largas horas jugando y hablando. En el que después adivinó el tierno gesto del amor juvenil, y con el que hubiese querido que su hija se relacionara, porque sabía de sobra que en esos ojos había amor sincero.

- ¿No te recuerdas de mí? —Le dijo sonriente—, era él, no había duda, esa mirada, la más tierna del mundo, estaba allí esa expresión que recordaba tan bien, era el mismo chico, solo que desarrollado de una halagadora y hermosa manera.

—Eh... no sé, creo que su cara me parece conocida —pero ya su corazón le decía que era ella.

—Soy Abigail, la madre de Vero —le dijo confirmando sus sospechas.

—¡Oh... cielos!, ¿cómo está? —le dijo sintiéndose muy extraño e incómodo—, era la madre de Vero, después de diez años se volvían a encontrar de esa forma tan... rara, y es que con ella todo siempre era así.

—No tan bien como tú, cielos, si no fuese por ese maldito tatuaje no te hubiera reconocido, jajaja —le dijo al tiempo que le tomaba espontáneamente el brazo para recalcar el punto.

—Oh... jajajaja, bien, sí, debí quitármelo, pero...

—Ella también debió hacerlo, pero nunca lo hizo, seguramente habrá un buen motivo para ello —le dijo la mujer sonriendo—. Sabes, estoy orgullosa de mi hija, yo hacía lo mismo cuando tenía su edad, jajaja, aunque debo reconocer que ella es más flexible que yo.

—Sí, ya veo.

—Mírala, es hermosa ¿cierto?

—Sí —y no entendía qué se proponía esa mujer con esa inverosímil conversación.

Él no perdía detalle de su performance, seguía bailando ante los ojos sorprendidos de su público, estaba tan concentrada, y de pronto, fue un instante mágico, sus ojos se encontraron y vio cómo ella se le quedó mirando de aquella forma, la que tanto conocía. Lo había reconocido, lo sabía, algo se lo decía dentro, y la punzada tonta con que hincó su corazón en el pecho le pareció completamente ridícula.

Era el tatuaje seguramente, si no fuese por él nadie lo hubiese descubierto. Trató de seguir en lo suyo, pero era obvio que se había desconcentrado, se quedó parada allí y luego se tiró al piso, había sido un error, pero nadie más, aparte de él o su madre se darían cuenta. Se quedó un rato allí hasta que la música concluyó, y las personas terminaron de coser todas las piezas que le habían sido entregadas.

Vero salió caminando al igual que entró, desapareció por una de las puertas del museo. Unas personas tomaron la tela que el público había intervenido y se la llevaron, todos se quedaron impávidos sin saber qué venía después. Una chica iba tomando fotos de todo lo que estaba pasando, era el registro del performance, tan importante como la acción misma.

Lucy Gómez, entonces tomó la palabra para presentar al director del museo, y este dio las palabras de rigor, de seguro que Vero había luchado para que esto no pasara, pero era algo ineludible, sabía cuánto detestaba ese tipo de formalidades. Sonrió al imaginársela peleando con el director, diciéndole como eso dañaba el sentido de su obra, pero seguramente había tenido que ceder.

Entonces, Lucy Gómez los invitó a entrar propiamente en las salas internas, allí la magia se había apoderado del espacio, no podía más que sentirse asombrado. Todo era hermoso, sublime, no había otra forma de expresarlo, le gustó especialmente una de ellas, que parecía una especie de lluvia sutil y etérea, una referencia bien lograda, era como pararse debajo de una suave lluvia cuyas pequeñas gotas llenaban todos tus sentidos.

Dentro sonaba la misma música, pero mucho más suave, la cual completaba de manera maravillosa el proceso creativo, y casi la podía imaginar haciendo las obras mientras en su taller se escuchaba ese sonido. Era una especie de ruido blanco que iba cambiando a cada momento.

Cuando adelantó la vista al final, en el siguiente salón vio la instalación.

—¡Cielos! —y se remontó al pasado, cuando juntos compartían tantas cosas en ese árbol de apamate, era una de las ideas que había tenido hacía años, solamente que no encontró su nicho hasta ese momento, era la obra que siempre había querido hacer, y allí estaba—. Espléndida y esperando por todos los que le darían su último sentido, el usuario de la instalación artística, el cual complementaba el proceso creativo.

Pero no podía adentrarse en el espacio, allí delante de él estaba el típico cordón que impedía entrar hasta que se inaugurara propiamente la exposición. Debió odiarlo, conociéndola seguramente que habría preferido otra cosa, todo menos eso, esos aburridos protocolos, si era igual a su padre, de seguro que sería así.

—Ahora les presento a la creadora de todo este conjunto artístico —dijo el director—, entonces Vero avanzó hacia el maldito cordón, estaba vestida a su estilo, llevaba pantalones ceñidos con rotos en las rodillas, un top brillante y botas estilo gladiador que pasaban por encima de los pantalones.

Esta vez llevaba una peluca violeta con flequillo que le llegaba más allá de los glúteos, y los labios tan rojos como una llama de fuego. Sonreía, pero no estaba completamente satisfecha, ¡qué mierda! —pensaba—, tanto trabajar para que la coartaran de esa manera. Rompió el cordón y le dio la bienvenida a todos, no quería hacer el famoso discurso, eso le aburría increíblemente, quería que su obra hablara por sí sola, y con su acción ya había dicho suficiente.

El público comenzó a entrar, y él fue directo a la instalación, allí vio que la tela intervenida había sido colgada, era fantástico, estaba toda la esencia, los contenidos allí plasmados de una forma original y única. No podía creer que estuviese allí tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.

—¿Le gusta? —Le dijo ella.

—Sí —entonces sus ojos se encontraron—, ella sabía que era Sebas, pero él todavía no daba crédito a que fuese Vero, su mirada, esos ojos, la sonrisa nerviosa con que acompañó el saludo, es como si lo viera con ojos diferentes.

—Mucho, sí, es fascinante.

—Me alegra, ¡hey!, **Amigos x 100 PRE** —y sonrió nerviosa.

—Sí, así es —y levantó el brazo sonriente.

—Sebas... —murmuró quedamente.

—Vero... —dijo él en la misma forma.

—No puedo creerlo —y le mostró el suyo levantando también el brazo izquierdo, casi como un saludo militar—. Esto es... muy... ¡surrealista! —exclamó.

—Eso creo —dijo él—, también estaba nervioso, eran diez años, ¿así que loca, alucinante y colorida?, dijo con una amplia sonrisa.

—Jajajajaja, era así como te gustaba decirme ¿no?

—Colorcita, eso hubiese estado mejor.

—Jajajajajaja, no creo que se hubiera visto lo suficientemente serio y dramático, ya sabes lo que dicen, que los artistas debemos ser dramáticos, sugerentes, atrevidos. Colorcita, ¡bah!, no, eso es muy cursi.

—A mí siempre me pareció... apropiado, además, creo que después de ese performance, atrevido es solo una palabra más para ti, creo que dejaste a todos impresionados o muertos jajaja, no lo sé. Pero te digo que deben estar muy seguros que eres capaz de hacer lo que sea, ya sabes como es la gente de...

—¿Puritana?

—Estúpida con el desnudo, diría más bien.

—Oh... cielos, hablas como un experto.

—Tal vez lo sea —le dijo como si nada, no dándole mucha importancia al reencuentro, como si se vieran todos los días, como si no hubiesen pasado diez años desde la última vez, cuando terminaron en los peores términos del mundo.

—Bien, ¿así que nuestra querida amiga Sara te invitó? Aunque ella misma no haya venido.

—Así es, aquí estoy porque ella me invitó —aquello parecía una especie de reproche, Vero no quería doblegarse, esperó hasta el último minuto que fuese él quien la contactara, pero no lo hizo.

—Bien, tal vez si me hubieses llamado a mí y no a ella, te habría invitado, pero hablaste solo con nuestra querida amiga, jamás me dijiste que vendrías.

—En realidad, fue Sara quien me contactó.

—Ok, entonces digamos que estás aquí por casualidad.

—Algo así.

—Vaya... debo estar muy agradecida de tu presencia entonces.

—Jajaja, iba pasando y recordé que era tu inauguración —mintió—, así que me dije ¿qué rayos? Vamos a ver qué hizo colorcita esta vez, y digamos que me he llevado una sorpresa, jaja, dos, mejor dicho.

—Espero que hayan sido buenas.

—Sí, primero ese performance, me hizo recordar a los trabajos de tu madre, tenías esa actitud.

—Ya quisiera, mi madre era y es mucho más aguerrida que yo, siempre ha sido así.

—Bueno, pero tu actitud, ese aire desenvuelto gritaba Abigail Ocanto por todos lados jaja, fue emocionante.

—¿Y cuál fue la otra sorpresa?

—La instalación —dijo señalándola—, es magnífica.

—Sí, fue un gran esfuerzo.

—Se nota.

—Me alegra que te guste.

Era como si jamás se hubiesen alejado, estaban allí mirándose el uno al otro, sin nada más que decir, sino un montón de obviedades. Para Vero resultaba una sensación contradictoria, porque no sabía si lanzarse de alegría sobre él, ya que era Sebas “su chico” allí frente a ella o darle cachetadas por lo mal que la había hecho sentir.

—¿Por qué me miras así?

—Es que, cuando te vi entrar no te reconocí.

—Ah... ¿sí? —dijo enarcando las cejas.

—Te ves distinto.

—Supongo que es el tiempo, todos nos vemos diferentes.

—No, no es eso, es decir, sí y no, espera, es que... mírate, te ves genial, te ves...

—Delgado.

—Sí, es fantástico, te favorece tanto.

—Sí, así es, pero no podía evitar una sensación desagradable dentro de sí, se estaba preguntando que si hubiese hecho eso diez años atrás tal vez Vero se habría fijado en él. Quizás todo el mundo, incluyéndola a ella, eran tan superficiales como para cambiar enteramente de actitud tan solo por la apariencia de una persona.

—Pero lo importante es que eres tú, que estás aquí apreciando la obra, tu opinión es muy importante para mí.

—Bien, entonces te diré que me sorprendiste en buena manera, es hermosa, así definiría tu obra, hermosa, llena de sutileza y etérea.

Ella no podía despegar los ojos de Sebastián, se veía tan hermoso, es que desde que lo vio entrar su mirada había ido tras ese hombre increíblemente sexy. Pero no era solamente su físico, sino algo más, su forma de ser y esa seguridad que proyectaba. Estaba casi con la boca abierta, era el hombre más atractivo que había visto en toda su vida, mientras él seguía observando la obra ella estaba como hechizada.

Había repasado ese momento de ser tan fría con él muchas veces en su cabeza para demostrarle que no era importante en su vida y que le daría lo que realmente merecía por haberse portado tan mal con ella en su momento. Pero ahora estaba haciendo todo lo contrario, no sabía ni siquiera qué palabras estaban saliendo de su boca porque se comportaba como una verdadera tonta.

—Verónica —entonces ella volteó—, era Lili. ¡Vaya y en qué momento! —se dijo.

—Tía, me alegra que hayas podido venir.

—Ajá, sí, se nota, y ese ¿quién es? —dijo bajando la voz.

—Un amigo.

—Oh... sí, vaya, ¡qué amigo!, preséntamelo.

—Ya lo conoces, en realidad.

—¿Cómo que lo conozco?, jamás lo he visto en toda mi vida, si viera a ese portento nunca se me olvidaría.

—Eso crees tú, ven, te lo presento.

—¡Hola! —le dijo con una enorme sonrisa.

—Hola ¿cómo estás Lili?

—Ah... es decir que me conoces, ¿a ver? —le dijo tomándole el mentón.

—¡Tía!, ¡por todos los cielos!

Sebastián se dejó hacer, era de lo más divertido con las actitudes de Lili que era una mujer increíblemente espontánea. ¿Quién más podría agarrarle la cara a un extraño de esa manera?, solamente ella hacía ese tipo de cosas.

—¡Oh mierda!, esos ojos los conozco, eres... ¡maldición! ¡No puedo creerlo!, eres ese chico, el amigo de colorcita, jajajajaja. Mierda, sí que has cambiado, pero esos ojos los reconocería en cualquier parte. Eres este chico, ¿cómo me dijiste que se llamaba...?

—Sebastián, mi nombre es Sebastián Montenegro.

—¡Sebastián! Claro, tú eres Sebastián, el chico, el chico —repetía sonriendo como una loca.

—Tía, por favor...

—Es que míralo —y se movía toda coqueta al tiempo que lo señalaba como si fuese una especie de trofeo, mientras Sebastián sonreía al ver sus actitudes—. ¿Dime si no es una lindura?, ¡qué bello! —y le volvió a tocar la cara una y otra vez.

—Tía, por todos los cielos, deja en paz a Sebas, ya es suficiente.

—Oh... déjame tocarlo, jajaja, no te molesta ¿verdad? Es que no se ve todos los días a una lindura así.

—No Lili, no me molesta.

—¡Cielos! —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. Lo siento, bueno, tú conoces a esta mujer y a mi madre, las dos están locas.

—Calla niña —dijo Lili—, a ver, Sebas, yo seré tu guía en esta exposición, no te molesta ¿verdad?

—Para nada, al contrario, es muy agradable volver a verte Lili, la verdad es un placer

compartir contigo.

Lili se lo llevó del brazo al tiempo que iba “supuestamente” explicándole todo, como si ella misma fuese la artista y Sebastián no conociera el significado de cada cosa, con su instinto y talento natural. Mientras tanto, Vero debía recibir a todos los invitados, mirándolos a cada rato de soslayo, quienes parecían estar de lo más divertidos, conversó con tantas personas y se hizo la simpática con muchos más, tantos que estaba supremamente cansada al final de la velada.

Un grupo de música experimental tocaba melodías para amenizar la sesión, mientras ella se tomaba las fotos de rigor, todas las formalidades le fastidiaban, pero era parte del proceso, y no podía hacer nada al respecto. Estaba de lo más aburrida con todo eso cuando sintió que alguien le tocaba el hombro.

—¡Hey!, ¿aburrida?

—Oh... sí —y le sonrió.

—Tengo una buena idea —le dijo sonriendo.

—Ah... sí, ¿cuál?

—Arepas Tony.

—¡Oh... cielos!

—¿Quieres escaparte?

—Sí, pero no puedo.

—¿Desde cuándo eres una chica de no puedo?

—Desde que me volví una aburrida adulta de 28 años, sería y responsable con cuentas que pagar, jajajaja.

—Ok, entendí, jajajaja, entonces esperemos que esto termine.

—Bien.

—¿Aceptas?

—¡Por supuesto! Y te reto a comer más que yo —le dijo ella.

—Eso, querida, sería imposible, no hay nadie en este mundo que coma más que tú.

—Jajajajajaja —y la sonrisa con que acompañó esa expresión la sintió forzada, porque su cara estaba ardiendo, y no entendía por qué.

—Vaya... la mariposa, ¡qué bonita!, siempre te gustaron tanto.

—Sí, sabes que siempre quise ser una mariposa.

—Ahora lo eres.

—¿Cómo es eso?

—Te diré un secreto —y puso una cara muy linda—, ella no entendió por qué, pero sus ojos fueron tras esos labios, los miró con atención y luego subió su mirada nuevamente hacia los bellos ojos.

—¿Qué?

—Mientras hacías tu performance, parecías una mariposa volando, te veías tan...

—Tan ¿qué? —y analizó su mirada.

—Como toda una artista, ahora eres una mariposa libre, vuelas con tus propias alas y viento, ya no estás a la sombra de nadie.

—Gracias por esas palabras —le dijo al tiempo que colocaba su mano sobre su brazo derecho.

Cuando salieron de ese lugar ella era como una mariposa que volaba, se sentía feliz, tanto que ni siquiera recordó a Orlando, su casi novio, el cual no había portado en toda la noche, tampoco a Sara, a la cual pensaba matar apenas viera por hacerle eso, ahora entendía todo el misterio. Pero ¿qué importaba eso?, allí, a su lado, estaba Sebastián disfrutando de las mejores arepas de

Caracas, era genial, aunque él no pudiera comer tanto como ella, pero mientras devoraba ese manjar relleno con carne mechada, queso amarillo y jamón, se sintió, por alguna razón, la mujer más afortunada del mundo.

CAPÍTULO VII

Cicatrices

Era el restaurant en el que tantas veces comieron, El Dragón Dorado, el lugar de encuentro para los dos, donde tenían sus grandes conversaciones, “las importantes”. Era inverosímil estar allí nuevamente, Sebas recorrió el lugar con su vista, algunas cosas cambiaron, pero la esencia seguía siendo la misma, era un sitio acogedor, seguía vigente.

La buscó entre todas las mesas y a primera vista no pudo verla, el lugar era inmenso, con decoraciones un tanto recargadas al estilo asiático, como si fuese una especie de templo o algo así. Entonces, al pasar su vista por el lado derecho la vio, entre la zona del jardín, que era su mesa favorita. Lo recordaba, ella le sonrió al mismo tiempo que agitaba su mano para que pudiera verla.

Vestía de una manera más sencilla, con jeans rotos y camiseta, llevaba su cabello suelto, natural y sin pelucas, se veía linda así con su tono castaño, mucho más juvenil, parecía casi una niña. Encogió sus hombros de una forma muy graciosa, mientras él caminaba hasta la mesa, y los ojos del lugar se volcaban sobre su escultural figura.

—Hola, no te vi.

—Jajajajajaja, ya me di cuenta, jajajajaja.

—Cielos, debe ser por la edad, ya nada es igual.

—Ya lo creo, pero siéntate.

—Bien —dijo y se sentía muy extraño de estar allí, como si alguien hubiese colocado una barrera, y lo que antes fue una hermosa amistad, ahora se había convertido en un conjunto de diálogos incómodos y evasivos.

—Ok, entonces ¿te gustó la expo?

—Mucho, sí, estuvo genial, jajajaja, me imagino que habrás revisado el registro del performance, todos estaban con la boca abierta mirándote.

—Seguro, había personas que no eran del mundo artístico, me imagino que se deben haber escandalizado terriblemente, jajajajaja.

—Sí, eso es seguro.

—Pero, ¿qué me cuentas de tu vida?, ¿qué has hecho?

—¿En qué sentido?

—Bueno, ¿qué rayos has estado haciendo en estos últimos diez años?, no he sabido nada de ti, es como si la tierra te hubiese tragado.

—No precisamente, en realidad, primero estuve estudiando y trabajando, y luego trabajando como un loco, pero todo ha sido increíble, ha valido la pena.

—Ok, ya veo —dijo ella tratando de adivinar lo que quería decir realmente con esas palabras, porque estaba convencida que tras eso se encontraban significados ocultos.

—Sí, a ver, recuerdo lo mucho que me gustaba esta comida —dijo tomando el menú.

—Ya ordené.

—Ah... ¿sí?, a ver.

—Todo nuestro menú.

—Oh... vaya, ¡qué bien!

—Espero te siga gustando esa comida y no hayas cambiado, jajaja.

—Hay cosas que nunca cambian.

—Eso espero —dijo ella analizando su mirada.

—Así que eres... ¿qué me dijiste?

—No te lo he dicho en realidad.

—Lo siento, creo que con todo esto de la exposición ni siquiera te pregunté.

—Soy diseñador gráfico.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¡Guao!, sabía que algún día lograrías canalizar tu vena artística.

—Sí, de hecho, veo el diseño así, desde un punto de vista artístico, es el estilo de trabajo que me gusta.

—Ya lo creo, me gustaría ver algunos de tus trabajos —le dijo palmoteando—, no puedo creerlo, tengo un amigo que es diseñador, esto es demasiado emocionante.

—Mira —le dijo mostrando las fotos en su celular.

—¡Cielos!, ¡mierda!, este me gusta, es muy bueno.

—Sabía que te iba a gustar, míralos todos.

Mientras ella revisaba sus diseños, el camarero llegó con todos los platillos, era una completa exageración, seguro que Vero podría con ese montón de comida, pero él no estaba tan convincente. La notó de lo más entusiasmada repasando las fotos, pero de pronto se quedó seria y concentrada.

—¿Qué pasó? ¿No te gustó?

—Sí, de hecho, creo que es muy... linda —dijo pasándole el celular.

Entonces él comprendió lo que había visto, era una foto de él con Eva, su amiga casi novia, donde ella salía hermosa y en una pose muy sexy, con su rubio cabello al viento, ambos estaban en una playa de Barcelona, se notaba a leguas que se la llevaban muy bien. Él simplemente se guardó el teléfono, mientras Verónica sintió una extraña sensación en el cuerpo, algo que jamás había experimentado, bueno, no desde que lo celaba a él de sus amigas por lo menos.

—Es linda esa chica —le dejó caer de repente.

—¿Cuál chica? —dijo él despreocupadamente.

—Con la que sales en esa foto.

La observó, en esos ojos color de fuego parecía haber un gesto indescifrable, como una extraña especie de desilusión, lo miraba casi como si fuese un reclamo. Pero sin atrever a formularlo, porque sabía perfectamente que no tenía el más mínimo derecho a decir nada.

—Ah... ya, la viste.

—Sí, la vi.

—Ok, sí, es linda.

—Mmm, sí, bastante, aunque no creí que ese fuese tu tipo de chica.

—¿Por qué? —dijo él enarcando una ceja.

—Es que... bueno, no me malinterpretes, es una chica tipo modelo.

—No veo por qué eso sea algo malo.

—No, no es que sea malo, pero, es algo... no sé, creo que eso no es para ti.

—Ah... ¿sí?, jajajajaja, vaya, y según tú ¿qué es lo que me queda bien a mí?

—Pues, no, no quiero que vayas a malinterpretarme.

—Ni siquiera estoy procesando esa información —pero dentro de sí sintió una especie de molestia interna—, ¿qué quería decir ella con todo eso?

—Es que... creo que tú eres más... cómo diría.

—¿Qué?

—Artístico.

—Ah... sí, soy artístico entonces, ¿y eso qué quiere decir?

—Que deberías estar con alguien así, con un temperamento y... —apenas podía dominar su lengua, no tenía idea de lo que estaba diciendo.

—Como ¿quién, por ejemplo? —dijo él recostándose en el respaldo de la silla.

—Pues, no sé, pero alguien así, que sea artista, y...

—Bueno, es que ella es una chica especial, ya sabes, de ese tipo que te ama por quien eres, sin importar tu forma de ser o la manera como te veas.

—Qué bien, pero la verdad no creo que tenga problemas con eso, es decir, te ves genial y...

—¿Sabes por qué me gusta tanto esa chica?

—No, ¿por qué? —dijo encorvándose en la silla.

—Porque le mostré mis fotos del colegio y me dijo que se habría enamorado de mí así, tal como era en ese momento, que no le importaba mi sobre peso o que fuese introvertido, eso es lo que más amo de ella, es una persona genial.

—Oh... ¡qué bien!, me alegro por ti, mereces... estar con alguien que te quiera, eres... especial Sebas, siempre lo has sido.

—Gracias —entonces comenzó a mirar los platos tratando de escoger qué comer primero.

—Pero...

—¿Qué? —le dijo mirándola directamente a los ojos—, ¿qué se traía ahora entre manos esa mujer? —pensó él—, ¿qué quería?

—No sé, es que... ¿es tu novia?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No sé, curiosidad, es que no me has contado nada, antes me contabas todo.

—Antes éramos unos chicos de 18 Vero, ¿quieres que te hable de mi vida íntima?

—Lo siento, es que... creo que me quedé anclada en el tiempo, y todavía pienso que tenemos lo mismo de antes, pero veo que no es así, lo siento. Es una chica muy linda, te felicito.

—Ok, tranquila —y siguió comiendo sin más, era una especie de venganza extraña y vacía, el verla tratando de averiguar acerca de su vida, saber que todavía tenía celos de amiga, un consuelo para tontos.

En realidad, Verónica no tenía la menor idea de lo que estaba sintiendo, al verlo con esa preciosa rubia sintió una especie de punzada interna. ¿Qué era eso que ahora le hincaba por dentro, le zahería y le hacía sentir una especie de vacío amargo? Sebas con esa chica rubia y bonita, no le gustaba.

—¿Cómo se llama? —le preguntó con el tono de voz más triste del mundo—, sin embargo, ella misma no supo el porqué, Sebas se le quedó mirando extrañado, ¿por qué tanta insistencia y esa expresión en su rostro? ¿Qué rayos quería decir?

Sebas la miró en silencio, trataba de descifrar la expresión de su cara, ¿qué era lo que había allí que le hacía sentir hechizado?, ¿serían esos ojos hermosamente rasgados y grandes a la vez, o su color miel intensificado por la luz que entraba de lado embelleciéndola aún más? Se veía preciosa junto a ese jardín maravilloso estilo japonés, como si fuese parte de otro mundo, uno en el que solamente ella podía habitar, ella y nadie más.

—¿Qué?

—Nada, nada, es que... olvídale, se llama Eva.

—Eva, un nombre muy bonito, podría ser algo artístico.

—Sí, podría, pero ella no tiene nada que ver con lo artístico, es abogada.

—Oh... cielos, pensé que era modelo o algo así.

—No, no lo es —y no quería añadir nada al respecto—, de hecho, hasta que ella la vio y mencionó el tema, se estaba haciendo a la idea de que el tiempo no había pasado, y que eran los mismos de antes, pero al convocar la realidad con sus preguntas se daba cuenta que todo había quedado atrás, muy lejos en el tiempo y en el espacio.

Comieron en silencio, mientras ella parecía un tanto incómoda, escarbaba en el plato como buscando algo que parecía ni siquiera saber que era.

—Sabes, imaginé este momento muchas veces.

—¿Sí? —Dijo él sorprendido.

—Sí, pero te confieso que no es como lo imaginé.

—¿Por qué?

—Es que me imaginé debajo de aquel apamate, ¿recuerdas?, donde charlábamos por horas.

—Oh... sí —recordó en lo primero que había pensado, y era ese estúpido apamate, que había estado allí, como un idiota recordando los momentos que pasaron en ese lugar, pero no se lo diría por nada del mundo.

—¿Sí lo recuerdas?

—Sí, claro, el apamate, por supuesto —y trató de aparentar que no le daba mucha importancia al asunto.

—Ese lugar era uno de mis favoritos en todo el mundo.

—Ah... ¿sí?

—Sí, ¿por qué estás así?

—Así ¿cómo?

—Tenso como una maldita tabla, jajaja, ¿qué pasa?, soy yo, tu amiga, ¿qué rayos?, pensé que nos veríamos y todo sería como antes, lo siento, es que soy una tonta —y recordó que él le había dicho que era una completa tonta—. Era un montón de emociones contradictorias las que experimentaba en su ser interno.

—Pues, es... mucho tiempo, la verdad... es como conocerse otra vez ¿no crees?

—No, no lo creo, vamos, Sebas, somos los mismos, lo sabes, yo lo siento, pero ahora, es que... quiero que todo sea como antes, vamos, eres “mi chico”, ¿lo eres?

—No lo sé Vero, no lo sé.

—No digas eso Sebas, eres alguien especial para, mí, ¿lo recuerdas, en ese apamate, ¿recuerdas lo que está grabado allí? Yo misma lo hice, y sigo creyendo en ello, no importa el tiempo que pase.

—Amigos x 100 PRE.

—Exacto, eso seremos, al menos de mi parte —agregó.

—Vaya, yo...

—Hay cosas que...

—¿Qué?

—No, es mejor que no, olvídalo, mejor disfrutemos de esto.

—¿Te gustaría ir a ver el apamate?

—¿Te gustaría ir? —Dijo volviendo a sonreír—.

—Sí, claro, por eso te lo estoy diciendo.

—Me encantaría ir —y se miraron en silencio largo rato—, en ese justo instante era como si el

tiempo nunca hubiese pasado, eran los mismos, con la tonta ilusión de sentarse debajo de ese árbol para conversar sus sueños, proyectos e ideas, el tiempo se había detenido.

Mientras salían del precioso lugar, ella se sentía transportada a otra dimensión, hacía tanto que no experimentaba esa sensación. Era él, su mejor amigo, iban otra vez a reunirse como en los viejos tiempos, debajo del bendito apamate, su lugar especial, en donde podían ser ellos mismos, era mágico, de pronto el tiempo no había pasado, ella era la chica inocente y él ese joven que la quería con todo su corazón. Vero no podía dejar de preguntarse tantas cosas, ¿por qué había actuado como lo hizo?, quería preguntárselo, pero no se atrevía, no quería abrir la caja de pandora y que la magia del momento se esfumase, era mejor esperar un momento más adecuado.

El ambiente parecía cargado con una especie de electricidad estática, tan potente que ella podía sentirla en todo su cuerpo. Pero es que había algo más, una expectación, ese nerviosismo, un cosquilleo interno que creyó jamás haber sentido realmente, ¿qué extraño? —se dijo—, ¿qué rayos era eso?

Estaba de lo más encantada, parecía que flotaba junto a él, lo llevaba del brazo y era como en los viejos tiempos, otra vez parecía que el muro se había derribado, al menos en apariencia, reían recordando las tonterías que hablaban debajo del árbol, su mejor cómplice. Pero, algo faltaba, parecía que eran los mismos de antes y, sin embargo, ella seguía sintiendo que algo no estaba bien, que él seguía poniendo una barrera, aunque lo disimulara tan bien, pero estaba allí, esa era la verdad.

Le molestaba, porque después de todo era él quien se había comportado como un patán con ella, quien la había dejado así, sola, en el peor momento de su vida. Se largó y jamás volvió a dirigirle la palabra ¿qué amigo hace algo como eso? Se preguntaba mil cosas al tiempo que no podía apartar la mirada de su rostro, a su vez pensaba lo sexy que era su barba, y lo mucho que le gustaba el sonido de esa voz grave y hermosa.

¡Qué rayos!, ¿por qué no dejaba de pensar así?, ¡es Sebas! —Se dijo—, pero todo argumento parecía inútil ante la sensual presencia de su amigo. Cuando más distraída se encontraba. lo vio, era Orlando, estaba entrando al restaurant con uno de sus socios y el mujeriego de su tío. ¡Maldición! —se dijo—, justo aquí, como un escollo en su camino, justo cuando la estaba pasando tan bien. Ese idiota, ni siquiera se había excusado por no ir a su exposición, ¿qué clase de novio hacía una cosa como esa?, ese imbécil se las iba a pagar.

—¡Vero! —dijo él asombrado al verla con ese hombre que parecía un modelo de revista—, ella no reaccionó inmediatamente, su tío escrutaba la situación con una extraña sonrisa.

—Hola Orlando, ¿cómo estás? —dijo asombrada.

—Bien, ¿y tú? —le dijo con una sonrisa sarcástica—. ¡Vaya!, ¡qué sorpresa!, no me dijiste que estarías aquí, estabas almorzando con...

—Ah... te presento a Sebastián, recuerdas que te hablé de él, mi mejor amigo de la infancia.

—Ok.

Cristóbal lo miró de arriba abajo, manteniendo una extraña sonrisa, como si supiera algo que el resto de la humanidad ignorara. Sebastián se dio cuenta rápidamente de todo lo que pasaba a su alrededor y también experimentó una inusual satisfacción con ello, parecía un sentimiento un tanto ilícito, pero no podía negar que estaba allí, completamente palpable.

—¿Cuál Sebastián? —Por alguna razón este tipo le causó molestia—, bueno, por todas las razones del mundo en realidad, era obvio que se trataba de un hombre muy atractivo y con una presencia arrolladora, y estaba allí con su novia “almorzando”, rayos, no se lo esperaba.

—Montenegro, ya te lo he dicho, mi amigo de la infancia, que estudiaba conmigo en el colegio

¿recuerdas?

—Oh... no puede ser, pero me lo habías descrito de una manera muy diferente, me dijiste que era un chico... gordo y... oh... lo siento, jajajaja, es que eso me dijo, que eras un chico pasado de peso.

—Oh... no te preocupes —y le estrechó la mano—, la gente cambia e imagino que lo sabes, ¿y tú eres...?

—Orlando Núñez, el novio de Verónica —lo dijo recalcando esa frase—, y sintió un extraño fuego en su rostro, por segundos creyó que estaba perdiendo su acostumbrado dominio de sí mismo, esa fría capacidad de aplacar sus emociones sin importar lo que pasara a su alrededor.

—¡Qué bien!, no me había hablado de ti, pero ¡qué bien!, eres un hombre muy afortunado de tener una novia como Vero —y le paso el brazo por detrás de los hombros a la chica.

—Ustedes parecen tener mucha confianza, pensé que tenían mucho tiempo que no se veían.

—Así es, pero ya sabes cómo es, cuando eres... eres, y nosotros siempre hemos sido los mejores amigos —y no la soltaba—, Orlando lo miraba con cara de querer asesinarlo, ¿quién rayos se creía para abrazar así a su novia?

¿Qué era eso que estaba sintiendo?, una sensación rara, ¿por qué le molestaba tanto que ella estuviese con ese tipo?, era su amigo ¿no? Ya se lo había dicho, si estuviese haciendo algo malo andaría escondida; además, ¿qué le importaba si él estaba loco por terminar esa relación o no? La verdad es que ya no estaba seguro de nada.

—Vamos entonces, le dijo Sebastián a Vero.

—Sí, está bien.

—¿A dónde van? —le preguntó Orlando y Vero creyó ver que su cara se iba tornando más enrojecida—, era sorprendente cómo su gesto había cambiado de un momento a otro.

—Es que estamos recordando viejos tiempos, hacemos una especie de tour por el pasado.

—¿Tour por el pasado? —repitió él con una sonrisa.

—Así es —le dijo Vero—. Por cierto, la exposición estuvo muy bien, por si en algún momento te lo llegaste a preguntar.

—¡Oh... cielos!, dijo llevándose la mano a la frente, es que, lo siento, tuve mucho trabajo.

—Tranquilo, no te preocupes, como te dije, todo estuvo muy bien.

—Estuvo genial —le dijo Sebastián con una sonrisa de oreja a oreja y afirmando el punto.

—¿Tú fuiste?

—Claro, Vero me invitó, tenía que ir, de hecho, no me lo hubiese perdido por nada del mundo.

Verónica no salía de su sorpresa, todo lo que estaba pasando ahí era muy raro. Dejó que Sebastián la abrazara, sobre todo, después de ver la cara de Orlando, resultaba muy gracioso, era hilarante en realidad. Pero no lograba entender la actitud de Sebas, era como si quisiera darle celos, ¿por qué estaba haciendo eso? Lo de no dejar de asistir a su expo le había quedado muy bien, y la expresión de su casi ex novio no tenía precio, pero se lo merecía por idiota, y ahora ya estaba casi convencida de lo que debía hacer con ese hombre.

—Bueno —dijo recuperando su habitual dominio de sí mismo—. Si nos disculpan, tenemos un almuerzo de negocios, nos vemos después cariño —le dijo al mismo tiempo que le estampaba un beso apasionado, el cual ella trató de evadir sin éxito.

¡Qué mierda! —se dijo ella—, era la primera vez que la besaba de esa forma, no se sentía muy a gusto, después de todo, ni siquiera había tenido la decencia de darle una explicación congruente del porqué no había ido a su exposición. Lo miró con cara de querer asesinarlo.

—Iré a tu casa esta noche.

—Es buena idea, tenemos algo que hablar —le dijo y se sentía convencida, ese idiota se llevaría su merecido por tratarla de esa manera.

Caminaron hasta el auto de Sebastián, este no había dicho nada, pero ella sentía el peso de sus pensamientos, de pronto se volteó y se quedó mirándola.

—¿Qué?, ¿qué me quieres decir?

—Nada, nada —y comenzó a reír compulsivamente.

—¿Qué?, ¡cielos!, ¿de qué mierda te ríes?

—De ese tipo, es que cielos, no sé —y estuvo riéndose así por un buen rato.

—Oh... vaya, me alegra que tengas tan buen humor, pero no entiendo de qué rayos te ríes.

—¿Ese es tu novio?

—Bueno, la verdad es que... digamos que sí, algo así.

—Jajajajaja, cielos, sin comentarios.

—¿Qué dices?

—No fue a tu exposición, jajajajaja, no sé... creo que me traes recuerdos.

—¿Recuerdos?

—Sí, jajajaja, se me parece mucho a alguien.

—¿A quién? —dijo ella mirándolo seria, no entendía su risa, de seguro que él no era el mejor novio del mundo, pero no entendía por qué se reía tanto, así, de la nada.

—De nada, ya no importa, en fin, me imagino que el tipo debe quererte de todas formas, bueno, a su manera por supuesto.

—¿Por qué lo dices?

—Estaba celoso ¿no te diste cuenta?

—¿Orlando celoso?

—Me pareció eso.

—Jajajajaja, no, él no sabe lo que es eso, creo que es el tipo más anti emocional que existe en este mundo.

—Hasta el peor patán puede llegar a tener su corazoncito, ¿no lo crees?

—Ok, como digas, pero dejemos ese tema de lado.

—Como quieras —pero no quitaba esa molesta sonrisita.

El camino se hizo conocido, eran ellos dos como la primera vez y allí estaba, cuando llegaron al lugar, no pudo evitar un brinco en su corazón. Era el mismo parque, el banco de concreto gris, la hierba esplendorosa, pero lamentablemente no era como se lo había imaginado, no estaban las flores, ni rastro de ellas, ahora era un árbol más entre muchos, no parecía tener nada de especial.

—¡Qué lástima!

—¿Qué cosa?

—Que no era como lo había imaginado.

—¿Por qué?

—Las flores, míralo, parece un árbol cualquiera —dijo señalándolo con un gesto de decepción.

—No importa como se vea ahora, en algún momento será lo que es, cuando nazcan sus flores y se vea así — entonces sacó su celular y era la foto, su foto, la que se habían tomado allí juntos, a los 17, cielos, eran ellos entonces.

—¡Cielos!, es hermosa, la tienes, ¡yo también la tengo! —Exclamó emocionada.

—¿En serio?

—Sí, en serio, es nuestra foto favorita, quisiera tomarme una aquí, contigo, ahora, lástima

que... bueno, que no esté así, sería perfecto.

—No hay cosas perfectas, ven —le dijo tomándole la mano y llevándola debajo del árbol—. No importa cómo se vea, sino lo que es.

—Tienes razón.

Se sentaron debajo del árbol, su sombra cobijaba de una manera encantadora y el lugar resplandecía de verde, con un tono tan intenso que casi parecía neón. La hierba se percibía hasta donde alcanzaba la vista complementando el encantador conjunto.

—¡Oh... cielos!, ¡es encantador!

—Lo es —dijo él mientras miraba su cabello castaño brillar en tonos cobrizos cuando el sol incidía sobre él, eran pequeños rayos de sol que se colaban mágicamente entre las enramadas—. Lucía adorable, ella lo era, en todo y por todo, y en ese instante era como si todo el dolor saliera volando por los cielos.

—¡Busquémoslo!

—¿Qué?

—Ya sabes qué, nuestro lema —y le mostró el tatuaje.

—Ok —dijo con una sonrisa tonta, y en ese instante se sintió como un niño.

Lo buscó por todo el inmenso tronco, el cual era mucho más grande de lo que recordaba, entonces lo encontró. Allí estaba “**Amigos x 100 PRE**”, era una forma seca, ruda y llena de vetas, era como su amistad, la cual ahora parecía una gran cicatriz como la que poseía el árbol.

Él había estado poco antes, pero no quería decírselo, por nada del mundo le diría que lo primero que hizo al bajarse del avión fue venir hasta ese lugar. Pero, aunque ya la había visto, igual le conmovieron esas letras.

Ella parecía tan emocionada que juró estaba a punto de llorar, pasó esos hermosos dedos con sus uñas pintadas de rojo sobre cada línea, las hendiduras ya perdieron profundidad, ahora él sentía que era una metáfora de lo que tuvieron alguna vez, porque también había perdido su fuerza y se convirtió en un conjunto de acciones destinadas a no decir lo que realmente sentían. Una especie de camaradería superficial que evadía cualquier escollo que resultase medianamente incómodo.

—¿Recuerdas cuando lo hice? Digo, grabar nuestro lema aquí, ese fue un momento muy especial para mí.

—¿En serio?

—Sí, siempre lo recuerdo, jajajaja, pero en ese entonces era primavera y el apamate estaba florecido, como si supiera que estaba vestido así para nosotros, por nuestra amistad.

—Es curioso.

—¿Qué?

—Nada —pensó él entendiéndolo acertado de que el árbol no tuviese ni una sola flor en ese momento, su amistad estaba irremediabilmente fracturada, para siempre.

—Oh... bien, es que quisiera que fuese así, ¿recuerdas todo el piso lleno de flores? Parecía una alfombra de color violeta.

—Así es —dijo él tratando de ocultar sus emociones.

—Yo saqué mi navaja, la que usaba para afilar mis lápices, jajajaja, ¡qué locura!, ¿recuerdas?, se me ocurrió de repente y ahora está aquí como testimonio de todo eso.

—Así es, y cuando lo hiciste yo creí que me matarías y enterrarías en este mismo lugar.

—Jajajaja, ¡tonto!, nunca cambias —y le dio un golpe en el pecho—, jajajaja, siempre diciéndome locuras como esas, eres increíble, jamás cambias ese pesado sentido del humor que

tienes.

—Sí, hay cosas que jamás cambian, pero es que la forma como sacaste ese objeto, tenías cara de asesina en serie.

—Jajajajajaja, maldición, cielos, sí, quería darle un sentido dramático a todo en ese tiempo.

—Cosas de artistas, supongo.

—No, cosa de persona inmadura, diría más bien.

—Jajajaja.

—Me dijiste qué haces con eso, jajaja, y yo, haré algo muy importante, trascendental, jajaja, ¡mierda!, ¡qué loco!, aquí está, es que parece algo surrealista.

—Sí, y me dijiste con cara de psicópata, “se me ocurrió una idea”, y yo... Dios mío... ¿qué será?, ¡cielo santo!, conociendo lo que hacía tu padre, podría tratarse de cualquier cosa.

—Eso es verdad, muy cierto, mi padre sí que hacía cosas atrevidas, a veces quisiera tener la mitad de su valentía.

—La tienes.

—No, no la tengo —y volvió a ver las letras—, esto me trae tantos recuerdos, tantos, quería dejar un testimonio y en este momento me alegra haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Porque me doy cuenta que una vez que el tiempo pasa, y te absorbe el espacio, y la vida, ya nada vuelve a ser igual, en cambio, esto estará aquí, esos momentos ya nadie los podrá cambiar.

—Te dije que, si pondrías un letrero tuyo y mío, ah... y un corazón, jajaja, rayos la cara que pusiste.

—Jajajajaja, sí, en ese entonces esas cursilerías no me gustaban, pero creo que a veces todo es necesario, hasta eso.

—¡Cielos!, ¿quién eres y qué has hecho con mi amiga?

—Jajajajaja, maldición, no sé supongo que me estoy poniendo vieja.

—Creo que sí.

—¡Hey!, entonces...

—Tú lo dijiste, jajajajaja.

—¡Cielos!, ¡qué caballero!, ya sabes que a una mujer nunca se le dice eso.

—Jajajajaja, ok, ok.

—¡Rayos!, menos mal no le dijiste eso a Lili, ella te mataría, te haría desaparecer y nadie sabría más nada de ti, bueno, creo que tú eres experto en eso, en realidad.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada, fue solo un comentario tonto.

—Ok.

Hacia tanto que no las veía y esas palabras por más que ella se empeñase, parecían ya no tener el mismo significado. En aquel entonces lo eran todo, y podía expresarlo empuñando ese objeto punzante, hiriendo la corteza para escribir la corta pero significativa frase, la misma que ambos llevaban en sus brazos. Recordó su cara cuando él vio el letrero, tenía un bonito gesto de ilusión, tanto que por un instante pensó que... no, una tontería, ellos eran solamente amigos y nada más.

—¿Qué es? —le preguntó emocionado, más de lo hubiese podido esperar.

—Mira —le dijo con un gesto de satisfacción en la mirada, era la frase más sencilla pero más bonita del mundo a la vez.

—Vaya... decía: **Amigos x100 PRE**, —fue todo lo que él pronunció, pero en su cara parecía estar un tanto desilusionado, ella no lo entendió en aquel momento.

Sebastián sintió lo mismo que aquella vez, era la sensación de estar atrapado. En retrospectiva le pareció tan tonto pensar que pudiera escribir algo más, pero en aquel instante todo parecía verosímil, es ese tipo de cosas que en el momento las sientes de una manera pero que luego, desde la lejanía, lucen totalmente distintas. Era la misma frase que tenía tatuada en su brazo derecho, la que en ese momento significaba una cosa y que ahora las mismas letras y palabras tenían otra lectura completamente diferente.

—Loca, alucinante y colorida, así era como solía decirte.

—Sí —y le sonrió—, me gustaba mucho.

—Sí, lo sé.

—Me gustaba mucho eso, me gusta aún, nadie para describirme mejor que tú, esas tres palabras me caracterizan a la perfección.

—Sí, eso creo.

—Sí —y parecía que deseaba decir algo más, pero no se atrevía.

—¿Por qué le colocaste así a tu exposición? —le preguntó.

—Quería que... bueno, que fuese algo muy mío, y como te dije, esas palabras me describen muy bien, ¿quién mejor para conocerme que tú?

—No lo sé —dijo.

—Sí lo sabes, me conoces.

—Te conocía.

—No digas eso, ya sabes, si me has visto una vez, me has visto todas las veces, jajaja, sobre todo después que me observaste desnuda en ese performance.

—Te había visto desnuda antes, ya te he dicho que no me sorprendió.

—Ah... ¿sí?, es decir, que todas las malditas horas que pasé en el gimnasio no sirvieron de nada, no logré impresionarte con mi asombroso físico.

—Jajajajaja, ¿tú, horas en el gimnasio?, ¡cómo no!, jajajajaja, pasarías horas comiendo, pero en el gimnasio jamás, ¿cómo decías...?

—Que era una maldita pérdida de tiempo, y lo sigo pensando, jajajaja, nada como caminar y hacer ejercicios en la naturaleza.

—Nunca has pisado uno entonces ¿sigues imbatible?

—Bueno, no, sí he ido alguna que otra vez, pero no me gusta, solo lo he hecho por salud, nada más.

—Ok, pero ¿desde cuándo eso te preocupa?

—No la mía, la de tía Lili, ya sabes que le gusta eso, y es bueno para ella.

—Cierto.

La brisa comenzó a soplar con fuerza y él recordó que en ese mismo lugar pasaron los mejores y los peores momentos, allí se contaron los más maravillosos sueños, como cuando ella le dijo que iría a estudiar arte en París, y en ese instante él supo que ella sería la mejor artista del mundo, y todavía seguía pensándolo. Pero también sufrió los peores momentos, como cuando le dijo que se haría novia del idiota de Armando, el cual, por cierto, se le había parecido increíblemente al tal Orlando. Entonces tuvo una certeza, había personas que nunca aprendían en la vida, y que ella, lamentablemente, seguía repitiendo los mismos errores, aun sin darse cuenta.

El flamante noviecito era como Armando, uno de esos mujeriegos egoístas que solo piensan en sí mismos, que quieren absorber a la mujer hasta volverla nada, logrando que pierda su identidad, y se torne en una extensión de sus propias necesidades y caprichos. Era increíble, la veía con los celos de una posesión, no quería estar con ella y asumir la responsabilidad, pero tampoco quería

que otros lo hicieran, un machista entero y completo.

El daño que le hicieron a Vero, en realidad, se lo había hecho a sí misma, ahora él estaba convencido de que nadie te podía dañar si tú no lo permitías, había algo dentro de esa chica, un vacío que permitía a este tipo de hombres acercársele. Tal vez estaba buscando a su propio padre, pero ni modo, cada quien debía aprender de sus propias experiencias, se dijo. Aunque habría dado lo que fuese para que ella no tuviera que pasar por situaciones desagradables.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Cuál? —dijo asombrado.

—Mmm, no puedo decirte ahora, tienes que verlo con tus propios ojos.

—Ok, entonces...

—¿Vienes a mi departamento mañana?

—Bien, pero dame la dirección.

—Ya la sabrás cuando me lleves ahora.

—Ok, cierto, es verdad.

Cuando la dejó en su departamento, fue una sensación extraña, volverían a verse, apenas su mente podía procesar el hecho que pasaran esos ratos juntos y ahora se estaban citando nuevamente. Cuando llegó de España pensó que ni siquiera iría a su exposición, pero ahora se comportaban otra vez como los mejores amigos, era una completa locura.

Se había olvidado de todo, incluso que el mundo seguía girando, que existía un lugar llamado España, donde por cierto vivía, y que estaba en una relación con otra persona, que por cierto era maravillosa e increíblemente sexy. Pero solo se volvió a percatar de eso al ver su celular y el mensaje que ella le había dejado en el WS.

Eva: Amor, me he estado tratando de comunicar contigo, pero no he podido, ¿qué has hecho?, cuéntame ¿cómo está tu familia?, ¿cómo te ha ido por allá?

Sebas: Hola amor, lo siento, he estado ocupado con unas cosas, todo bien ¿y tú?, ¿cómo está el trabajo?, cuéntame.

Entonces se dio cuenta que el horario no era el mismo, y que en Madrid sería sumamente tarde, estaba perdiendo el norte nuevamente, sabía a la perfección que eso tenía nombre y apellido, Verónica Léger. Miró el celular, era la foto que se habían tomado en el Dragón Dorado, y luego otra debajo del árbol, ellos no eran los mismos, al menos exteriormente. Pero, se dio cuenta con pesar de una cosa, y no lo podía negar, que ella todavía estaba en algún lugar de su corazón. Que en un espacio recóndito de su alma seguía habitando, y que la frase bendita y repetida “**Amigos x 100 PRE**” tenía una nueva significación, y estaba más vigente que nunca.

—Colorcita, ¿cómo rayos haces? —dijo con melancolía y al mismo tiempo con resignación—, ¿cómo rayos haces para adueñarte de mi alma?

CAPÍTULO VIII

Encuentro de dos formas

Cuando subió por el ascensor miró la hora, eran las 6:00 p.m., en punto, ¿qué rayos hacía allí? —se preguntó—, pero no había respuesta, porque esto no era una cuestión que pudiera responderse con palabras. Era una cuestión de sensaciones, y estaba allí, palpable en cada tramo de su ser, no había necesidad de disertaciones. Había estado tratando de engañarse a sí mismo, pero era como jugar con fuego y por supuesto se estaba quemando, al igual que siempre, ella era su fuego y él era la antorcha que ardería nuevamente.

—Hola —le dijo, y él sintió esa corriente extraña otra vez.

Se veía muy linda, llevaba una peluca platinada y los labios encendidos como si un fuego ardiera sobre ellos, lucían tentadores y voluptuosos. Sintió lo mismo que aquel día cuando la vio bajando las escaleras en su cumpleaños número quince, entonces al igual que ahora deseó besarla, ¡qué mierda! —se dijo—, eres un hombre, ¿qué te pasa?

—Hola, traje esto —entonces le mostró una cesta con pan de ajo y sus galletas de queso crema, las que más le gustaban.

—¡Maldición te acordaste!, ¡cielos!, ¡eres un amor! —y se empinó para darle un beso en la mejilla—, estaba más alto de lo que recordaba, era un hombre inmenso, su espalda era ancha y fuerte al igual que esos brazos, cielos, ¿cómo era que se había convertido en ese hombrón así nada más?

—Sí, tengo buena memoria.

—Ok, ven conmigo.

—¿A dónde?

—¿A dónde crees?, a mi taller, está arriba.

—Ok, bien.

Subieron y cuando ella ceremonialmente abrió la puerta del taller, él experimentó otra vez la sensación de penetrar en su mundo interno. Vero esperó para ver su reacción, estaba a la expectativa de cada uno de sus movimientos y gestos.

Sebastián miró por el ventanal y salió al balcón, hacía un frío atroz, pero la vista resultaba completamente tentadora y hermosa. Era afortunada, ese lugar habría inspirado a cualquiera, la riqueza visual, la amplitud y belleza.

—Ajá, ¿te gusta?

—Mucho, es espectacular, estoy seguro que habrás encontrado mucha inspiración en este sitio.

—Me conoces, por supuesto que sí, creé toda una serie con esto, de hecho, fue como una especie de revelación, me paré un día aquí y todo surgió como de la nada, todas esas luces y cuadros, una abstracción geométrica.

—La ciudad de noche.

—Así es, Ciudad Nocturna, así le coloqué.

—Muy apropiado.

Se quedó callado disfrutando de ese momento, era su nicho, el lugar especial que ella siempre había soñado, su espacio, tal cual como el que una vez tuvo su padre, y en el que pasaba las mejores horas de su vida. Era un paraíso de formas y colores, todas allí como testimonio de su

alma, la cual sabía traducir todo lo que pasaba su alrededor tan solo con la magia de los elementos plásticos.

—Ya vengo.

—¿A dónde vas?

—Espérame aquí, te traeré algo que te gustará.

—Ok, muy bien.

Cuando ella dijo eso, no pudo evitar pensar en ella envuelta en... nada, enteramente desnuda toda y completa. No, se dijo, y se recordó de Eva, quien seguramente estaría esperándolo allá en Madrid, en su departamento, mientras él estaba aquí con esa chica, deseando tomarla en sus brazos y hacerle intensamente el amor, en todas las formas posibles y con todo su ser. Allí estaba el estremecimiento interno, con tanta fuerza que sintió esa contracción en su interior, como si alguien lo estuviese exprimiendo por dentro.

Siguió mirando la noche, estaba preciosa con todos esos colores luz, cualquiera se inspiraría en ese lugar, hasta se le estaba ocurriendo unas ideas maravillosas para uno de sus diseños, deseo tener su tablet allí para dibujarlas de una vez antes que se esfumara de su mente. Recordó tantas cosas, aquel momento en que se habían peleado y que ya no tenía ningún sentido. Armandó fuentes, el origen de todas sus desgracias juveniles, ¡qué idiota!, ahora no era nada, pero curiosamente le dio la impresión al ver al tal Orlando que ella no había aprendido la lección.

Estaba de lo más concentrado en sus cavilaciones cuando ella le interrumpió, se veía encantadora con esos jeans rotos y los brazos llenos de pintura.

—Así que ¿ahora pintas?

—La verdad, prefiero otros medios, ya sabes que no soy una pintora tradicional.

—Sí, lo sé, ¿y qué es todo esto?

—Una celebración —le dijo al tiempo que le pasaba la copa rebosante de vino tinto.

—Bien.

—Este es el mejor vino del mundo, un Cabernet Sauvignon, me lo trajo mi madre, sabe increíble.

—Ok, muy bien, vamos a ver —dijo al tiempo que se llevaba la copa a los labios.

—Ok, ahora dime ¿qué te parece? —y puso la botella en un portabotellas y su copa en la mesa, ya casi por la mitad.

—Mmm, delicioso, está genial.

—Te lo dije.

—Trajiste toda la botella ¿acaso piensas emborracharme?

—Puede ser —le dijo sonriendo coquetamente.

—Ok, no creo que vayas a lograr tu objetivo.

—Ya lo hice una vez ¿recuerdas? Así fue como terminamos con esta cosa en el brazo, jajajaja, es terrible, tal vez te haga hacer... otras cosas, y los dos terminemos con algún tatuaje que diga **Amigos x 100 PRE 2, 0**, o algo así.

—No lo creo —dijo él colocando la copa en la mesa—, ahora ya no soy el mismo chico de antes —y al decir esto sintió un poco de molestia, por alguna razón que no lograba concientizar todavía, pero que estaba presente dentro de su ser.

—Veremos... —le dijo ella mirándola directamente a los ojos, como si fuese un reto.

—Veremos... —le respondió él también, sin dejar de mirarla.

Eran en ese instante como dos animales salvajes que se miran sabiendo que en cualquier momento habría una especie de duelo, de voluntades, y más aún de sentimientos. Sebastián era un

animal cuyas heridas todavía estaban presentes, aunque aparentemente cicatrizadas, mientras ella creyó no tener cicatrices, que ya no le importaba la forma en que las cosas terminaron, pero era mentira, la sensación de reproche y tristeza estaban allí, enmascaradas con un mal disfraz de indiferencia.

No obstante, no le hizo caso y siguió hablándole como si nada hubiese pasado entre ellos. Era una adulta, una mujer madura, no podía entrar en esas diatribas, después de todo, ¿cómo le diría después de diez años que estaba molesta por haber terminado su amistad de esa forma? ¿Cómo le diría eso, que todavía le dolía lo que había pasado?, le molestaba, le hervía la sangre al recordarlo diciéndole que era una tonta de la cual Armando se quería aprovechar.

—Está bueno, entonces, a mí me gusta tomarme una copa de vino mientras estoy trabajando.

—A veces lo hago —dijo él—, no quería escarbar en el pasado, ya que estaban en buenos términos, ¿para qué ir sobre lo mojado?, pensó en su mente masculina y racional que sería lo mejor para ambos, él era una persona diferente, muy distinta a aquel chico incauto que había amado a alguien sin ser correspondido.

—Ok, pero, ¿por qué estás tan raro? —le dijo sonriendo nerviosamente.

Tal vez eso era lo que le molestaba, la forma tan diferente como ella se comportaba, parecía un tanto nerviosa, como si lo viera con otros ojos. Lo sabía, era por su cuerpo, ya no era el mismo chico, pero ¿por qué le perturbaba?, era el mismo Sebastián, aunque se viera diferente, era el mismo de antes.

—No, nada, es que... me parece mentira estar aquí, en este espacio que es tan tuyo, es como penetrar dentro de ti —y entonces se detuvo, lo que acababa de decir era una completa locura, o sonaba como tal.

—Jajajajajaja, ¡rayos!, disculpa, eso que dijiste es...

—Lo siento, ya sabes lo que quise decir.

—Sí, lo sé, pero es que... jajajajaja, maldición, Sebastián, yo tampoco puedo creer que estés aquí, es como un sueño, yo... —y entonces se detuvo.

—Bien, entonces... ya sabes que...

—Sí, jajajajaja, maldita sea, en fin... te mostraré algo —le dijo nerviosa—, es la sorpresa que te dije.

—A ver —y dio gracias porque ella cambiara el tema, ya se estaba sonrojando.

—Mira —entonces abrió su cuaderno de artista y hojeó unas cuantas páginas hasta que se detuvo donde quería.

—¿Qué es? —le dijo emocionado.

—Es mi nueva obra.

—¿No descansas? Acabas de terminar un proyecto.

—No puedo, es que mi mente jamás descansa y yo tampoco.

—Es fascinante —dijo al ver todas las pequeñas piezas geométricas colgantes que ella había dibujado—, el color era fascinante, diferentes tonos de violeta, sutil, pero al mismo tiempo con la fuerza del geometrismo.

—Es una instalación.

—Así es, lo es, y será inmensa, eso quiero, haré muchos de estos, y será como penetrar en un mágico bosque.

—Santo cielo, es maravilloso —se sentía emocionado, quería estar solamente algunos segundos dentro de esa maravillosa mente que era capaz de crear tantas cosas.

—¿No lo reconoces?

—¿Qué?

—La obra, ¿no reconoces la referencia que usé?

—No sé, no estoy seguro, es una buena abstracción, sin duda.

—Jajaja, es divertido.

—¿Qué?

—Partirse la cabeza adivinando.

—A ver, a ver...

—¡Santo cielo hombre!, no es una maldita adivinanza.

—Jajaja, es hermoso, espera... eh...

—¡Cielo santo!, ¡qué poca imaginación tienes!, jajaja —y le dio un golpe en el hombro.

Cuando hizo esto se sintió aturdida, ese fuerte brazo no era el que recordaba, y él se le quedó mirando, mientras ella sentía una extraña sensación recorriendo su cuerpo. ¿Qué mierda era esa?

—se dijo—, ¿qué rayos le estaba pasando?, ¿por qué se sentía de esa forma tan rara?

—¡Vaya! Golpeas fuerte —le dijo él en tono de broma.

—Jajajaja, no creo, tienes unos brazos muy... fuertes.

—Sí, hago mucho ejercicio —le dijo y otra vez la sensación de molestia invadía su cuerpo.

—Entonces ¿no lo reconoces? —Y mientras observaba esos ojos maravillosamente azules se preguntaba qué significaba la expresión que tenía justo en ese instante, la cual era la misma que recordaba aquella noche, cuando le dijo todas esas palabras hirientes.

—No, no lo reconozco —y bajó la mirada.

—Increíble, bien, pensé que lo sabrías, pero bueno.

—Dímelo, ¿o estarás sí toda la noche?

—Es el apamate ¿ok? El maldito apamate —y parecía molesta.

—Oh... cielos, sí, ya veo.

—Ajá —y salió al balcón, no entendía lo que le estaba pasando, era como si le hubiese ofendido sobre manera por no reconocer que era aquel árbol, ese donde pasaron tantos momentos de su juventud—. Era una especie de tributo a su amistad, pero él ni siquiera se había percatado.

—¿Qué tienes? —le dijo siguiéndola fuera.

—Nada.

—No parece que tienes nada.

—No tengo nada.

—Vamos, dime, ¿qué rayos te pasa?, estabas normal y ahora...

—No me pasa nada, Sebas.

—Vero, te conozco o al menos solía hacerlo.

—Ya no me conoces, de hecho, creo que nunca me conociste.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Aquella noche, ¿recuerdas?, aquella noche me insultaste, me trataste muy mal.

—¿Cuál noche?, ¿de qué hablas?

Ella no le respondió, pero su rostro lo hizo, tenía los ojos arrasados en lágrimas, como si un intenso dolor le apretara el pecho.

—¿Qué te pasa Vero?, ¿qué tienes? —y ya se estaba comenzando a preocupar, al mismo tiempo que se sentía molesto.

—Esa noche me trataste muy mal.

—¿Cuál noche?

—Esa noche, cuando fuiste a mi casa y me encontraste con... bueno, con Armando —y al

decirlo estuvo consciente de lo tonto que sonaba reclamarle a estas alturas por algo que había pasado hacía tanto tiempo atrás.

—¡Rayos!, eso pasó hace como mil años Verónica —le dijo tratando de disimular que él también estaba todavía molesto por eso.

Ambos se miraron, era esa conversación la que nunca habían tenido, finalmente se estaban diciendo todo lo que realmente sentían. Estaban callados, y mientras ella lloraba, él la miraba a los ojos, sentía rabia y al mismo tiempo tristeza, ¿por qué no lo buscó antes?, ¿por qué no le dijo que se sentía así y que le importaba tanto como para que todavía le doliera?

—No pensé que te importara tanto eso.

—¿Cómo no me iba a importar?, eres mi mejor amigo, por lo menos lo eras, no sé si...

—Vine a tu exposición, ya ves, si no me importaras, no hubiese venido desde tan lejos.

—Pero Sara me dijo que viniste por tu familia.

—También, pero quería ver tu trabajo, quería verte a ti, esa es la verdad, eras mi mejor... amiga —y se sintió hipócrita al decirlo.

—Entonces, ¿por qué me trataste de esa forma?, ¿por qué te fuiste sin despedirte de mí?, ¿sabes lo mal que me sentí por todo eso? No me hablaste nunca más, ¿qué clase de amigo hace una cosa como esa?

—¿Qué clase de amigo? ¡Cielo santo!, ¡sí que eres descarada!, le dijiste a tu noviecito que solo era tu amigo gordito, al tal Orlando ese, se lo dijiste.

—Orlando, Orlando es un idiota, le dije una descripción de ti, pero no le dije jamás que fueras mi amigo gordito, jamás diría algo como eso.

—No seas hipócrita, siempre fui tu amigo gordito, eso lo describe muy bien, al que nunca tomaste en cuenta más que para... olvídalos, ¡maldita sea! —y dio un golpe en el balcón.

—¿Qué dices Sebas?, ¿de qué hablas?, ¿qué rayos te pasa?, así te pusiste aquella vez cuando pasó eso.

—¿Sabes la rabia que sentí? No puedes imaginar cómo me sentí al verte con ese idiota que solo jugaba contigo, eras un trofeo para él, no te quería para nada, no eras más que una muñeca bonita a la cual quería solamente para colocarte en su lista de conquistas, y tú fuiste ton...

—¿Tonta? Sí, eso es lo que me ibas a decir, que fui una tonta, igual que aquella vez, ¡eres el peor amigo del mundo! —le dijo.

—Vero....

—No me digas así, no eres mi amigo, nunca lo fuiste, me dejaste cuando más te necesité, estaba devastada y entonces te fuiste, sin hablarme ni decirme nada, creí que había hecho algo malo para que jamás te volvieras a comunicarme conmigo. Dime, ¡maldita sea!, ¿qué hice?, ahora que estoy aquí, delante de ti, debes decírmelo, ¿qué mierda hice para que te portaras de esa manera conmigo?

—¿Todavía lo preguntas?

—No te entiendo.

—Yo soy el que no te entiende, eres una artista visionaria, pero no puedes ver lo que está ante tus ojos.

—Sebas...

Sebastián miró la hermosa forma en que se plegaban sus sensuales labios, casi como si fuesen a dar un beso. Entonces, perdió ese control que había mantenido estoicamente durante toda su vida, desde aquel beso que se dieron como penitencia en el cumpleaños de su querida amiga Sara Leal, la cual era evidente había planeado que ellos se reencontraran.

Se lanzó sobre sus rojos labios, tomándola a su vez por la cintura con fuerza y atrayéndola hacia sí. Ella no tuvo la menor oportunidad, pero tampoco opuso resistencia, la estaba besando, finalmente, la levantó en vilo, entonces Vero rodeó con sus piernas la cintura de él y se sujetó de su cuello.

Todo su cuerpo comenzó a reaccionar, la llevó hasta la mesa de trabajo y la atrajo en un abrazo íntimo, era un sueño. Sus labios se tocaban con desespero, como dos sedientos en busca de la fuente que los saciara. Sus pantuflas cayeron al piso, esos feos pero cómodos zapatos con los cuales acostumbraba pintar, dejando al descubierto sus pies desnudos, esos pequeños y lindos pies que parecían de niña, con dedos de uñas cuadradas pintadas en rojo intenso, al igual que sus manos.

No pudo evitar una sonrisa, quería comérselos uno a uno, tenía todas las intenciones cuando tomó ante la cara de sorpresa de ella uno de sus pies. Lo sujetó con ternura, como si fuera un pequeño y lindo tesoro. Vero estaba totalmente confundida, no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, pero si de algo estaba segura, era que su cuerpo se lo pedía a gritos, por más que quería razonar su cuerpo no respondía.

Ese hombre era Sebas, por todos los cielos, era Sebas y la estaba haciendo estremecer como nunca, se conocía, estaba tan excitada que solo pensaba en lanzarse sobre él y arrancarle la ropa. Se imaginaba cómo luciría desnudo, de seguro que era muy sexy, tanto como se veía vestido.

—Sebas... —murmuró, quería que le hiciera tantas cosas y ella hacerle unas cuantas más.

No quería pensar en nada, como por ejemplo el hecho que estaba molesta con él. Pero había otras cosas, no aclararon su situación, peor aún, él tenía una amiga, novia o lo que fuese. No, se dijo, no quiero pensar en nada, ahora no.

Estaba de lo más concentrada en las deliciosas sensaciones que él le estaba haciendo sentir, en esa profunda palpitación interna que le permitía superar el escollo de sus pensamientos cuando el celular de Sebas comenzó a sonar de manera insistente. Él se detuvo y lo sacó de su bolsillo, el rostro le cambió en segundos.

—No contestes —dijo ella con la respiración exaltada.

Sebas no le respondió, se quedó mirando el celular mientras este seguía sonando. Estaba serio y la magia del momento se había arruinado.

—¿Qué pasa?, ¿es algo malo?

—No, pero tengo que responder.

—¡Rayos!

Él salió hacia la terraza, mientras ella se preguntaba qué rayos estaban haciendo. Así que Lili tenía razón, todos la tenían, había estado equivocada por tanto tiempo, en todo, seguía siendo un completo desastre en el sentido emocional. Cuando entró, nuevamente su cara era otra, la pasión se había esfumado.

—¿Qué pasó?

—Me tengo que ir.

—Ah... ¿cómo que te tienes que ir?

—Así es, lo siento.

—Pero...

—Vero, esto no está nada bien, solo... digamos que nos dejamos llevar por el momento, pero somos esto, amigos, como bien lo dice aquí, como me lo dijiste miles de veces en el pasado.

—Sentías algo más por mí, ¿por qué nunca lo dijiste?

—Era evidente, no había que decir nada, además, no tenía ningún sentido.

—Sebas...
—Me voy.
—Es por esa chica ¿verdad? ¿Fue ella la que te llamó?
—Tengo una novia, está mal que esté aquí, muy mal.
—Dijiste que era una amiga.
—Vero...
—Bien, como quieras, haz lo que te dé la gana.
—No soy el tipo de hombre...
—La verdad, es que no sé qué tipo de hombre eres Sebas.
—Vero, tú también tienes un novio.
—Yo...
—Es mejor que me vaya.
—Pero...
—Anda, ábreme la puerta.

Cuando lo vio alejarse sintió un extraño vacío, era como volver atrás, hacía diez años atrás, así lo vio irse de su vida, hacia la nada. Pero ahora lo veía irse por alguien, la hermosa rubia de la foto, la tal Eva, y por primera vez en mucho tiempo sintió una rara pinzada de celos, pero no de amiga, eran celos de mujer.

Continuará....

Esta saga continúa con los siguientes libros:

Íntimos Deseos. Una Novela Romántica de Mercedes Franco Libro 3

Si te ha gustado este libro, te agradecería si me dejas una reseña en la plataforma donde lo adquiriste. Gracias

Íntimos Deseos.

AMIGOS X 100 PRE ♥♥♥

Figurativo y Abstracto

(Tomo III)

CAPÍTULO IX

El álbum de la vergüenza

Cuando entró a la casa de su madre los consiguió, sentados como los mejores amigos del mundo, hojeando el famoso álbum, ese que tanto detestaba. Se quedó de una pieza, en la sala de estar hablaban y reían, como si fuesen íntimos. Ella se quedó sorprendida mientras sostenía una bolsa con alimentos que había comprado para ella y su querida progenitora. Era el acostumbrado almuerzo de los sábados, pero ¿qué hacía ese hombre allí?

—¿Qué rayos haces aquí? —dijo sorprendida.

—Vaya... ¡qué modales los tuyos niña!, mira, es Sebastián, salúdalo, compórtate Vero.

—Hola —y pasó directo hacia la cocina—, sintió una marejada de fuego en su cara, ¿por qué su madre siempre hacía ese tipo de cosas?

—¿Trajiste todo lo que te pedí? —Le dijo caminando detrás de ella con una sonrisa de satisfacción pintada en su hermoso rostro.

—Sí, todo —y la colocó sobre la mesada—, ¿y tú?, ¿por qué tienes esa cara?

—Esta es la misma cara que tengo siempre, querida.

—Ajám.

—¿Qué rayos te pasa?, le dijo bajando la voz, es Sebastián y es mi invitado aquí, así que deja las niñerías y compórtate.

—Ah... ¿sí?

—Sí, ¿qué te pasa?, ¿no me digas que todavía sigues molesta con él?

—¿Quién te dijo que estoy molesta con él?

—Se te nota por todos los poros de tu hermoso y sexy cuerpo, querida, jajajaja. A ver, vamos, compórtate, es un chico encantador, y hace tanto tiempo que no comparto con él. Oh... cielos, sí que es encantador ese hombre, y está guapísimo.

—Ajá.

—Bien, no aguantaré tus tonterías, te comportas y quita esa maldita cara de amargada que tienes, pareces diez años mayor querida, a nadie le gusta eso.

—Ok, bien.

—¿No me digas que te peleaste con tu querido noviecito Orlando?, ese chico, la verdad es que, si es así, no vale la pena, ese hombre...

—No, no me he peleado con nadie, no tengo problemas con ninguna persona.

—Bien por ti, estábamos viendo el álbum con su primera foto oficial, juntos, ven, te va a gustar jajajaja.

—Jajajajajaja, sonrió fingidamente, muy graciosa, ya voy.

—Bien, ya que estás aquí, por favor tráenos más café.

—Su Majestad ¿quiere algo más? —Le dijo haciendo una graciosa reverencia.

—Sí, hay unas galletas en la repisa de arriba, ponlas en una bandeja, esa de cerámica que parece como una flor y llévala para allá, súbdita, jajajaja.

—Muy bien, Su Excelencia, enseguida.

Era la manera como ellas acostumbraban jugarse, la forma en que ambas se mostraban el afecto intenso que se tenían, se peleaban, siempre había sido así, la dinámica entre ellas resultaba

intensa. Muchas veces chocaban por la similitud de sus caracteres, pero eso no quería decir que no se amaran con intensidad.

Sebastián se le quedó mirando muy serio, estaba nervioso sin saber cómo reaccionaría ella. Colocó la bandeja en la mesita y el servicio de café. Él parecía inquieto, Vero se preguntaba ¿qué rayos hacía Sebas allí?, ¿qué se proponía después de todo lo que había pasado entre ellos? No era cualquier cosa, luego de verse casi desnudos, en esa posición que confesaba sus sentimientos, la situación se tornaba muy incómoda, y esto no escapaba a los ojos de su madre, una mujer sabia a la cual los años le otorgaron el poder de leer a las personas, entre esos dos pasaba algo, y era importante.

—Oh... mira, ¡qué tiernos! Mira Vero, son ustedes dos, cuando Luisa lo trajo por primera vez, mira esos ojitos azules —y le estrujó el cachete como si cualquier cosa.

—¡Mamá!, ¡por todos los cielos!, ¿qué te pasa?

—Oh... ¿qué?, tenemos confianza, nos conocemos de toda la vida ¿verdad? Mira, esta es nuestra foto, y mostró una donde salía ella abrazando al pequeño Sebastián, era un bebé precioso, de grandes ojos azules y tan blanco como un papel, de grandes cachetes y mejillas sonrosadas.

—Es...

—Oh... ¿dime si esto no es una cuchitura?, qué cosita más linda ¿verdad Vero? ¡Ay!, es como para comérselo, ¡qué bello! —y volvió a estrujarle los cachetes.

—¡Mamá!, ¡por Dios! —Exclamó ella apenada, su madre definitivamente no sabía comportarse.

—¿Qué?, deja la tontería Verónica, por favor.

—No se preocupe, no hay problema, puede estrujarme las mejillas todo lo que quiera.

—¿Lo ves? Él no tiene ningún problema.

—Mmm.

—¿Qué amargada eres?, ¡cielo santo! Pareces una vieja, una vieja amargada, de paso. Ya vengo querido, voy a buscar el otro álbum, el de los quince años, ese es muy lindo. Estoy emocionada —decía como si fuese una niña—, Vero no la conocía, no parecía la misma mujer de siempre, ahora se veía más fresca y sencilla, estaba ocultando, tenía un amante o algo, pero era definitivo, se traía algo entre manos.

—Ok.

—Mamá, por favor, deja de mostrar mis viejas fotos, a Sebastián no le interesa eso.

—Me interesa, de hecho, y mucho —dijo sonriendo.

—¿Lo ves?, le interesa querida, jajajaja, yo sé lo que le gusta a “mi chico”.

Salió de allí de lo más animada a buscar el otro álbum, mientras Vero no sabía qué actitud tomar ante Sebastián. Era tan raro estar así, después de lo que había pasado, y sin haberse dado ningún tipo de explicación previa, parecía que él también sentía lo mismo, aunque no estaba segura. Ambos se miraron de forma extraña, no sabían qué decir.

—¿Qué haces aquí?

—Tu mamá me llamó para invitarme, así que vine.

—Mmm, ¿así que mi mamá te llamó?, cielos, todo el mundo te llama por lo visto, a todos acudes, menos a mí, incluso...

—Vero...

—Olvidalo, no tiene importancia, jajaja, todo esto es como una gran tontería en verdad, no soy más que una tonta.

—Pero te ves muy molesta, lo siento, todo eso fue...

—No creo que ahora sea el momento para hablar acerca de eso.

—Tienes razón.

—Sí —ya venía su mamá nuevamente, toda llena de euforia.

—Ajá, aquí está, mira cariño, aquí están ustedes, mira Vero con su traje fucsia, ayyy, parece una princesa, ¡qué bella! Recuerdo este vestido, era precioso, con este Vero se congració, jajaja, todos estaban enamorados de ella, ¡cielo santo!, era casi una fila de chicos aquí en mi casa.

Verónica no sabía qué hacer, se sentía muy confundida, avergonzada de sí misma de la forma como había perdido el control con Sebastián exponiendo sus sensaciones y sentimientos, y también de las cosas que decía su madre, ¿qué le pasaba a esta mujer? Pero lo cierto es que él había empezado, era él, así que ¿por qué se sentía tan mal?, experimentaba una especie de punzada interna que le hincaba por dentro con fuerza.

—¿Te recuerdas de eso Vero? Te encantaba ese vestido, ¡qué tiempos aquellos! ¿no es cierto?

—Estaba triste allí, lo recuerdo muy bien.

—¿Por qué?

—Porque mi padre no estaba.

—Oh... Vero, por favor, no nos dañes el momento, ¿sí? No quiero hablar de cosas tristes, por favor.

—Como digas.

—Lo recuerdo —dijo Sebastián—, la verdad eso fue triste.

—¡Ay no!, ¿tú también?, ¡vamos chicos! Dejemos esos momentos atrás, miren qué lindos ustedes aquí, se ven geniales juntos, siempre lo he pensado, esta es como su segunda foto oficial juntos, ¡qué bellos!, ¡qué bellos! —decía toda emocionada, mientras Vero la miraba con cara de “¿quién es esta mujer y qué hiciste con mi madre?”.

Él la miro a través de su madre, estaba triste y parecía estar distraída con un conjunto de cosas. Su mirada denotaba apoyo, ella también se volteó a verlo, algo estaba pasando entre ellos, un sentimiento que era mucho más que una amistad. Su madre lo sabía, era una mujer muy aguda, que tiraba el anzuelo para ver qué pescaba. Francamente, estaba propiciando las cosas para pescar algo grande, como un nieto, por ejemplo. Su Vero tenía 28 años y nunca había conocido el amor verdadero, y para eso Sebastián era perfecto, ella lo sentía dentro de sí, tenía que darse.

—Esta es mi foto favorita de ustedes —le dijo tomando el otro álbum, donde ellos aparecían juntos, dos preciosos bebés y se miraban de una manera muy tierna—. Oh... miren, ¿díganme que esto no es la cosa más bella del mundo?, se ven preciosos juntos, ustedes dos, siempre juntos, siempreeee.

—Ya te entendimos mamá, ya te entendimos.

—Jajajajajaja, pero no te molestes cariño, es la verdad ¿no es cierto Sebastián? ¿Verdad que se ven tiernos?, es que son demasiado lindos, lindos. Es su primera foto oficial juntos, y es momento de que tenga una tercera.

—Sí, nos vemos bien juntos —dijo ante el asombro de Verónica, él simplemente miraba la foto con un gesto evocador, con cara de ilusión.

—Ajá, bien, este... ya vengo, voy por más café.

—Mamá, aquí... aquí hay café todavía —le dijo mirándola con disgusto.

—Voy por más café, este ya está frío, ¡qué asco!, ya sabes cómo detesto el café frío, ¡ay no!, ¡horror! —pero resultaba risible su poco disimulo, esa mujer no tenía ni la más pequeña molécula de tacto.

—¡Cielos mamá!

Era la peor excusa del mundo, resultaba evidente que los quería dejar a solas, se veía ridícula haciendo todas esas movidas absurdas. Una cosa era que lo hiciera Sara, pero en su madre resultaba algo chocante, ¡cielo santo!, esa mujer no sabía lo que era el tacto o el disimulo. En realidad, tenía la sutileza de un tiburón hambriento, y era demasiado obvio que estaba tratando de juntarlos de la forma más forzada posible.

—Lo siento, no sé qué rayos le pasa a mi madre hoy.

—Jajajajaja, tu madre es encantadora, es un completo encanto en realidad —dijo mientras seguía mirando la dichosa foto.

—Ya deja esa foto.

—¿Por qué?, es linda, creo que me veo muy bien, ¿no lo crees? Incluso, diría que soy más fotogénico que tú.

—Oh... sí claro, por supuesto.

—Mírame, me veo mejor que tú —y le sonrió.

Otra vez estaba allí, la misma sensación eléctrica y poderosa, una corriente perceptible que le hacía erizar todos los poros del cuerpo. Seguro que Sebastián debía sentir lo mismo, entonces ¿por qué no se decidía?, ¿por qué la había dejado así, con las ganas de seguirlo besando y tocar su cuerpo?, en verdad, lo que quería era arrancarle la ropa, tirarlo contra la pared y sentir en todas las formas posibles.

Su ansiedad era tanta que le alteraba la respiración, quería besarlo y, de hecho, jamás había deseado besar tanto a un hombre. Se veía tan hermoso con esa barba que quería tocar con ambas manos. Notaba en ese instante cada detalle de su rostro, sus enormes y azules ojos, tan azules como el cielo, esas cejas gruesas y bien dibujadas, la nariz recta y un poco pequeña, pero graciosa, quería besarla, era una especie de ternura la que le invadía en ese instante.

—¿Qué?

—Nada, es que... tienes razón, es linda esta foto, muy linda.

—Así es —pero parecía que sus palabras se desviaban porque en realidad lo que querían decir era otra cosa.

Se quedaron en silencio, mientras la cabeza le daba vueltas, es que su madre era terrible. La había llamado para el supuesto almuerzo, pero esta era su verdadera intención, que coincidieran, Abigail y la tía Lili seguramente habían planeado todo eso. Eran las peores casamenteras del mundo, tanto que ni ellas mismas podían encontrar a una pareja decente.

—Así que mi mamá te llamó ¿eh?

—Así es, y por lo visto también hizo lo mismo contigo.

—Ya veo, ella y sus cosas.

—Sí.

—Pero, creo que...

—¿Qué?

—Nada, es que, bueno, ya sabes lo que pasó ayer.

—¿De qué me hablas? —dijo él.

—Ya sabes de qué hablo, lo sabes perfectamente.

—Entiendo, la verdad es que...

—Dime la verdad, por favor, ¿por qué hiciste eso?, ¿qué está pasando?

—Dímelo tú, anda, dime lo que está pasando dentro de ti.

—Sebastián, yo...

—¿Qué hay con tu novio Orlando?

—Orlando es un idiota.

—Eso ya lo sé, jajajaja, de hecho, todos lo saben, tu madre no ha hecho otra cosa que hablarme pestes de él, al igual que la tía Lili, incluso, me dijo que... bueno...

—¿Qué?

—Que era una segunda versión de Armando Fuentes, eso me dijo.

—¡Cielo santo!, esa mujer no tiene control en la lengua.

—Así es, jajajajaja, la verdad, no creo que le importe o tenga intenciones de controlarla.

—Así es, esa mujer está demente, creo que se le ha metido en la cabeza, por alguna razón, es decir, bien, es que creo que ella quiere...

—Juntarnos, ¿a eso te refieres?

—Así es, eso quiere.

—Vaya, ella está tan clara en la vida, muy clara.

—¿Eso crees?

—Así es.

—¿Por qué dices eso?

—Creo hay personas que no pueden ver la verdad, aunque la tengan ante sus ojos, y no importa lo que pase, sencillamente están ciegos o quieren estarlo.

—Vaya, estás muy filosófico ahora, ¿qué quieres decir con eso?, si te refieres...

—No me refiero a nada en particular, es decir, yo me refiero a que, la verdad es que todo esto es bastante confuso.

—Sí, eso veo, todo entre nosotros siempre es muy confuso.

—No te entiendo, esa es la verdad.

—¿Por qué?

—Siempre entregas tus sentimientos a personas que no te tratan de la forma apropiada, como tú lo mereces.

—¿Cuál es esa forma según tú?, ¿y qué te hace pensar que entrego mis sentimientos a alguien?

—No hay que pensarlo, es evidente.

—Ah... ¿sí?, a ver, ilústreme con tu sabiduría, Sebastián Montenegro.

—Hay un vacío en tu corazón, siempre ha sido así...

—Desde que mi padre dejó a mi madre, ¿es eso lo que vas a decir?

—Sí, veo que estás clara en eso.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti o eres perfecto en todo lo que haces?

—No, la verdad es que soy bastante imperfecto, y al igual que tú, me enamoraba de personas que no me querían, de personas que ni siquiera se daban cuenta de lo que sentía por ellas.

—¿Lo sigues haciendo?

—No, ya no, aprendí que tengo valor y merezco estar con alguien que me ame, que me dé lo que merezco, y corresponda con lo que siento, y que podamos trabajar juntos, como un equipo.

—Es un deseo muy bonito, en realidad.

—Sí, muchos deseos son hermosos, pero eso no quiere decir que se hagan realidad.

Se quedaron mirando en silencio, como si así pudieran proyectar sus ideas en la mente del otro. Pero, ¿qué era eso?, ¿cuáles eran esas palabras que no se atrevía a pronunciar?, ¿qué ideas flotaban entre sus mentes? Dos seres que estaban palpitando con intensidad, buscándose entre la oscuridad de sus propias imposibilidades, en ese mundo de sombras que no se atrevían a traspasar la realidad física.

Al igual que ella, él se sentía ansioso, su corazón estaba latiendo con fuerza, era lo mismo de

siempre, esa sensación que le impactaba hasta lo más profundo, sin importar lo que pasara, se buscaban entre la oscuridad de la cobardía, tratando de encontrar la luz, era un rayo que penetraba entre las enramadas del miedo. Se miraron, sí, con ansiedad y angustia, con la fuerza del amor que se cree no correspondido, o peor aún, con el que se siente correspondido, pero que al mismo tiempo no hace nada para traspasar la frontera de la incertidumbre.

—¿Qué? —dijo él rompiendo el silencio.

—Nada —contestó ella—, que siempre he pensado tienes unos ojos muy bonitos.

—¡Qué casualidad!, también pienso lo mismo de ti.

—¿Por qué nunca me le dijiste? —Pero en sus palabras se notaba que deseaba preguntar algo más, ese “nunca lo dijiste” no se refería propiamente a sus bonitos ojos, sino a los sentimientos de amor que ahora intuía estaban entre ellos de una forma intensa.

—Porque ya lo sabías, siempre he creído que eres muy bonita.

—No me refiero a eso, sabes lo que quiero decir.

La ansiedad crecía, su corazón latía aún con más fuerza, era la respuesta que ahora necesitaba oír. Por qué él nunca se había atrevido a confesarle sus sentimientos, tal vez si lo hubiese hecho antes, ella habría pensado mejor las cosas, si hubiese tenido la valentía de decírselo de una buena y maldita vez.

—Yo... la verdad es que...

—¡Oh... buenas! —gritó Lili al verlos en esa situación—. ¡Oh... lo siento! ¿interrumpo algo?

—Eh... no, nada —dijo Sebas.

—Sobrina, vaya, estás muy bien acompañada hoy, yo que vengo a ver a tu madre y los consigo así, ¡qué suerte!, y viendo esos álbumes, ¿no me digas que tu madre todavía no ha perdido esa mala costumbre de avergonzarte con esa cosa terrible?

Esta era peor que su madre, se dijo, no sabía actuar ni para salvarse la vida, su cara de sorpresa fue la peor mueca del mundo. Ahora le resultaba completamente que ella también estaba involucrada en todo eso, era un “movida” entre ambas.

—Así es... —dijo con un poco molesta, ya que esta había interrumpido la respuesta que tanto quería escuchar.

—Oh... querido, estás tan bello, ¡qué lindo!, míralo, ¿y viendo tu foto? Jajajaja, cielos, desde ese momento ya se veía que serías un chico muy guapo, ¡cielo santo!, pero nadie previó que fuese así, maldita sea, ¡qué cosa más hermosa!

—¡Cielos!, ustedes dos son terribles.

—¿De qué hablas pequeña?

—Mmm, tú sabes perfectamente de lo que hablo, lo sabes —le dijo señalándola con el dedo índice.

—Juro que no tengo la menor idea de lo que dices, debes estar delirando.

Era obvio que lo sabía, ellas dos tenían planificado todo eso, desde las completas y malas intenciones de juntarlos, como fuese. Nunca les había dado la razón en nada, y siempre, por algún extraño impulso les llevaba la contraria. Pero ahora sentía que sus impulsos resultaban acertados, y que por primera vez ellas iban por el camino correcto.

—Creo que es mejor comencemos a hacer el almuerzo.

—Ok, es bueno evadir las cosas.

—No sé de qué hablas niña, debes estar en una especie de delirio, será mejor que destapes esa botella de vino que compró tu madre, creo que la estamos necesitando. Además, tu madre me prometió un pasticho de berenjenas y me tiene que cumplir.

—Oh... sí, ya me imagino que lo debo hacer yo, porque mi madre es terrible en la cocina.

—Si quieren lo puedo hacer yo.

—¿Sabes cocinar querido? —Le dijo con una sonrisa coqueta, mientras se arreglaba el corto cabello de color rubio cenizo.

—Por supuesto, estudié cocina con un chef español, uno muy bueno, tanto que si no hacías las cosas como te decía, te lanzaba una sartén por la cabeza.

—Jajajajaja, cielos, ¿y es así como enseñan a la gente por allá?, si fuese tú, le hubiese dicho que devolvieran el dinero.

—En realidad, no estaba haciendo un curso ni nada así.

—Entonces... ¿qué rayos hacías ahí llevando sartenes por la cabeza?, jajajaja.

—Trabajaba allí.

—¿En serio?

—Sí.

—Vaya, ¿y eras cocinero? ¿Por qué?, a ver pequeño, cuéntale todo a la tía Lili.

—Necesitaba dinero para pagar mis estudios.

—Oh... vaya, eso es lo que hace un hombre de verdad, se sacrifica por lo que quiere, ¿lo escuchaste Verónica? Estás oyendo ¿verdad? ¡Qué encanto! —le dijo tomando otra vez sus mejillas entre las manos—, eres un encanto bebé hermoso, todo un encanto.

—¡Tía!, ¡cielo santo!, deja en paz a Sebastián.

—Mmm, deja la envidia —le dijo mientras enrumbaba a la cocina con los víveres que trajo—, ya quisieras tú tener a esas mejillas entre tus manos.

Sebastián se tapó la boca, la actitud de esa mujer resultaba francamente hilarante. Además de la cara tan graciosa con la que decía esas palabras, y el gesto de molestia que tenía Verónica.

—Cielos, tía, juro que algún día se te trabará esa lengua de lo grande que la tienes, digo.

—Jajajajaja, sí querida, como digas.

—Esa mujer está loca.

—Puede ser, pero en todo caso, es una loca encantadora.

—Mmm, lo dices porque no tienes que soportar a esas dos mujeres todo el tiempo.

—Jajajajaja, bien, lo que digas.

—Me estabas diciendo algo cuando nos interrumpieron.

—Ya no recuerdo —la verdad es que no estaba para confesiones en ese momento, sentía que no era el lugar más adecuado para ello.

—Bien, como digas.

—Cariño, ven a la cocina, tienes que hacer ese delicioso pasticho, estoy seguro que tú sí sabes cocinar, no como estas mujeres que tienen una sazón terrible.

—Habla por ti —le contestó desde la cocina Abigail.

En esa casa reinaban las mujeres, ¡y qué mujeres! Todas fuertes y valientes, aguerridas. A Sebastián no le quedaba más que complacer a estas dos casamenteras que estaban empeñadas en lograr sus objetivos.

—Anda, sálvanos pequeño, además, aquí hay demasiado estrógeno, necesitamos urgentemente un poco de testosterona. Ven pequeño, jajajajaja, antes de que esta mujer me mate, tiene una sazón terrible, mira esto ¡por Dios Santo! —le dijo mostrando el guisado que estaba haciendo.

—Muy bien, jajajaja, ok —dijo al probar el desagradable guiso.

—¡Rayos!, deja que los chicos hablen de los viejos tiempos, mujer, ¡no seas metiche! —le gritó Abigail.

Vero no se sentía particularmente animada, no importaba lo que hicieran esas mujeres, él había decidido al irse de su departamento. Sebastián se mostraba un tanto evasivo, tal vez había sido por la conversación que tuvo con Eva, se preguntaba ¿qué hablarían esos dos?

Por la mente de Sebastián pasaban muchas cosas, Eva era una mujer maravillosa, no merecía que estuviesen así, en esa situación de indecisión, y mucho menos en la presente situación. Siempre estaba allí para él, apoyándolo en todo, era una mujer fuerte, hermosa y aguerrida, que luchaba por lo que quería en la vida.

Ese era el tipo de chica que le gustaba, siempre le había demostrado apoyo y fuerza en todo, gracias a ella había logrado muchas cosas. Pero, lo sabía, faltaba algo, había una llama que no estaba, y solamente un fuego podía encenderla. La vida era así, injusta, jamás tenías todo lo que deseabas, siempre faltaría algo, porque entre tantas variables era improbable llegar a tener la perfección, aunque no por eso dejaría de intentarlo.

—¿Qué tienes cariño?, le dijo Lili.

—Nada.

—Pareces triste.

—No, jajaja, es que cuando estoy cocinando me concentro mucho.

—Ok, digamos que te creo entonces.

Lili y Abigail se miraron, había algo, ellas eran mujeres inteligentes y la sabiduría de los años les había dado la astucia para conocer la naturaleza de las cosas. A ese chico le pasaba algo, parecían decirse, las cosas no estaban resultando como las habían planificado.

—Vero, ayuda a Sebas, mira, ayúdalo a picar eso.

—Oh... sí claro, ¿por qué no lo ayudas tú?, estás allí toda divina sosteniendo tu copa de vino.

—Me lo he ganado niña, me lo he ganado.

—Sí, claro —le dijo mientras comenzaba a picar todos los vegetales.

—No, Vero —dijo él acercándose—, así, mira —estaban tan cerca que podían tocarse.

Lili le dio un codazo a Abigail y sonreían, esto se estaba poniendo más bueno de lo que sospechaban. Había una gran química entre esos dos, se podía notar en la atmósfera y en la electricidad estática que se estaba produciendo.

—Ustedes dos hacen un buen equipo.

—Sí, se nota —dijo Abigail—, deberían “trabajar juntos” siempre, se nota que hacen las cosas muy bien juntos.

—¡Ay sí!, y de paso son tan lindos, se ven muy cute.

—Tía...

—Es la verdad, es que... ¡ah mierda!, se me acaba de ocurrir la mejor idea del mundo, es que soy un genio.

—Oh... cielos, cuando esta mujer dice algo así... —exclamó Vero mirando a Sebastián, quien estaba de lo más divertido por la dinámica excéntrica que generaban estas mujeres tan bellas.

—Una foto, una foto de ustedes dos allí juntos cocinando, y luego otra allá, igual a la que está en el álbum de la vergüenza, jajajajaja.

—No tía, ¡cielo santo!

—Me parece una buena idea —dijo Sebas—, creo que es cierto, la tía Lili es todo un genio.

—Sebastián, ¿tú también? —le dijo ella sorprendida.

Cuando la tía Lili tomó el celular entre sus manos, Verónica se sintió muy rara, era como si el tiempo no hubiese pasado, eran ellos dos otra vez, unidos por el álbum de la vergüenza, como solían decirle en bromas. No sabía siquiera cómo posar, aunque era una experta, pero esto

resultaba diferente, estaba con Sebastián, otra vez.

—¡Ay!, ¡qué serios! Sonrían, tienen bonitas sonrisas, vamos, sonrían.

Ambos lo hicieron y Sebastián no sabía qué posición adoptar, así que pasó su brazo por encima del hombro de Vero, y se veían adorables, como siempre. Ese tipo de personas que te preguntas cómo rayos es que estos dos no están juntos.

—Oh... ¡qué bellos!, ¿no se ven bellos, Abigail?

—Mucho —dijo ella riendo y tomando su copa de vino.

—¿Vas a tomar la foto o no? Ya me duelen las mejillas de tanto sonreír.

—Son dos conejitos adorables, cielo santo, es que me imagino que ustedes dos tendrían bebés muy lindos, un pequeño conejito jajajajaja.

—¡Tía!, ¡por Dios!, deja de hablar esas cosas.

—Jajajajaja, es la verdad, tienen muy buenos genes.

—Tía... —y los ojos le brillaban de la rabia—, la estaban haciendo pasar la vergüenza de su vida, y sentía una marejada caliente en todo su cuerpo, una mezcla de rabia, vergüenza y temor, porque deseaba fuese verdad, y eso le apenaba, ¿en qué momento todos esos sentimientos se estaban apoderando de todo su ser?

Cuando tomó la foto tuvo la sensación de que ese momento no volvería a repetirse, él de seguro retornaría a España, a su vida, con su novia, y todo lo que eso significaba. Lili se acercó sonriente y le mostró la foto, ella sintió una profunda tristeza, es que era cierto, se veían demasiado hermosos juntos.

—¡Otra foto para el álbum! —dijo triunfante—, ¡esta es la mejor de todas!

—¡Así es! —corroboró Abigail.

Pero sabía que tal vez sería la última foto en el álbum de la vergüenza, porque ya sus vidas no serían las mismas, y esta vez cada quien tomaría su camino. Sebastián con su vida en España y ella, pues no tenía la menor idea. Cuando el flash del celular capturó el momento deseó que la vida fuese igual, captar un instante perfecto, y retenerlo para siempre.

CAPÍTULO X

Cazador o cazado

Orlando había estado viviendo una situación sumamente confusa desde que conoció a Verónica. Era como si hubiese caído en su propia trampa, era un hombre de mundo, acostumbrado a hacer lo que le diera la gana, pero ahora, las cosas estaban cambiando paulatinamente, y eso le hacía sentir cierta aprehensión, temor, quizás, y esas emociones eran extrañas para él.

Ese día se cansó de dejarle mensajes en su celular, pero ella no le respondía. ¿Quién se creía para hacer eso?, él estaba acostumbrado a que las mujeres pulularan a su alrededor, pero con Verónica las cosas resultaron diferentes. No era el tipo de mujer que flotaba alrededor de ningún hombre, su universo era su arte, lo más importante para ella, y ningún hombre podía aspirar a ocupar ese lugar, bueno, todos, excepto Sebastián, por supuesto.

Pensaba en ella, estaba con sus amigos, los cuales hablaban de mujeres, negocios y bebidas, pero su mente estaba en otra parte, ¿qué mierda le estaba pasando? —se dijo—. ¿Por qué rayos no le contestaba?, ¿qué cosa tan importante tenía que hacer?

Comenzó a escribirle mensajes, ya parecía una mujer, y esa era una actitud extraña en él, su tío estaría avergonzado, él había conquistado a tantas mujeres hermosas, famosas, que se arrojaban a sus pies, ¿por qué esta le ocupaba tanto el pensamiento? ¿Qué tenía Verónica Léger que le llenaba en todos los sentidos, que no pensaba sino en meterse en la cama con ella ese mismo día, en ver su cuerpo desnudo y contar esos deliciosos lugares que tenía en los senos, como lo había hecho antes, tantas veces?

Orlando: Hola amor, acabo de salir del trabajo y quiero ir a verte, ¿qué estás haciendo? 7:00 p.m.

Orlando: Mi amor, respóndeme, estoy tomando un trago, respóndeme para saber si puedo visitarte, se me están ocurriendo unas ideas geniales y ya sabes a qué me refiero. 7:30 p.m.

Orlando: ¡Hey!, soy tu novio, ¿estás viva? Respóndeme. 7:50 p.m.

Orlando: Ya veo que estás en tu “nicho”, ni modo, si puedes o te das cuenta de este mensaje respóndeme, estaré con unos amigos. 8:15 p.m.

¿De qué se preocupaba?, ella era una artista, ese tipo de personas siempre se comportaban así, solamente pensaban en pintar o lo que fuese que hacía en ese lugar al que llamaba su nicho, ese espacio especial donde podía durar horas y horas. No podía negar que esto le agradaba, porque no había nada más sexy que una mujer apasionada, que le gustaba lo que hacía y crecía en todo.

Bueno, bueno, ¿qué hacía perdiendo el tiempo en eso, cuando tenía su lista, como le llamaba a las mujeres que esperaban por él, entre las cuales estaba Isabella, la hermosa rubia que en ese momento le ocupaba el pensamiento? Era una modelo, hermosa, muy liberada, atrevida, que no se andaba con miramientos para ir por lo que deseaba.

Eso le fascinaba, porque quería decir una cosa, diversión sin compromisos, su máximo objetivo, no le gustaban los rollos, este tipo de mujeres que osaban a los hombres a todas horas, obsesionadas como si no tuviesen nada que hacer mejor en la vida. Era una sensación contradictoria, porque al mismo tiempo le gustaba ese tipo de actitud que afianzaba su gran ego.

Pero, con terror se daba cuenta que él mismo se estaba volviendo como una de ellas, cielo

santo, ¿cómo es que había caído en esa indeseable conducta? Esperando ansiosamente que esta mujer le respondiera el teléfono, debía sentirse avergonzado de sí mismo. Pero lo peor de todo, cuando el teléfono sonó finalmente y tenía un WS sintió un descanso profundo al ver que era ella, ¿qué le estaba pasando?

Vero: ¡Hey!, sí, tienes razón, estaba en el nicho es que ya sabes cómo soy, cuando estoy ahí todo se me va, dejé el celular abajo, ya te podrás imaginar... no había leído tus mensajes. Sí, puedes venir, haré algo para ti... por cierto, también tengo muchas buenas ideas, no eres el único ♥♥♥

En el fondo lo que deseaba era salir corriendo para allá, disfrutar de la compañía de esta mujer que le gustaba tanto, que siempre tenía algo interesante por decir, pero no, debía mantener su posición, él era el hombre, comandaba, era un cazador y las cosas debían mantenerse de esa manera. Jamás debía darle a entender a una mujer que te gustaba tanto como para sentirte ansioso. Era el peor error que un hombre podía cometer, y era el más común de todos, había mujeres que eran veneno para la hombría, te absorbían, tomaban todo de ti y acababan contigo hasta solo dejar una sombra.

Vero podía ser entonces la mujer más peligrosa del mundo, de las que se debía salir corriendo cuanto antes. Así que no, se dijo que no iría hasta ese lugar solamente porque ella lo quisiera.

—Tomemos otra copa.

—Como digas, jamás rechazo un buen whisky, aunque la verdad...

—¿Qué?

—Pensé que ya estabas perdiendo el toque.

—¿A qué te refieres?

—¿Llevas mucho tiempo con esa novia tuya, la hermosa Verónica?, jajajaja.

—No hablaré de mis asuntos privados contigo.

—Oh... siempre hablas de tus conquistas.

—No hablo de eso —le dijo serio.

—Ella debe ser especial entonces, se nota que las cosas son diferentes para ti, esa chica te está enfriando, por decirlo de alguna manera.

Era la forma en que siempre acostumbraban hablar, con ese tipo de bromas de mal gusto, las cuales demostraba que algunos hombres jamás maduraban en la vida. Ellos seguían siendo los mismos chicos del colegio que se intercambiaban información acerca de las mujeres con las que estaban. Pero Orlando no quería hacer lo mismo con Verónica, porque ella representaba algo más y, sin embargo, no podía exponerse ante ellos. Era cierto, lo que Javier decía era la completa verdad, estaba perdiendo el toque, no por su falta de habilidades, sino porque ya no sentía la misma motivación de antes, esa llama se estaba apagando dentro de sí.

—Mira esto —le dijo mostrándole la foto que le había mandado Isabella, donde lucía completamente hermosa.

—¡Oh... cielo santo!, a esto me refiero, eso sí que es una mujer, ¿lo ves?, es que eres un maldito bastardo, un desgraciado.

—Ya ves, para ser alguien que se está enfriando, no estoy nada mal.

—Ya veo, eres un maldito, siempre lo diré, tienes una suerte, y mientras esta rubiecita espera por ti, allá en su departamento Verónica espera por ti también, eres un maldito.

—Así es... —dijo riendo mientras se llevaba el trago a la boca.

Pero sabía de sobra que todo eso no era más que una mentira, él no tenía el dominio de nada, y

ya le costaba aguantarse para correr a verla, soportar la tentación de ir hasta su departamento le resultaba casi imposible. Era una fuerte presión interna, el corazón punzaba, y se sentía completamente estúpido por ello.

Se tardó lo más que pudo, para darle a entender que ella no era lo más importante en su vida, él tenía el mando y Verónica debía esperar a que llegase. Efectivamente, cuando entró lo estaba esperando impaciente, él sonrió internamente, ¡así es como debían ser las cosas!

—Llegaste tarde —le dijo molesta por el tono de su voz.

Le gustaba cuando eso pasaba, eso indicaba que tenía el dominio de la situación. Además, ella se veía aún más hermosa cuando estaba así, sus ojos adquirían un bello matiz en color miel, casi verdoso, ese era su color favorito. ¿Qué basura estaba pensando?, era la misma porquería sentimental que le venía a la mente cada vez que la tenía de frente, pero que jamás le decía porque, ¡qué hombre en sus cabales diría algo como eso!

—Oh... baby, es que estaba muy ocupado “asuntos de negocios” —le dijo dándole un ligero beso en la mejilla, y sin dejar de ver su celular.

—Dijiste que estabas con tus amigos —tenía esa mirada de sospecha que ponían todas las mujeres cuando estaban elucubrando algo.

—Sí, pero surgió algo importante, algo de trabajo con mi socio, no podía perder esa oportunidad, ya sabes que esto es...

—Ok, está bien, no digas más... —es que ya le había escuchado la misma excusa miles de veces, no necesitaba de sus argumentaciones en ese instante.

Él seguía mirando el celular, era Isabella que no dejaba de mandarle mensajes insinuantes, y estaba claro que el propósito de todo eso era exaltarlo, uno en particular era realmente sexy, y en este se mostraba en ropa interior. ¿Por qué las mujeres hacían esas cosas?, ¿cómo un buen hombre podía lograr controlarse cuando tenía que vivir con este montón de seres encantadores que le quitaban las buenas motivaciones a cualquiera? Pobres tontos los que quisieran mantenerse fieles, porque eso ahora resultaba prácticamente imposible, la peor tortura, una tonta utopía.

Él no era un hombre en el que se pudiera confiar, cada uno de sus actos estaban signados por sospechas y elucubraciones. Verónica tampoco era una chica común y corriente, y eso le gustaba. Esa libertad que mostraba con desenfado, la poca necesidad de estar girando alrededor de un hombre y el deleite de saberse hermosa, libre y plena, lo cual demostraba en todas las áreas de su vida, especialmente en la cama, en la cual le producía ese intenso placer, una de las causas por las cuales no podía dejarla, aunque lo quisiera.

La rebelde y excéntrica chica le confería un acento interesante, le hacía mucho más atractivo y poco convencional. Al principio era muy divertido, pero después las cosas se fueron complicando, ella se comprometía cada vez más con su arte y eso se revelaba en su cuerpo también, en todo su ser. Ahora estaba llenándose de tatuajes, y ya eso comenzaba a disgustarle, era demasiada excentricidad para su gusto.

Cuando se conocieron hacía dos años atrás, él era un joven que aspiraba a ser el socio de una firma, pero ahora él era el socio principal y necesitaba alguien más formal. No quería una mujer que se robara toda la atención, sino que acentuara la suya, y que le diera ese plus que necesitaba, quería una especie de adorno para resaltar su presencia, la impronta ideal. Pero Vero era todo menos eso, y cuando entraba a cualquier parte se robaba la atención, eso no resultaba bueno para un ego como el suyo, y sin embargo no podía evitarlo, le gustaba mucho esa mujer.

—¿Podrías soltar esa cosa, aunque sea un momento, por favor? —le dijo en un tono de orden.

—Espera, espera, es que estoy hablando con un cliente —la miró de soslayo—. Si había algo

que realmente le molestaba era una mujer que quería imponerle cosas, toda su vida había hecho lo que le daba la gana.

Allí estaba otra vez, mirando a esa mujer con la cual no tenía absolutamente nada en común. Era exitosa y pertenecía a un mundo que él, por más que trababa no podía entender, le gustaba verla concentrada en su trabajo, era encantadora pegando ese montón de cosas que él ni siquiera podía descifrar. Con ella tenía la sensación de que había un muro, el cual ponía entre los dos, no se entregaba por completo, compartían con pasión sus cuerpos, pero el corazón jamás.

Era un hombre vivaz, muy brillante y sabía que cuando una mujer se comportaba de esa forma, era porque ya había comprometido su corazón anteriormente. Se preguntaba ¿quién sería ese hombre?, ¿a quién le habría entregado sus sentimientos? Tenía la sensación de estar buscando una luz entre las sombras, un haz que nunca penetraba en su mundo.

Parecía una buena idea cuando la vio en aquella fiesta, era la chica más sexy del lugar, atractiva, con esa actitud de “sí, ¿y qué?”, desafiante. Por mucho tiempo fue la envidia de todos, él podía conquistar a la mujer que quisiese, incluyendo a una tan sinuosa como esa, que estaba llena de matices y texturas. Era alguien que no resultaba fácil, se tuvo que esforzar mucho para lograr sus objetivos, tanto que estaba a punto de creer que ella sería la primera y única que se resistiera a sus encantos.

Sabía que cuando la llevó a pasear por la ciudad esta se sentía en la luna, seguramente ninguno de los perdedores con los que había estado se atrevían a hacer lo que él. Era ese tipo de hombres peligrosos que no tenía miedo de demostrar lo que sentían o al menos de fingirlo para lograr sus objetivos, la intención inicial era acostarse con ella, por supuesto, porque se notaba que era muy buena en la cama. Luego haría lo mismo de siempre, ignorarla hasta que se desilusionara sola, pero, las cosas no salieron como pensaba, todo había resultado al revés.

Estuvo con ella y se sorprendió, la sensación era muy diferente a la de todas las mujeres con las que había estado. La intimidad de su abrazo era insuperable, eso lo conmovió, nadie, nadie le había hecho sentir tanto placer en toda su vida. No sabía cómo equilibrar las cosas, se sentía completamente vulnerable, por esa razón desaparecía de vez en cuando, necesitaba un desahogo, o si no ella lo absorbería.

A veces le provocaba ser bueno, convertirse en uno de estos hombres que se domesticaban y que parecían muy felices en esa condición. Pero, no, ¿qué aberración era esa?, definitivamente una situación como esa lo mataría, acabaría con su vida. Ser un hombre de los que se acostaban con la misma mujer todas las noches, dar cuenta de sus actos, dejar de ser ese ser misterioso que se colaba entre la oscuridad, que tomaba lo que quería y luego se marchaba con la luz de la mañana. Era demasiado tentador y excitante como para renunciar a ello, era la adrenalina de la incertidumbre, el reto pintado en el rostro de una mujer, el no saber qué pasaría, aunque en el fondo realmente lo sabía, porque no había una sola que le hubiese dicho no.

- Ya baby, ahora soy todo para ti —le dijo con una sonrisa que no parecía del todo sincera—, es que al mismo tiempo que hablaba con ella veía las fotos de Isabella y corroboraba que no servía para serle fiel a nadie.

¿Cómo?, se preguntaba, ¿cómo es que se lograba algo como eso, cuando existían tantas mujeres hermosas en este mundo? Sabía que era mujer muy inteligente y que lo más probable sería que sospechara de sus actividades de negocios, y eso, precisamente resulta excitante. No era algo del todo malo, porque en el fondo deseaba que ella terminara esa tortura, porque él mismo no estaba en la capacidad de acabarlo, deseaba romper el hilo invisible que los unía y al mismo tiempo no.

- Sí, me imagino —le dijo con cierta sospecha—, era un empresario de mundo, había muchas chicas pululando a su alrededor, y lo peor de todo, es que buscaba en su corazón y no sentía nada, ni siquiera un poco de celos, eso no estaba nada bien, ¿ya era el momento?

Lo suyo no era más que un espejismo, Orlando, el más hermoso espejismo que Verónica había visto en toda su vida. Uno muy sexy, que, sin embargo, se estaba desvaneciendo, como si al convocar a Sebastián una luz hubiese iluminado su oscuridad. Sabía que estaba en alguna movida extraña, pero no tenía conocimiento con quien, el vacío en su alma le indicaba que no estaba enamorada de él, y le daba gracias al cielo por eso, lo último que necesitaba era perder su tiempo con algún desgraciado.

—¿Qué te pasa? —Algo extraño le pasaba a esa mujer, solamente que no sabía qué, era la misma sensación de siempre, la barrera, alguien más estaba en su corazón, y era la primera vez que le importaba saber quién era.

—Nada, no me pasa nada —dijo jugando con su plato—, su mente estaba lejos, preguntándose muchas cosas que no tenían ninguna respuesta, al menos en ese momento.

—¡Oh... vaya!, creo que te faltó un poco de sal —exclamó de repente de manera despreocupado, detestaba la comida insípida, eso le ponía de un particular mal humor. Pero en realidad esa comida estaba bien, solamente quería molestarla para ver si se podía ir de ese lugar, antes de que fuese demasiado tarde y entonces ya no deseara escapar.

—¿En serio? —Le contestó levantando una ceja—, sabía de sobra que la había aliñado muy bien, tal parecía que estaba buscando un motivo para pelear con ella.

—Sí, sabes que no me gusta la comida insípida.

—¡Comida insípida! —Sintió dentro de ella una especie de llama estaba creciendo, era la molestia que ya tenía acumulada, que, de hecho, se venía acumulando desde los últimos dos años que llevaban juntos.

Orlando vio cómo la cara de ella cambió, sabía perfectamente que no había nada que molestase más a una mujer que no apreciaran sus pequeños gestos. Todas reaccionaban igual, era como lanzar combustible al fuego y crear un incendio de proporciones enormes.

—Sí, baby, tienes que ponerle más sal, en fin —y siguió mirando el celular.

—¿Podrías dejar de lado esa maldita cosa? —y ya la molestia estaba fluyendo, hirviendo por todo su cuerpo, sintió que la cara se le estaba encendiendo, tanto como si alguien estuviese haciendo un fuego sobre ella.

Estaba molesta, lo sabía, ese era el momento ideal para argumentar una excusa y salir corriendo a verse con esa chica que tanto le estaba gustando.

—¡Vaya!, estamos un poco quisquillosas por aquí, ¿estás en tus días? —Ella apenas podía creer que él le estuviese diciendo eso—, ¿cómo era que había terminado con ese idiota? —se dijo.

Verónica lo miró con cara de querer asesinarlo. Decirle a una mujer molesta que si estaba en sus días era como convocar la tormenta y quedarse para verla llegar. Era estar en medio de tornado y esperar que este no te lanzase a toda velocidad por los aires.

—Estás muy rara hoy, ¿sabes qué...?, creo que mejor me voy —Verónica lo miró con cara de querer asesinarlo—. ¿Esto era todo?, estuvo una hora de su vida haciendo la cena, desperdiciando su tiempo en este tipejo que ni siquiera se había tomado la molestia de apreciar la mesa y el ambiente romántico que había generado. No, ¡qué va!, ella no servía para estas cosas, ¡qué estupidez!

Sabía que se molestaría y con suerte terminaría con él, Vero hizo todo eso esperando que él lo notara, y en verdad que lo había hecho, lo notó desde el mismo instante en que entró, le gustaba, no podía negar que en su corazón le fascinaba ese tipo de detalles. Aunque por nada del mundo aceptaría que era así, él era el hombre, y los hombres no se doblegan ante una mujer.

—¿Te vas?

—Sí, tengo algunas cosas que hacer y tú estás muy rara hoy, la verdad es que...

—¿Qué? —y abrió los ojos como platos.

Este era el momento, lo sabía muy bien, era el instante en que todo se terminaba para siempre, y él estaba ansioso deseándolo. Solamente necesitaba una palabra, una sola palabra suya, y se largaría de allí feliz o al menos eso suponía.

—Nada, mejor me voy, lo siento cariño, hablamos después —por alguna extraña razón no quería que formulase esas palabras, se iría antes que lo hiciese.

—Sí, hablamos después —le dijo—, estaba tratando sobrehumanamente de controlarse, porque en realidad lo que deseaba era matarlo lenta y dolorosamente.

Salió de allí con la rara sensación de la incertidumbre, por primera vez en su vida no tenía la menor idea de lo que hacía. Toda su vida su gran amor había sido el trabajo y todo lo que de esto se derivaba, siempre ocupado, demasiado como para prestarle atención a tonterías como el amor, ¿quién podría preocuparse por eso cuando tenías el hermoso cuerpo de una mujer desnudo delante o encima de ti?

Esa era su mayor debilidad, las mujeres hermosas, y Verónica lo era, pero de una manera muy diferente a todas las demás. Proyectaba esa aura artística que tanto le gustaba, pero no porque le gustasen mucho las artes plásticas, sino porque ese look de chica excéntrica siempre le había llamado la atención. Era una interesante variación de las típicas modelos con las que siempre andaba, y ya se estaba aburriendo cuando la preciosa Vero se cruzó en su camino.

Desde que la conoció no había parado de reír o sentirse intrigado, ella lo estimulaba de todas las formas posibles, no solo en su cuerpo, sino también en su mente y alma. Era irónica, tanto que parecía su versión femenina, resultaba preocupante el hecho de lo mucho que le gustaba estar con ella. Pero precisamente ese “algo” que la hacía tan especial era lo mismo que la hacía sumamente peligrosa, al menos para su libertad.

Recordó la primera vez que la vio en esa aburrida y absurda exposición a la que uno de sus socios, que supuestamente sabía mucho de artes, le había invitado.

—¡Vaya!, ¡por fin encontré algo interesante aquí! —le dijo emocionado.

—¿Algo? —Le contestó ella enarcando una ceja y con una sexy sonrisa.

—Eres una mujer sumamente... interesante, es que desde que entré lo primero que vi entre todo esto fue a ti, llamas mucho la atención, como que resaltas entre todo este montón de gente aburrida.

—Jajajaja, te aburres porque nunca has ido a una de mis exposiciones, allí no hay lugar para el aburrimiento.

—Deberías invitarme y le sonrió divinamente, de solo verte sé que podrías ser de todo menos aburrida.

—Estás en lo cierto, ¿así que eres bueno leyendo personas? —le contestó siguiendo su juego.

Cuando esa noche la llevó a recorrer la ciudad en helicóptero supo que ya había logrado su objetivo, sonrió en retrospectiva, lo que nunca imaginó es que se le fuese truncado la suerte y él mismo hubiese caído en la trampa del cazador.

—¡Esto es hermoso! —le dijo ella con esa sonrisa encantadora, esa era la misma sonrisa que

adoptaban todas sus conquistas cuando ya había llegado donde quería—.

Su tío era experto en leer a las mujeres, por eso le había aconsejado retirarse a tiempo, debió hacerlo mientras pudo, porque ahora no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Se sentía atrapado, quería irse con todas sus fuerzas, pero por alguna razón desconocida no podía hacerlo, se encontraba imposibilitado, atrapado en un lugar desconocido, sin tener la preparación adecuada para enfrentarse a esa amenaza.

Cristóbal era un experto en la materia y jamás se le había ido una liebre. Le asombraba que su casi hijo se dejara apabullar por una mujer como esa, luego de todo lo que le había enseñado. Resultaba realmente chocante lo que pasaba con él, y pudo ver a tiempo lo que le sucedería, al igual que él y su padre cayó en las redes de una mujer.

—Sobrino, debes tener cuidado con esa chica —le dijo con la cara que ponía cuando se trataba de determinaciones extremas.

—¿Por qué?

—Ya sabes porqué, lo puedo ver en tu cara, esa es de las que llegan a tu corazón y lo hacen pedazos, sal de esa mujer rápido o terminarás muy mal.

Sabía que si no le hacía caso terminaría muy mal, pero francamente no sabía cómo evitarlo. Quería huir, pero no lo deseaba al mismo tiempo, era una situación rara, la contradicción de querer y no querer, de desear y no desear. Un cazador que quería caer en su trampa y al mismo tiempo huir a toda costa de ella.

—Jajajaja, tío, por favor, eso nunca ha pasado, ni a mí, ni a ti.

—Habla por ti solo.

—¿Tú? No lo creo, no puedo creerlo, estás bromeando ¿cierto?

—Una vez, solo una vez.

Si incluso hasta Cristóbal Núñez podía ser atrapado, entonces ¿qué quedaba para los demás?, el gran Cristóbal también había caído, cielos, entonces corría más peligro del que había pensado. Quizás por esa razón siempre le advertía que debía cuidarse de ese tipo de mujer, porque al igual que su padre, él también había caído, como el más vil de los miserables, como un tonto incauto al cual una mujer le destroza el corazón con sus propias manos.

Todos esos pensamientos ocupaban obsesivamente su mente, pero no, era hora de dejar de pensar tanto y hacer. Alejarse de esa chica era lo que más le convenía. Miró su celular, “asuntos de negocios”, ella sí que era un asunto de negocios, esa rubia estaba como quería y seguro era genial en cuestiones amorosas, se le notaba en esa mirada ardiente. Era un buen reto, y casi estaba a punto de lograr su objetivo, y por la misma razón se daba cuenta que perdería rápidamente el interés.

Cada mensaje era más insinuante que otro, sexys, eróticos, hasta llegar hasta lo sexual. La adrenalina fluía por todo su cuerpo de una manera intensa, haciéndole vibrar, se imaginó haciéndole todo tipo de cosas a esa mujer, esas largas y fuertes piernas rodeando su cuerpo, como una boa, tembló, eso era todo lo que necesitaba para olvidarse de su Verónica, o al menos eso creyó.

Un cazador jamás cae en su propia trampa, a un cazador jamás se le va su liebre, jamás tiene piedad, y una vez que toma su presa, la deja de lado porque el placer no está en la comida, sino en la caza misma. Un cazador jamás se deja cazar por nadie, siempre está alerta, entre las sombras, dispuesto a saltar, o huir si es necesario.

Volvió a mirar su teléfono, ¿qué más podía hacer?, era la vida que lo había hecho con ese material, no podía fingir ser otro, él era él, Orlando Núñez el cazador, quien tomaba las presas,

pero a quien nadie podía atrapar.

Isabella: “Hola, eh... la verdad es que sí estoy interesada en dar una vuelta por la ciudad, tu oferta de volar en helicóptero suena tentadora”. ♥♥♥

Sonrió, no había sensación más excitante que esa, el cosquilleo intenso de la cacería, de la presa a punto, que se le entregaba con sus propias manos, deseando ser poseída por su fuerza. Eso era él, y la rubia sería toda suya, le haría todo lo que sus fantasías habían creado.

Fue directo hacia ella, a buscar la presa que estaba en la trampa, esperando para entregársele, y ni siquiera creía necesario el bendito paseo en helicóptero, porque sería suya mucho antes. Fue directo hacia su casa como el drogadicto a su droga, como quien necesita tomar la sustancia que le impacte, porque si no está seguro que morirá.

—Hola —le dijo la hermosa pelirroja cuando le abrió la puerta.

—Hola —dijo él—. Así que negro ¿eh?, sabes cuánto me gusta el negro en esa bella y blanca piel —le dijo abalanzándose sobre ella.

Alicia le sonrió, Orlando siempre acudía a ella cuando tenía problemas, era muy buena amante y no desaprovecharía la oportunidad de hacer el amor con alguien así, aunque estuviese pensando en otra. Solamente ella podía ayudarle, sacarle de sí esa sensación tonta de querer a una sola mujer.

—Muy bien, no te imaginas lo que pienso hacer contigo, mi cazador —le dijo tomándole por el cuello con fuerza.

A última hora había recapacitado, es que a Isabella Lorenzo alguien debía ponerla en su lugar. Las cosas no serían tan fáciles como ella lo había pensado, si lo quería, debería esperarse, tenía que esperar hasta que él decidiera ir por ella, así es como debía ser. En su mente se seguían repitiendo las palabras de su tío, una y otra vez.

—Mírate en ese espejo —le dijo Cristóbal—, no quieras terminar como Elías, dejó todo por esa zafia y mira cómo quedó, todas las mujeres son iguales, tarde o temprano te harán lo mismo.

—Tienes razón, jamás seré como él.

—Bien, muchacho —le dijo dándole una palmada en la espalda mientras se bebían unos whiskys.

Pero si algo sabía Cristóbal era que resultaba mucho más fácil hacerlo que decirlo. Cuando una mujer poderosa se te posaba en frente no había un hombre que se resistiera, y si ella lograba llegar a tu corazón, entonces estarías completamente perdido.

Despertó con la hermosa pelirroja a su lado, se dio cuenta, era inútil tratar de olvidarla en otras mujeres, porque esa sensación resultaba plena, maravillosa, y no se comparaba con ese placer vacío que sentía en ese instante. Se sentó en la cama, preguntándose qué rayos le estaba pasando, infinitamente preocupado, ¡esto era una mierda! Lo que necesitaba era el cuerpo de Verónica y ese placer intenso que experimentaba al estar dentro de ella, lo tenía dominado, ¿de qué forma escaparía de esa mujer?

Debía volver con ella, era la única manera de saciar su alma, su cuerpo, y todo su ser. Así tuvo que hacerlo, pese a todo, y cuando logró entrar en la cama de Verónica otra vez se sintió pleno nuevamente, esto era una completa estupidez, ¡qué mierda!, él estaba acabado.

—¡Oh... baby!, eso estuvo muy bien —exclamó extasiado.

Ella no podía imaginarse la tortura que ese hombre había pasado, luchando contra sí mismo y su orgullo, luchando contra su propio corazón y la extrema necesidad de alzar el vuelo lejos de allí. Pero, no podía demostrarlo, así que su única vía de escape era a través del desahogo sexual,

estaba atrapado, aún sin quererlo, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Sí, bastante.

—Oh... ¿y eso quiere decir...?

—No quiere decir nada —quería estar lo más alejada sentimentalmente hablando de ese hombre, sabía perfectamente que entregar su corazón a alguien así resultaría muy parecido a jugar con fuego, y de la peor manera.

—Estás muy rara.

—No tengo nada —dijo con cierto fastidio levantándose a su vez de la cama—, ya estaba cansada de intentar una conversación con ese hombre, se dio cuenta que el único punto que tenían en común era el buen sexo, ¿para qué seguirse amargando la vida?, decidió que disfrutaría lo único que podían hacer juntos y de gran manera.

—Me gusta mucho ese cuerpo —dijo mientras la miraba caminar desnuda hacia el baño—, sus ojos no se cansaban de ver sus formas, por más que ya las conocía todas, era maravillosa la manera como esos dos hoyuelos a ambos lados de su columna se marcaban cuando ella iba caminando.

Lo dijo con sinceridad, porque ella le estimulaba en todos los sentidos, era ese tipo de mujer que poseía cada pequeño y encantador detalle en alguna parte de su extraordinario cuerpo. No le gustaba precisamente ejercitarse, lo odiaba, de hecho, pero sus genes le dieron la fortuna de heredar uno de estos cuerpos firmes, que no requerían de extremos cuidados para verse maravillosamente bien, un metabolismo bendecido.

—A mí también me gusta el tuyo —dijo más como una evocación—, no había ilusión en sus palabras, era lo cotidiano y, aunque resultaba del todo cierto que su cuerpo resultaba escultural, pues Orlando se cuidaba de trabajarlo consecuentemente en el gym, por alguna razón ya no se sentía tan motivada como antes.

—¡Oh... mierda!, ¿te hiciste otro tatuaje? Esa mancha en su horizonte, otra más, ¡cielos!, ¿en qué pensaba esta mujer?

—Así es... —le dijo mirándolo por encima del hombro, era un pequeño dragón en el omoplato izquierdo.

—¡Cielos!, a este paso te cubrirás toda, parecerás esa chica, no recuerdo cómo se llama, bien, esa misma.

—¿No te habías dado cuenta? Cielos, no eres un hombre muy observador que digamos.

—Estaba oscuro, no veía esa cosa —le dijo con desagrado—, dos tatuajes estaban bien, pero desde que la conocía ya llevaba tres más de los que tenía antes, eso no le estaba gustando, a ese paso parecería una hippie, algo así, y eso no le daba una muy buena imagen para el status que estaba escalando.

—Bien, por suerte la espalda es mía, y soy yo la que lo tengo, y no tú —le dijo algo molesta—, no le gustaba que él tratara de convencerla para ser diferente, la había conocido así y era de esa manera como ella seguiría, no cambiaría por nada, ni por nadie.

—Vaya... ¡qué agresividad!

—Bien, ya sabes que no me gusta que intenten cambiarme.

—Pero, una pregunta.

—¿Qué? —dijo volteándose.

—¡Oh... cielos!, si te volteas así, y me dejas todo eso a la vista no podré concentrarme.

Miraba su cuerpo desnudo y solamente al hacer eso sentía una gran marejada de deseo recorriéndole todo el cuerpo, le gustaba todas y cada una de las deliciosas partes de su ser, sobre

todo eso que se perfilaba tentadoramente entre sus piernas, y que ahora podía ver expuesta ante él. Sus ojos se quedaron mirándola, ese espacio en el cual había habitado y alcanzado el máximo placer le producía escalofríos. Ella era tan hermosa, y esos lunares en sus senos lo enloquecían, diez en total, los había contado todos, había creado una historia con cada uno de ellos.

—Ok —entonces fue al baño y tomó una toalla, salió sonriente—, ahora sí, a ver, dime.

—Es que, me gustaría que usaras algo más cubierto para la cena con los socios.

—¿Por qué? —y arqueó la ceja derecha.

—Porque darás una impresión diferente a la que quiero —sabía que eso la molestaría, pero, era una cena con sus socios, no podía dejar ningún detalle a la ligera, y ella era demasiado, bueno, demasiado todo, y estaba seguro que a ellos no les gustaría su actitud desenfadada.

—Una impresión diferente como ¿cuál?

—No lo sé, sabes que ahora soy el socio principal de la firma, debo verme más... formal, sabes a qué me refiero.

—¿Así que quieres cubra mis tatuajes o mi cuerpo? —no podía creer que le dijera eso—, ¿quién se creía para mandarla a cambiar su ropa y apariencia?, no, Verónica Léger no hacía esas cosas, no era una de esas chicas que se adaptaban a un hombre.

—Ambos, en realidad.

—Ok, ambos, ¿quieres que use una de esas aburridas ropas que te tapan hasta aquí? —Dijo señalándose el cuello.

—Algo así, aunque no exageres, es elegante, eso es todo, es una cena elegante.

—Vaya, entonces mi forma de vestir no es elegante.

—Me gusta cómo te vistes, eres encantadora, sexy, pero ya sabes cómo son esos tipos, tienen ciertas ideas...

Con “ciertas ideas” quería decir que le molestaba todo lo que no perteneciera a su ambiente o fuese como ellos, elegantes, refinados, con una visión sesgada del mundo, y todo lo que se salieran de ese patrón de seguro que no serían aceptados. Él había cometido un error estratégico, ahora estaba con ella y le resultaba prácticamente imposible decirle a esa mujer lo que podía o no hacer.

—Sí, ya me imagino cuáles, estereotipos con la gente tatuada, con las mujeres, las personas humildes, con los que no se visten o son como ellos, etc., etc.

—Oh... vamos, no exageres.

—Te diré algo —le contestó sonriendo, sí, con esa sonrisa que significaba “moriré antes que hacer lo que me estás pidiendo”.

—Ok.

—Deberías buscarte a otra chica. Sí, no me mires así, eso es lo que deberías hacer, una que se ajuste a tus conservadores estándares, porque esta, esta que ves aquí —dijo señalándose—, jamás se someterá a eso. Te juro que nunca seré la esposa conservadora del importante hombre de negocios.

Estaba seguro que diría eso, y con una pasión desbordante que le llegaba desde lo más profundo del alma. Ella no quería ser como esas mujeres que se dejaban opacar por los hombres hasta volverse una especie de remedo de sí mismas, y jamás se vería en una situación así. Verónica Léger era una artista y como tal estaba acostumbrada a imponer su punto de vista, y así sería, y lo expresaba de la manera más poderosa que poseía, con pasión, sin temor ni eufemismos.

—Verónica, no exageres —le dijo sentándose en la cama, donde había permanecido recostado con los brazos detrás del cuello extasiado contemplándola desnuda y semi desnuda.

Él no hacía más que sonreír viendo a esa encantadora mujer peleando como una fiera, con todas sus fuerzas, por algo tan simple, a su entender, como un pobre vestido. Pero no era el vestido, sino lo que este hecho significaba, no se doblegaría ante nadie, y lo miraba con el ceño fruncido, mientras apenas si prestaba atención hechizado todavía con su hermosa apariencia natural.

—No soy ese tipo de mujer que cambia por nadie, no, soy esto que observas —le dijo molesta—. Si te gusta, bien y si no, ya sabes qué hacer —y le señaló la puerta.

—¡Eres imposible! —definitivamente con esa mujer no iría a ninguna parte—, ¿en qué lío se había metido?, ¿en qué rayos estaba pensando cuando creyó que era una buena idea abordarla en ese museo?, ya desde ese instante se veía que hacía lo que le daba la gana.

—Bien, es bueno que lo sepas —dio la media vuelta y se metió en el baño, pero luego volvió a salir.

—¿Qué? —le dijo él frunciendo el entrecejo.

—Sabes, deberías ir en verdad con otra chica, con esa rubia que te ha estado buscando, es una tonta sin personalidad, ella sería perfecta para una cena como esa, hermosa, dócil, manipulable, es perfecta para ti, todo lo que necesitas en tu nueva vida como socio mayoritario de la firma.

—Verónica.

—Puedes hacerlo.

—¿Qué significa eso? —se dio cuenta que tal vez había llegado el momento—, ese que tanto anhelaba, y ella le estaba dando la oportunidad de su vida, solamente tenía que callarse y salir de allí lo más pronto posible como le había enseñado su tío.

—Y bien, de todos modos, no iré a tu estúpida cena.

—No hables así de mi trabajo, yo no hablo mal de tus amigos hippies y locos.

—Ya lo estás haciendo, me he dado cuenta, no te gusta nada de lo que hago, no soy tonta, así que no me engañas con tus tácticas.

—¿Cuáles tácticas?

—Ya sabes cuáles, te conozco bien, a ti y tu tío, así que no creas que soy como una de esas chicas estúpidas a las que le dices tus mentiras y te lo creen todo.

—Verónica, ya basta, no...

—No ¿qué? —y se dio la media vuelta molesta.

—¡Qué mierda! —y dio un golpe en la cama—, pero no precisamente por la discusión, sino porque ella le estaba dando la oportunidad, le estaba abriendo la puerta de par en par, y por qué rayos no se movía de esa cama, ¿qué le estaba pasando? Ella se metió en el baño sintiéndose confundida.

Lo que le estaba pasando no era cosa de juego, había apuestas que eran mejor no hacer, porque podían perderse, y de la peor manera. Como cuando tienes todo el juego ganado y decides apostar nuevamente a lo más alto, y luego sales de allí sin nada, él tenía esa misma sensación. Deseaba mandarla lejos, pero sus labios estaban sellados, por alguna extraña razón no podía hacerlo, qué rayos, esto era peor de lo que pensaba, no quería ni imaginar lo que estaba sucediendo dentro, en su corazón, no se atrevía siquiera a pensarlo.

Estaba a punto, quería decirlo, abrió la boca y se sorprendió de sí mismo, mientras sus labios se movían, él se asombraba de sus propias palabras. Fluyeron libremente como un río, sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

- Lo siento querida, si quieres puedes ir, y ve como prefieras, así eres perfecta.

Maldición, ¿qué estaba diciendo?, ¿esa era la forma en que terminaría con ella? ¿Diciéndole

exactamente lo que quería escuchar? Por supuesto que no, debía admitirlo, no deseaba terminar, la verdad es que quería estar con ella, seguir con esa mujer que le generaba una felicidad completamente diferente a todo cuanto había experimentado hasta ese momento.

Vero se preguntaba lo mismo, ¿quién era este hombre y qué había hecho con su novio? Quien la miraba ahora parecía alguien sensible, con sentimientos y no el Orlando que conocía, algo raro tenía que estar pasando. Pero la verdad es que él tampoco se entendía, ni tenía idea de por qué lo hacía, ni cuáles eran sus motivaciones para ello.

Tampoco quería escarbar en la verdad, porque según pensaba, no había peor cosa que tratar de desenterrar muertos, porque entonces podían salirte miles de fantasmas, así que lo mejor era dejar las cosas como estaban. La miró con deseo, no podía dejar de imaginársela sobre él, resultaba delicioso verla así, completamente desnuda sobre él dándole ese placer increíble.

Orlando estaba pasando malos momentos, al menos según su óptica, si llegaba a formalizar algo con esa chica, ¿qué haría?, eso no era para él, porque siquiera lo estaba considerando. El agua recorrió su cuerpo mientras su mente se atormentaba con un montón de preguntas, ya ni siquiera la sexy pelirroja podía sacarlo de su angustia, ya nada bastaba, había caído, sí, al igual que una vez lo hizo su propio tío, al igual que su padre y muchos más.

Se vistió, mientras seguía pensando, entonces se dio cuenta que ella lo estaba viendo, con esa cara que ponen las mujeres cuando quieren algo más que conversar. Le había gustado lo que dijo, justo lo que no deseaba que se sintiera más pegada a él, rayos, estaba haciendo todo lo contrario a lo que debía hacer ¡maldición!

—¿Qué? —le preguntó él mientras se acomodaba la camisa.

—Nada, nada —pero sabía que sí era algo porque tenía esa sonrisa, esa misma de “te arrinconaré contra alguna pared”.

—Bien, me voy —le dijo dándole un ligero beso en los labios—, no quería seguir profundizando en esa situación a pesar que el arrinconamiento no le parecía nada despreciable, pero no tenía tiempo, y además eso solamente afianzaría el hecho que se estaba convirtiendo en, ¡horror! Una pareja con alguien.

—¿Cuándo es la maldita cena? —le dijo ella con su natural aire desenvuelto.

—Mañana a las 8:00 p.m., en “Bistro”.

—Bien, ok, te llamaré.

—Bien —y salió dejándola llena de muchas dudas, pero él también se sentía igual, estaba muy rara.

Esa mañana no era solamente ella la que estaba llena de dudas, él salió de allí con el peso del mundo sobre sus hombros. Pensó que por lo menos tenía la pelota en su cancha, todavía lo miraba con deseo y él podía darse el lujo de alejarse como solía hacerlo cuando necesitaba recuperar el dominio de la situación.

Eso pensaba, pero al día siguiente las cosas siguieron empeorando, pensaba en ella, en verdad que no se la podía quitar de la cabeza, pero por más que la llamaba la mujer no atendía el teléfono. Seguro que estaba en el “nicho” trabajando, y como acostumbraba hacerlo dejaba su teléfono en el piso inferior.

—¡Qué mierda!, ¿qué se ha hecho esta mujer?

Las horas siguieron avanzando y no portaba por ningún lado, se cansó de llamarla y nada, ¿qué le pasaba a esta mujer?, la muy maldita ¿acaso le estaba haciendo lo mismo? ¿Le estaba aplicando su famosa fórmula? No podía creerlo, Orlando Núñez, angustiado, llamando a una mujer, esperando por ella y la bitch no atendía el teléfono.

Mientras tanto, en su taller, ella sonreía tomándose una copa de vino, ahora Orlando tenía su propio merecido. Sonreía, bien podía decirle a su amiguita rubia que lo acompañara, no aguantaba la risa. Pagaría por verle la cara a ese idiota, ahora sí que el juego estaba emparejado, y su querida amiguita podría pasear en helicóptero con él, no le enorgullecía haber visto su celular, pero tampoco se dejaría ver la cara de tonta por nadie.

No la llamó más y ella tampoco a él, eso seguro que significaba algo, ¿habían terminado? No lo sabía, ni estaba segura de nada, pero no tenía tiempo para pensar en Orlando, la exposición se venía encima, y eso era más que suficiente para tener la mente ocupada. Ya casi todas sus piezas estaban listas, y solo faltaba el performance, lo ensayaba una y otra vez.

Pero, lo que menos se esperaba se topó en su camino, algo que no sabía ni tenía programado, fue como una luz que alumbraba entre sus sombras. Sonreía nuevamente, y con todas sus ganas, Sebastián era su luz en medio de la oscuridad, allí estaba con su sonrisa y ocurrencias, el pasado se encontraba otra vez ante ella.

Estaba de lo más distraída con él saliendo del Dragón Dorado, la llevaba del brazo riéndose de lo lindo, era una nueva motivación para su vida, y no cabía de la felicidad. Ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor, su obra los unía nuevamente, y el encuentro en ese museo resultó completamente afortunado.

A esa misma hora Orlando se acercaba al Dragón Dorado con un nuevo socio y su famoso tío Cristóbal Núñez, era un almuerzo de negocios, y para él no había nada más excitante que eso, le gustaba la sensación de tener el poder, que él diera una orden y los demás la ejecutaran. Era otro tipo de caza, pero que le producía la misma sensación placentera.

Mientras estaba pensando en la nueva empresa que formarían, en donde su tío era uno de sus socios, no se dio cuenta de lo que pasaba frente a él, hasta que levantó la vista hacia la puerta, y allí estaba ella sonriendo con un tipo, el cual era bastante atractivo, de hecho. No podía creerlo, era Vero y andaba con otro hombre, luego que había tenido el descaro de dejarlo plantado en su cena de negocios.

—Sobrino, no sé si me equivoque, pero creo que esa chica que está allá es tu novia ¿no es así?

—Sí, es ella —dijo tratando de disimular su turbación.

—Oh... vaya.

—Sí, debe estar con uno de sus amigos —agregó adelantándose a los pensamientos de los otros dos hombres.

Ella lo miró y parecía también sorprendida, ¿andaba con otra persona? No, si fuese así no habría reaccionado de esa manera, así que solamente podía ser alguno de sus locos amigos. Aunque este en particular no le cayó nada bien, ni siquiera a simple vista, tenía algo que no le gustaba, y para eso tenía un gran instinto, jamás se equivocaba.

—¡Vero! —dijo él asombrado al verla con ese hombre que parecía un modelo de revista—, sin embargo, ella no reaccionó inmediatamente, su tío escrutaba la situación con una extraña sonrisa.

—Hola, Orlando, ¿cómo estás?

—Bien, ¡y tú? —le dijo con una sonrisa sarcástica—. ¡Vaya!, ¡qué sorpresa!, no me dijiste que estarías aquí, estabas almorzando con...

—Ah... te presento a Sebastián, recuerdas que te hablé de él, mi mejor amigo de la infancia.

—Ok.

Se notaba por su forma de hablar que estaba molesta, por supuesto debido a que no había asistido a la fulana exposición. Pero no tenía ningún derecho, pues ella también lo había dejado plantado. ¿Qué se creía esta mujer para tratarlo así?

—¿Cuál Sebastián? —Por alguna razón este tipo le causó molestias—. Bueno, por todas las razones del mundo en realidad, era obvio que se trataba de un hombre muy atractivo y con una presencia arrolladora, y estaba allí con su novia “almorzando”, rayos, no se lo esperaba.

Pero no era eso solamente lo que le molestaba, era la forma en que él la miraba, como si entre ellos hubiera algo, no precisamente una relación amorosa, sino una cosa mucho peor, entre los dos no había muros. Sintió una profunda molestia en su corazón, conocía perfectamente a las mujeres, pero mucho más a los hombres, y esa mirada, esa forma de ver a Verónica le decía todo, él estaba enamorado de ella.

—Montenegro, ya te lo he dicho, mi amigo de la infancia que estudiaba conmigo en el colegio ¿recuerdas?

Por supuesto que lo recordaba, pero esto era increíble, no se parecía en nada a la persona que le había descrito, era evidente que había cambiado físicamente o ella le había mentado. No había nada que le daba tanto poder a un hombre como saberse deseado por las mujeres, y la cara de Verónica lo decía todo, le gustaba, y mucho, esa mirada no era de amistad precisamente.

Todo lo que estaba pasando allí resultaba completamente evidente para él, se sintió tan molesto que casi no podía disimularlo. Pero él tenía un alto poder de disimulo y, aunque sentía una especie de fuego avanzando hacia su cara, respiró profundo. Ese Sebastián le daría problemas, o tal vez no, quizás era justo lo que necesitaba para deshacerse de Verónica, pues no había nada mejor para terminar una relación que la vieja excusa del pasado, una relación así resultaba excitante, y si ella se enamoraba de ese idiota seguramente sería la propia Verónica quien terminaría la relación.

—Oh... no puede ser, pero me lo habías descrito de una manera muy diferente, me dijiste que era un chico... gordo y... ¡Oh... lo siento!, jajajaja, es que eso me dijo que eras un chico pasado de peso.

De alguna manera tenía que sacarse esa molesta espina de encima. Seguía punzando, cada vez con más fuerza, pero no lo demostraría por nada del mundo, un hombre jamás hacía eso,

—Oh... no te preocupes —y le estrechó la mano—. La gente cambia e imagino que lo sabes, ¿y tú eres...?

—Orlando Núñez, el novio de Verónica —lo dijo recalcando esa frase—, y sintió un extraño fuego en su rostro, por segundos creyó que estaba perdiendo su acostumbrado dominio de sí mismo, esa fría capacidad de aplacar sus emociones sin importar lo que pasara a su alrededor.

—¡Qué bien!, no me había hablado de ti, pero qué bien, eres un hombre muy afortunado de tener una novia como Vero —y le pasó el brazo por detrás de los hombros a la chica.

—Ustedes parecen tener mucha confianza, pensé que tenían mucho tiempo que no se veían.

—Así es, pero ya sabes cómo es, cuando eres, eres, y nosotros siempre hemos sido los mejores amigos —pero no la soltaba—, Orlando lo miraba con cara de querer asesinarlo, ¿quién mierda se creía para abrazar así a su novia?

El fuego seguía creciendo, cada vez con más fuerza, como si un incendio forestal campara sobre él. Quería agarrar a ese tipejo y caerle a golpes de una buena y maldita vez, esa cara de satisfacción como si supiera que el mundo también estaba a sus pies, era un duelo de titanes, donde campaba la testosterona.

—Vamos entonces —le dijo Sebastián a Vero—, como si él tuviera la capacidad de decirle hacia donde ella tenía que ir, pero lo que más le molestaba era la actitud de ella, jamás se había dejado conducir por él, entonces ¿por qué dejaba que este imbécil lo hiciera?, ¿qué tenía?, ¿por qué hacía lo que él dijera?

—Sí, está bien.

—¿A dónde van? —le preguntó Orlando—, Vero vio cómo su cara se iba tornando más enrojecida, era sorprendente, su gesto había cambiado de un momento a otro.

Era una nueva forma de ponerlo en su lugar que no había contemplado hasta el momento, pero estaba resultando bastante bien, la había dejado plantada en su exposición, y ahora estaban a mano. ¿Qué venía después?, se preguntaba si esa sería su vida, un duelo continuo con ese hombre, un dimes y diretes crónico, no, eso era demasiado, pasar toda su vida así era una pérdida de tiempo, tal cual como le había dicho su tía Lili, si llegaba a una edad madura sabiendo que había perdido todo su tiempo con alguien como él, peleando y en diatribas, sería demasiado triste.

—Es que estamos recordando viejos tiempos, hacemos una especie de tour por el pasado.

—¿Tour por el pasado? —repitió él con una sonrisa.

Esperaba que ese tour por el pasado no incluyera otras cosas, ¡maldita sea!, ¿en qué momento ese tipejo se había metido entre ellos?, o... ¡maldición!, tal vez ese muro que siempre mantenía no era más que este hombre, sí, podía ser, él sabía cómo pensaban las mujeres, tal vez ese muro invisible se estaba materializando finalmente en la forma de Sebastián. Su mejor amigo de la infancia, la forma como lo dijo, con orgullo y un tonto gesto de ilusión, el tono suave de la voz, ligeramente grave, como cuando una mujer estaba excitada, lo sabía, era eso, maldita sea, lo miró con ganas de golpearlo, ese desgraciado.

—Así es —le dijo Vero—. Por cierto, la exposición estuvo muy buena, por si en algún momento te lo llegaste a preguntar.

Sonreía, quería que le dijese algo al respecto, pero él evadió el tema de una forma astuta, porque no quería en ese momento entrar en diatribas. Las cosas no estaban muy a su favor, de eso se encontraba seguro, debía recuperarse rápidamente, y lanzarse indirectas no era la forma más adecuada de hacerlo.

—¡Oh... cielos! —se dijo llevándose la mano a la frente—, es que, lo siento, tuve mucho trabajo.

—Tranquilo, no te preocupes.

—Estuvo muy buena —le dijo Sebastián con una sonrisa de oreja a oreja.

Y este ¿qué? Se dijo, ¿quién está hablando contigo? Pareció decirse, ¿quién se creía este idiota para interrumpir la conversación entre ambos?

—¿Tú fuiste? —Le preguntó sorprendido—, así que tenían tiempo viéndose, y tal vez por este individuo no había ido a su reunión de negocios, después de todo, ellos parecían tener mucho en común, mientras Vero y él, pues, casi nada, exceptuando las fastuosas jornadas que tenían en la cama.

—Claro, Vero me invitó, tenía que ir, de hecho, no me lo perdería por nada del mundo.

El tal Sebastián seguía abrazando a su novia, mientras él tenía que presenciarlo, era evidente que ese tipejo deseaba darle celos, pero ¿por qué?, ¿cuál era la razón por la que se había propuesto a hacer eso? Quería darse su tiempo para pensar, respiró profundo, no iba a dejarse llevar por la primera impresión, después de todo, si algo había aprendido en la vida era a tomarse las cosas fríamente y con calma.

—Bueno —dijo recuperando su habitual dominio de sí mismo—, si nos disculpan, tenemos un almuerzo de negocios, nos vemos después cariño —le dijo al mismo tiempo que le estampaba un beso apasionado el cual ella trató de evadir sin éxito.

No se iba a ir en blanco por nada del mundo, debía demostrarle a ese estúpido quién era el dueño de ese jardín. La besó como nunca lo hacía, con tanta fuerza y pasión que la dejó sin aliento. ¡Cielo santo!, ¿qué rayos era esto?, la sensación le resultó bastante agradable, pero, sin

embargo, se dio cuenta que Orlando quería darle celos a Sebastián, ¿por qué hacía eso?, ¿qué le pasaba?, a él esas cosas no le importaban.

—Iré a tu casa esta noche.

—Es buena idea, tenemos algo que hablar —le dijo y se sentía convencida—, ese idiota se llevaría su merecido por tratarla de esa manera.

Ella tenía la cara de las determinaciones extremas, esa que las mujeres adoptaban cuando se decidían a hacer algo, aunque fuese desagradable. Era de temer cuando una de ellas tomaba esa actitud.

Orlando jamás lo había comprendido, él había estado toda su vida dando vueltas, y ahora estaba ante esa mujer que lo miraba con la lejanía en sus ojos. El gesto que las mujeres tenían cuando habían decidido alejarse de alguien, para siempre.

Bien, se supone que eso era exactamente lo que había estado deseando. Pero, entonces, ¿por qué se sentía de esa forma?, se supone que debía estar feliz, se estaba deshaciendo del obstáculo que bloqueaba su libertad, y con la mejor de las estrategias, esa que solo podían dominar los maestros del oficio. Como siempre decía Cristóbal, no había una mejor forma de terminar con una mujer que orillarla a que ella misma lo hiciera. Era su gran triunfo, deshacerse de la mujer que representaba un verdadero peligro para su libertad.

Isabella estaba de moda ahora, y era muy buena, en todos los sentidos, exceptuando en lo más importante, no era Verónica. ¡Qué mierda!, ¿qué era esta tristeza extraña que ahora embargaba su corazón?

—¿Estás aquí? Porque parece que he estado hablando sola, ¿estás aquí? —Le repitió mientras él parecía encontrarse en otro mundo, uno muy lejos de allí, donde lo que había tenido sentido ya no lo poseía.

—Sí, aunque la verdad preferiría no estar —dijo sin poder evitarlo—, ya no tenía la fortaleza para disimular lo obvio, que se había enamorado de Vero, así, sin apenas darse cuenta.

Esta vez era oficial, él, el gran Orlando Núñez era un cazador cazado, el cual cayó en la propia trampa que cauta y sigilosamente había puesto. Uno más entre muchos, uno como cualquiera, otro más del montón.

—¿Qué? —le preguntó—, ¿no es como tu sueño hecho realidad? —Lo miraba con cara de ironía.

—Claro que no, no digas eso —esta vez era sincero, en realidad no lo deseaba, la verdad es que no tenía la menor idea de lo que quería—. Pero había bastado que la viera con Sebastián para que un fuego se encendiera en su interior de una manera intensa.

—¡Oh... vamos Orlando!, seamos sinceros de una buena vez, eres el peor novio del mundo, el peor de todos, no sirves para eso, creo que serás más feliz en tu mundo, con esa libertad que tanto te gusta, admítelo, estabas loco porque llegara este momento.

Le asustó la manera como lo dijo, con una intensidad potente que le salió desde lo más profundo del alma. Era el peor novio de todo el mundo, claro, ¿cómo no lo sería?, él nunca había tenido una novia de verdad, no sabía lo que era eso, no tenía ni la más maldita idea de lo que era tener una relación.

—No es así —y esta vez, ante su propio asombro, estaba diciendo la verdad.

—Ajá...

—Bueno, es la verdad, si quieres créeme, no puedo hacer nada para comprobar algo que es tan abstracto.

—Ya sabes lo que dicen, tú eres como Pedro y el lobo.

—Ok, ¿así que ese es el concepto que tienes de mí?

—Lo siento, pero un mentiroso siempre será un mentiroso, aunque no lo sea ¿sí me entiendes?

—Así que... debí ir a esa exposición, cuando tú no fuiste a mi cena de negocios, a la cual te invité expresamente.

—¡Maldita sea Orlando!, no se trata de la exposición, no se trata de eso, no has entendido nada, nunca entiendes nada ¿cierto?

—Explícate, ustedes las mujeres son tan complicadas.

—Se trata de todo, lo sabes, en el único lugar donde nos va bien es en la cama, eso lo sabes, pero fuera de allí, somos como dos extraños que no tenemos nada en común. Además, no tienes problemas para conseguir alguna compañía femenina, pensé que me suplirías con... ¿cómo rayos se llama? Isabella, eso es Isabella Lorenzo, es una chica muy bonita, sin lugar a dudas queda mejor contigo que yo, eso es definitivo.

—Vaya, así que, mira...

—¡Hey!, no me creas estúpida, sé lo que estás fraguando en tu cabecita, alguna de esas tremendas mentiras que te inventas, pero no, la verdad, no quiero escucharlas. ¿Me vas a decir que es una amiga o que simplemente anda detrás de ti, y ya, eso es todo?, sé todas tus excusas.

—No, la verdad es que no te diré eso —y se asombraba que estuviera diciendo esas cosas—, un maestro nunca mostraba sus trucos, y mucho menos debilidad, esa era una de las máximas que debían respetarse, su tío se lo había dicho miles de veces.

—Entonces... ¿qué es lo que me quieres decir?

—Esa chica sí quiere algo conmigo, yo no soy ningún santo, pero no he estado con ella, ni siquiera nos hemos citado.

—Ok, entonces tu famosa invitación a volar en helicóptero supongo que se le ocurrió a ella.

—Ok, ya entiendo, estuviste esculcando en mi celular, no pensé que fueses así.

—Tú no tienes la menor idea de nada Orlando, nunca la has tenido, y no te atrevas a reclamarme nada.

—Ok, entonces aclárame las cosas, así quizás pueda entenderlo mejor.

—Sabes, te diré algo, la pasamos muy bien, pero eso fue antes, ahora las cosas son diferentes, a ti no te interesa en lo más mínimo lo que hago, no fuiste a mi expo, está bien, tampoco fui a tu cena de negocios.

—Me dejaste plantado.

—Ese no es el punto.

—¿Cuál es entonces?

—No me preguntaste cómo salió todo, ni siquiera me preguntas de mis obras, nada, la verdad es que no te importa mi mundo, entre los dos hay una barrera infranqueable, admítelo. Para ser justos, a mí tampoco me interesa lo que haces, me parece la mierda más aburrida del mundo, y sé que es valioso y necesario, pero a mí me pudre, lo siento, me da sueño oírte hablar de inversiones, ya lo dije.

—Ok, entonces con ese tal Santiago sí tienes mucho en común, supongo, es artista también, entonces se entienden.

—Sebastián, se llama Sebastián, sí, tenemos mucho en común, eso es completamente cierto.

—¿Por qué tendría que saber cómo se llama ese idiota?, la verdad es que no me interesa en lo más mínimo lo que haga o deje de hacer.

—Es mi amigo, ni siquiera conoces a mis amigos, además, no tienes por qué saberlo, nunca te han importado mis cosas.

—Tus amigas me detestan, por eso no salimos con ellas, sé que siempre han estado en contra de nuestro noviazgo.

—Te vieron Orlando con esa rubia, no sé cómo se llama, con la cual has estado mandándote mensajes, vi lo que te puso en el teléfono y una mujer que habla así es porque tiene mucha confianza con un hombre, eso es definitivo. Sé que te crees muy inteligente, pero el resto de los demás también lo somos, cuando dices “asuntos de negocios” sé exactamente a qué asuntos te refieres.

—Oh... vamos.

—Vamos, sí, vamos, pero en caminos diferentes, tú por tu lado y yo por el mío.

—¿Por qué no te sinceras?

—¿A qué te refieres?

—A que todo se debe a ese Sebastián, es por él, ¿tienes algo con ese tipo?

—Te dije que es mi amigo.

—¡Oh... vamos Verónica!, dices que no tenemos más que nuestra química en la cama, pero te aseguro que tenemos mucho más, te conozco y sé cómo te pones cuando algo te gusta realmente, sé que ese tipo te gusta, así digas que es tu amigo y nada más.

—Bien, entonces ¿cuál es tu teoría?

—Ya te la dije, te gusta ese tipo, te gusta y mucho, eso que tienes con él no es una amistad, no lo es.

—Ok, sí, me gusta, esa es la verdad.

—Oh... vaya, ya veo, entonces...

—Entonces nada.

—Te has acostado con ese tipejo, ¿es eso?, ¿te acostabas con él?

—No, no me he costado con él, aunque no mereces una explicación, tú te acuestas con todo el mundo, así que eres el último con derecho a cuestionarme.

—No te cuestiono, lo que tengo es celos, esa es la verdad, no me mires así, tú dices la verdad y yo te digo la mía, por primera vez en mi vida estoy celoso, y de un idiota como ese, la verdad es que no sé qué me pasa —y se sentó sin fuerzas en la silla.

—¿Qué pasa?, estás extraño, ¿no es como tu sueño hecho realidad?

—No, eso creía, si te soy sincero, eso pensaba, pero no, ahora me siento terriblemente triste, es decir, tú tienes algo, algo que en ningún otro lado he podido encontrar, y ese algo me llena todo por dentro —le dijo conmovido.

Verónica no salía de su asombro, era la primera vez que veía a Orlando así, parecía realmente conmovido, pero no sabía si creerle, después de todo, él era un experto en el engaño, y hasta estas demostraciones podrían ser otra de sus mentiras. Analizaba su rostro, este hombre la estaba sorprendiendo de forma inesperada.

—No sé si creerte.

—Vamos, debes tener el peor concepto de mí como para no creerme, aunque me veas demostrar un sentimiento sincero.

—Me has mentado todo el tiempo, ¿qué quieres que haga?

—No puedo evitar ser quien soy, sabes, así he crecido, así me he hecho, y tal vez nunca pueda corresponder con esa imagen del hombre maravilloso que quieres para tu vida, pero te diré algo, no hay nadie que sea perfecto, así que, si eso es lo que estás buscando, lamento decirte que te vas a desilusionar, porque nunca va a ocurrir nunca.

—No espero eso, pero al menos quiero alguien para quien yo sea lo más importante, una

persona con quien pueda tener cosas en común y que me ame en verdad, tanto como para que no salga corriendo detrás de la primera rubia que pase por enfrente.

—Touché.

—Sabes que no sirves para eso Orlando.

—Puedo intentarlo —lo dijo con una sonrisa de miedo, casi de terror.

—No te pediría eso.

—¿Por qué?, ¿por qué si estoy aquí contigo no puedes darme la oportunidad?, ¡cielos!, esas palabras, jamás pensé que diría algo como eso, jajajaja, tú sí que eres una mujer peligrosa.

—Por la misma razón Orlando, porque tú no eres así, y serías terriblemente infeliz si tuvieses que fingir algo que no eres.

—¿Así que no me darás ninguna oportunidad?

—Orlando, por todos los cielos, hemos estado dos años juntos, ¿qué más oportunidad que esa puede haber?

—Estoy enamorado de ti, y creo que es la primera y última vez que diré esto Vero.

—Entiendo.

—No te volveré a buscar.

—Lo sé.

Cuando Orlando salió de allí estaba acongojado y lo primero que pensó fue en ir a tomar con sus amigos, o tal vez en visitar a Alicia, su chica de consuelo, ambos se consolaban juntos en los peores momentos, y este era uno de ellos. Pero no, no estaba en ánimos para eso, era la primera vez que no sabía descifrar los deseos de su propio corazón. No supo cuántos whiskys se tomó, pero ya pasaban de cuatro, y las cosas comenzaban a mejorar. En eso estaba cuando vio a una interesante chica de cabello liso y muy negro, hermosa, esta le sonreía.

Bueno, se dijo, no todo es malo en la vida, parecía que la fortuna le seguía sonriendo y no había perdido el toque. A otra cosa mariposa, se dijo, y se levantó de la silla hacia donde la preciosa mujer estaba sentada.

—Hola.

—Hola, te vi desde que entraste.

—Ah... ¿sí?

—Sí.

—Mi nombre es Orlando.

—Lo sé —le dijo cruzando sexymente las piernas.

—¿Sí?

—Sí, me han hablado mucho de ti, y de todas tus proezas, eres legendario, diría yo, y cuando te vi me dije, ¡vaya!, ¡qué suerte!, al fin podré averiguar si es verdad o mentira.

—¿Qué cosas?

—Ya sabes qué cosas.

—Ok, bien, entonces averigüémoslo —la cacería volvía a empezar para él—.

CAPÍTULO XI

Percepción

—Oh... vaya, al fin apareces —le dijo con sarcasmo—, ¡qué buena amiga eres!

—Jajajajaja, de hecho, soy tu mejor amiga querida, aunque ahora no lo comprendas.

—¿De qué hablas?

—Yo me entiendo, yo me entiendo.

—¡Ja!, no creo que sea un misterio para nadie lo que puedas estar pensando o haciendo. Primero me dices que invitaste a Sebas, luego no sé qué le habrás dicho a él y ahora te desapareces para no enfrentar las consecuencias de tus terribles actos. No creas que no me di cuenta, ¡cielo santo!

—Mi plan maestro.

—Sí, claro, muy maestro, cariño, eres tan obvia como un tiburón hambriento.

—Jajajajajaja, pero no me digas que no te llevaste una sorpresa, no lo niegues.

—Sí, claro, cualquier ser sobre la faz de la tierra lo haría.

—¡Cielo santo!, cuando vi a ese hombre por la video llamada, OMG, ¡qué hombre para ser más bello!, ¡maravilloso!

—Sí, se ve muy guapo.

—No lo he visto en persona, jajajaja, ¡quiero verlo!, ¡quiero verlo!

—Eres una ridícula.

—¿Tienes vino? ¿De ese que tanto me gusta?

—Tengo uno muy bueno, pero es para las visitas deseadas, no para los que se cuelan sin pedir permiso y juegan con tu vida como si fueses una marioneta.

—Jajajaja, idiota —y se enrumbó hacia la nevera—, en tu momento me lo agradecerás. Sé que la has estado pasando muy bien con él.

—Ajá, sí como agradeces un tropezón en el dedo pequeño del pie a media noche. Ok, ya veo que has estado hablando con Lili.

—Jajajajaja, ya sabes cómo es esa mujer.

—Por supuesto que lo sé.

—¡Oh... maldición! —gritó.

—¡Qué!, ¿qué rayos te pasa?

—Es un Cabernet Sauvignon, ¡un maldito Cabernet Sauvignon! ¡No puedo creerlo!, ¿quién te trajo esta cosa?

—Mi madre.

—Oh... amo a tu madre, esto sí que es un regalo, me serviré una copa.

—Claro, anda, con confianza, si quieres tomas una bolsa y te llevas mis verduras, toma lo que necesites.

—Genial, jajaja.

—El sarcasmo no funciona contigo, ¡cielo santo!, ¿qué hice para merecer esto?, tener que aguantarme por 16 años, es un castigo del cielo.

—Jajajajaja, sí, es tu karma, debes pagar por lo que hiciste, maldición, huele rico —y se sirvió la copa—. Ahora que tengo mi copa de vino, podemos hablar.

—¿A qué te refieres?
—A todo, ¿qué pasó con la expo y tu vida...?, ya sabes.
—Mmm, ¿a qué te refieres?
—¡Oh... cielos!, ¿todo hay que explicártelo?
—Eres una metiche, ¿qué quieres saber?
—Ya sabes qué quiero saber.
—Terminé con Orlando —dijo de repente.
—¡Qué!
—Eso, ya lo dije, terminé con Orlando.
—Eso no era lo que quería saber, pero es... ¡genial! ¡Hay que celebrarlo cielo santo!, ¡esta es la mejor noticia que me has dado en mucho tiempo!
—¿Te parece?
—Por supuesto, ¿todavía lo dudas? Eso es como quitarse un gran peso de encima, no, un peso no, un maldito elefante de encima, jajajaja, sí, un mastodonte, jajajajaja, un maldito mastodonte.
—Tú siempre con tus exageraciones, eres terrible.
—Soy realista cariño, sé que en algún lugar tu madre y la tía Lili deben estar lanzando fuegos artificiales.
—No lo creo.
—¿No lo crees? Esa mujer debe estar feliz, las dos en realidad.
—La verdad, es que esa mujer no sabe nada, no tiene la menor idea de lo que estamos hablando tú y yo.
—Oh... cielos, jajajaja, esto es una especie de misterio, un secreto, jajajajaja, ¿por qué tanta discreción?
—Se llama vida íntima cariño, así le dicen, y por alguna buena razón.
—Ok, pero me alegra, te felicito por deshacerte de ese tipejo.
—No sé, fue muy raro.
—¿A qué te refieres?
—Es que, pensé que el desgraciado estaría muerto de la felicidad, jajajajaja, no lo sé, fue muy raro, tenía una actitud... como si en verdad se sintiera mal.
—Jajajajaja, cielos, a mí me han hecho eso miles de veces, esa es la técnica de los verdaderos artistas, jajajaja, solo los mejores pueden lograr que te sientas culpable por hacer lo que exactamente quieren, jajaja, ese desgraciado es bueno.
—¿Tú crees?
—Por supuesto linda, eres muy inocente, Orlando Núñez es un maestro, un artífice del engaño. Es más, debe estar de lo más feliz en este momento con una linda rubia, con esa linda rubia.
—Oh... sí, me persiguen las rubias, sí.
—¿A qué te refieres?
—A nada.
—Habla bruja desgraciada.
—Nada, nada, es solo que parece... no sé, a los hombres le gustan muchos esas brujas rubias.
—Sí, puede ser.
—Es así, y aplica a todo.
—¿Por qué lo dices?
—Sebastián también tiene una bruja sexy con él.
—¿Qué?

—¿No lo sabías? Pensaba que ustedes eran los mejores amigos del mundo.

—Jajajajaja, ya deja el sarcasmo.

—Ajá, ¿y sabías que se va?, ya se va para España a seguir su vida con ella, bueno, todas sus cosas están allá.

—¿Vas a dejar que se vaya? ¿Acaso estás loca?

—¿Qué rayos quieres que haga?

—¿Lo vas a dejar ir maldita loca?

—Tiene novia, ya me escuchaste y la quiere mucho.

—La quiere mucho, mis greñas, ¿acaso estás ciega mujer? Si la quisiera tanto no andaría todo el tiempo buscando excusas para verte, un hombre que actúa así es porque gusta de una mujer.

—Estás loca.

—Claro que no, la loca eres tú.

—La otra noche...

—La otra noche ¿qué?

—Casi estuvimos juntos.

—¡Qué!, ¡rayos!, entonces no entiendo.

—Ella le escribió, entonces él se puso extraño y se fue.

—¡Rayos!

Verónica no sabía cómo ir detrás de un hombre, jamás lo había hecho, nunca en su vida tuvo esa necesidad. Le resultaba algo inverosímil y absurdo.

—¿Cuándo se va?

—Hoy.

—¿Estás aquí tan tranquila diciéndome eso? Vamos pedazo de bruja, anda, ve por él.

—No lo haré.

—Deja el orgullo o perderás a ese hombre para siempre, esa rubia parece más avispada que tú.

—¿No escuchaste lo que te dije? Ella le escribió y se fue, después de eso todo se volvió extraño.

—Ok, pero deberías preguntarle.

—Intenté hacerlo y me evadió.

—Cielos, no sé qué decirte.

—No hay nada que decir, quiere a su novia, así es como debe ser, si fuese como Orlando, no...

—No ¿qué?, no lo amarías como lo haces ¿cierto?

—Ya basta, dejemos esto hasta aquí.

Así que en vez de ir por él se fue a su casa, no, jamás iría detrás de un hombre, no lo haría. Se repitió eso hasta que estuvo segura que él ya no estaba en el país. Entonces fue a trabajar, pero maldición, lo primero que consiguió fue ese boceto, había que ser masoquista, el boceto del apamate, una instalación, la perfecta y más maravillosa abstracción de un maldito apamate, y no de cualquiera, sino de ese.

Ella era una mujer fuerte, se afianzaría de la misma forma que lo hacía siempre, concentrándose en su trabajo. Se tiró de cabeza sobre los bocetos y luego en el material, hasta comenzar a perfilarlo, uno a uno los árboles de su instalación comenzaron a salir, y su museógrafa ya estaba perfilando la nueva exposición.

El tiempo pasaba y su mundo se estaba cerrando, ahora el único centro de su vida era el arte, no había más. La nueva exposición estaba en curso y esta vez, muy a su pesar, envió una invitación para Sebastián. Por supuesto, no esperaba que pudiera asistir, tenía un trabajo, una vida y una

novia.

—Es una mala idea.

—Por supuesto que lo es, pero al mismo tiempo puede resultar en algo bueno.

—¿Qué quieres decir tía?

—Quiero decir que aquellos que no arriesgan nada, no obtienen nada.

—Sí, pero aquellos que arriesgan pueden obtener una gran desilusión.

—Así es el juego, hija.

Ese mismo día se quedó sentada en medio de la calle, de esa inmensa sala del museo. Las formas sintetizadas caían suavemente al igual que en su referente. Era una de las mejores obras que había hecho, no solo por la calidad de las formas y el manejo del material, sino por la rica paleta, estaban ahí todos esos maravillosos violetas, que a su vez se reflejaban encantadoramente en el piso.

—Es genial —y sonrió.

Pero lo malo de lanzar una pelota hacia arriba es que debes esperar que esta vuelva a caer. Así estaba ella, esperando que Sebastián emitiera su respuesta, ¿iría a la exposición? Después de todo, seguramente tenía otras cosas que hacer, era verano nuevamente y él visitaría a su familia, las cartas estaban echadas.

La velada fue trascurriendo y ella seguía a la expectativa, mirando a cada persona que entraba por la puerta, tratando de encontrar las facciones de él en todo hombre que veía en medio de la multitud. Las horas pasaron y entendió que no iría, de seguro tenía otras cosas que hacer.

Lo había perdido para siempre, ahora seguramente estaría con esa chica, sino algo que debía ganarse con esfuerzo y trabajo, la tal Eva lo había hecho. De pronto vio a alguien conocido, una persona que le pareció familiar.

Era una chica hermosa, que llevaba un minivestido de color rojo y que al entrar todas las miradas se fueron hacia ella, las masculinas y también las femeninas. Una rubia despampanante, tanto que parecía una modelo.

Se quedó mirándola, es que ¿cómo no hacerlo?, era preciosa. La chica venía caminando hacia ella, seguro para felicitarla como muchos otros lo habían hecho durante la noche. La miraba con un gesto extraño, algo que no podía entender, y a medida que se acercaba, más detalló sus facciones, entonces se dio cuenta del porqué le parecía tan conocida.

—Hola, tú debes ser Verónica ¿no es cierto?

—Así es —le dijo—, pero le llamaron la atención esos ojos azules penetrantes, no era algo bueno, su mirada tenía una especie de llama, como un desafío.

—Qué bien, quería conocerte en persona, tienes talento, todo esto es genial.

—Ok, ¿y tú eres...?

—Oh... vaya, pensé que me conocías, jajajaja, lo siento, soy Eva, Eva Lorenzo.

—Eva Lorenzo... ¿dijo como para sí misma?

—Sí, soy la novia de Sebastián.

—Ah... ok —una punzada se clavó en su pecho—, era ella, la novia de Sebastián, una mujer preciosa, tenía sus ojos azules clavados encima, como si la quisieran penetrar.

Ella buscó alrededor instintivamente, en alguna parte de ese lugar estaba Sebastián, el hombre del cual estaba enamorada. ¿Cómo es que estuvo tan ciega todo el tiempo, sin darse cuenta que era el amor de su vida?, nunca le prestó atención y ahora sentía el peso de su propio vacío.

—¿Estás buscando a Sebastián?

—¿Perdón?

—Es evidente que lo estás haciendo.

—No sé de qué me hablas, es decir, lo invité, es lo lógico que quisiera verle, es mi mejor amigo.

—Sabes, no engañas a nadie.

—¿Perdón?

—Por favor, sabes perfectamente a qué me refiero, sé muy bien que estás enamorada de Sebastián, se te nota a leguas.

—Se ve que eso te molesta mucho.

—Al contrario, me da risa, es decir, es lindo que después de todo este tiempo sigas enamorada de alguien a quien conociste hace tanto tiempo. Digamos que es... tierno, algo así, jajajajaja, pero no es real, creo que es mejor que lo entiendas. Ese tipo de ilusiones juveniles nunca prosperan.

—¿Y por eso viniste hasta aquí, desde España, para decírmelo?

—No, la verdad es que solo vine por curiosidad hasta este sitio.

—¿Curiosidad?, obviamente que tu objeto de curiosidad soy yo y no mi obra.

—La verdad, es que te soy sincera, no sé mucho de arte, pero lo que conozco bien es a las chicas como tú, y vine a decirte que dejes tranquilo a mi novio, ese hombre va a ser mi esposo, y nadie se va a interponer en eso.

—Creo que eso lo debe decidir él ¿no crees?

—Ya decidió ¿no te has dado cuenta? Creo que es algo totalmente evidente, querida, decidió por mí.

—Es bueno que te sientas tan segura de ello, la cuestión es que si estás tan segura ¿qué haces entonces aquí?

—Jajajajaja, bien, no busques a Sebastián porque no está aquí.

—Bien, ¿ya terminaste?

—Sí, ahora te deseo que estés bien, eres una buena artista, me gusta mucho tu obra —le dijo señalando los árboles, al mismo tiempo que se volteaba con una sonrisa sarcástica.

Verónica se quedó así, de una pieza, casi temblando de la rabia, esa mujer no era tan inocente como creía Sebastián. Bueno, ¿quién podría culparla?, haría lo mismo si sintiera que alguien estaba interponiéndose en su camino, en el de ella y el hombre que amaba.

—¿Qué te pasa? —le dijo Sara—, ¿qué quería esa chica?

—Es ella.

—¿Quién?

—La novia de Sebastián.

—Ah... sí. Vaya... ¿y qué rayos hacía aquí esa mujer?

—Vino a marcar su territorio.

—¿Vino solamente para eso?

—Eso creo.

—Entonces debe tenerte mucho miedo si es así, venir desde tan lejos solamente para eso, vaya, es extraño.

—Creo que en realidad vino con él, solamente que no está aquí, sería tonto venir desde España solamente para verme.

—Se han dado casos.

—Puede ser, pero no, él debe estar en alguna parte, seguramente en casa de su familia.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Por qué crees que voy a hacer algo?

—Se te nota en la mirada, es evidente que vas a hacer algo.

—Iré a su casa.

—¿Para qué?, lo invitaste y no vino, ¿qué vas a hacer a ese lugar?

—Hablar con él, se supone que es mi amigo y no vino.

—Di la verdad, lo quieres ver, eso es todo, no tienes que mentirme, yo soy tu amiga.

—Bien, lo quiero ver, puedo ¿no? Pasé muchas horas de mi vida en esa casa, conozco a su madre desde siempre, puedo ir a su casa.

—Bien, como quieras, haz lo que desees, ya eres una adulta, pero puedes encontrarte algo desagradable.

—Asumiré las consecuencias.

Al día siguiente se dirigió al lugar, y cuando llegó una marejada de recuerdos vinieron a su mente. Ella jugando con Sebastián entre la verde grama, mientras los aspersores los mojaban, esos días sí que fueron maravillosos, cuando su padre todavía estaba con ellos.

Se detuvo frente a la casa y por alguna razón se quedó paralizada, no se atrevía a descender del vehículo. De repente, lo vio, estaba saliendo de la casa, y se veía precioso, ese hombre alto y hermoso que era ahora, pero al mismo tiempo el hombre tierno que desde siempre había sido el dueño de su corazón sin ella apenas saberlo.

Casi estaba a punto de llamarlo, se sentía emocionada, aunque a su vez molesta, quería preguntarle por qué no había ido a la exposición. Pero entonces ella salió, la odiosa rubia estaba con él, se abrazaron y lo besó, era demasiado para Verónica, como si él mismo le tomara el corazón y lo estrujara entre sus manos. Entendía exactamente lo que Sebas sintió en aquellos momentos cuando la encontró con Armando, pero esto era peor, mil veces peor, ahora eran unos adultos y no había regreso.

Lo miró con melancolía, es que no sabía cómo luchar con lo que estaba pasando dentro de su ser. Sebastián sonreía, estaba muy cómodo con esa mujer, se veían felices, mientras a ella un puñal se le estaba clavando en el corazón.

Se sintió tan estúpida, había venido hasta ese lugar solamente para verlo abrazado a su linda novia rubia, besándose y siendo felices. Era preciosa, no se podía negar, y él se veía absoluta y completamente feliz, no tuvo la valentía para avanzar hasta ellos, ¿qué sentido tenía?, ya no había espacio en su mundo. Hubiese sido totalmente estúpido hacerlo, humillante, Sara tenía razón, lo mejor era irse de ese lugar.

Sebastián había escogido, y tal vez lo había hecho bien, porque ella tuvo su oportunidad y la desperdició, ahora se alejaría sin dejar rastro, no le volvería a hablar, ni buscarlo. Era demasiado doloroso, ahora entendía exactamente lo que él había pasado, y se sintió completamente estúpida. ¿Por qué no lo vio antes?, ¿por qué estuvo tan ciega?

Seguir mirando eso era como una cura contra el mal de amores, el dolor se parecía a un puñal directamente clavado en su alma. Cielo santo, si él sintió eso mismo se merecía todo lo que le estaba pasando. Ellos salieron a caminar y ni por un momento voltearon hacia donde ella estaba, los vio alejarse y en el mismo sentir su alma se iba alejando, era un hilo que se rompía, poco a poco y dolorosamente.

El verde era tan intenso que resultaba cegador, el camino que tenía por delante era largo, pero valía la pena recorrerlo. Se dijo a sí misma que no necesitaba de nadie para recorrerlo, y volvió de tripas corazón, aunque fuese solo una mentira, por los momentos le servía para paliar su dolor. Todo era cuestión de perspectiva, no podía ser tan malo.

CAPÍTULO XII

En primavera

Las flores caían sobre el verde intenso de la grama, la suave brisa era un murmullo de solemnidad, no se puede perder aquello que jamás has tenido. La sensación resultaba abrumadora, no obstante, era un consuelo estar allí, sabiendo que esos maravillosos recuerdos nadie podría quitárselos, los había vivido, y esa era la realidad.

El aroma era delicado, entonces tomó la manta para sentarse debajo del árbol, eran las 4:00 de la tarde y pronto se pintaría el cielo con los maravillosos tonos del crepúsculo. Ahora que Sebas se casaría seguramente con esa chica, era como si su mundo colapsara, lo había perdido para siempre, y no tenía ningún derecho a luchar, hizo todo lo que pudo, pero al verlo tan feliz sintió que lo mejor era dejarlo andar en su propio camino.

Ella había tenido su oportunidad y la desaprovechó, él tenía derecho a ser feliz con quien quisiera, y si esa chica lo amaba tanto como parecía, ¿quién era ella para interponerse en su camino? No necesitaba una artista, necesita a alguien dispuesta a amarlo con todo su corazón, sin importar el pasado y el futuro. Sebastián Montenegro, ¿quién lo diría?, ahora estaba llorando por él, su mejor amigo.

Su madre tenía razón, los mejores amores eran los que nacían de las grandes amistades. Se sentía tan tonta, prefería la versión de Orlando, por lo menos así no se comprometía emocionalmente, no había dolor sino una simple ruptura en la cual no saldría tan herida como se estaba sintiendo en esos momentos, como si alguien le hubiese clavado una puñalada en el pecho. Cerró los ojos, era doloroso, mucho, recordó los momentos que habían pasado juntos, todos y cada uno de ellos.

—¡Qué mierda!, ¡el amor es una mierda! —exclamó con rabia—, luego miró su estúpido tatuaje, amigos por siempre, mis cuernos, ¡maldición!, y restregó el tatuaje con fuerza, como si quisiera arrancárselo hasta sacarse sangre, las lágrimas saltaban de sus ojos, rodaban por sus mejillas, el dolor era tan intenso que parecía que se le reventaría el corazón.

Se volteó para ver el estúpido dibujo en el tronco del árbol, **Amigos x 100 PRE**. Era una triste cicatriz, un impacto en la corteza que no significaba nada, absolutamente nada. La amistad no era para siempre, nada lo era en realidad, la vida resultaba muy cruel, la entropía era una ley dura, todo debía cambiar en este universo, absolutamente todo.

La alfombra de color violáceo se expandía hasta donde alcanzaba la vista, todos los apamates estaban florecidos y eran increíbles, el paisaje había cambiado y le recordaba mucho la instalación que había diseñado. Era el bosque, todos y cada uno de esos perfectos entes unidos en una gran masa de color rosáceo, azulado, violeta, en todos los matices posibles.

—¡Maldita sea! —en ese momento sonó su celular—, ¿qué rayos quería ahora Sara?

—Hola, ¿dónde estás?

—¿Qué te importa?

—Vaya... ¡qué manera de saludar tienes niña!, la mala educación por delante.

—Disculpa, es que me siento... mal.

—A ver, ¿qué siente la señorita?

—No puedo contarte por aquí.

—Ok, pero, ¿dónde estás?, bueno, no me digas, ya sé dónde estás, justo en el maldito apamate de tus desgracias.

—Así es, tal parece que soy muy predecible.

—Tranquila, eres una bitch con suerte, mira que tener una historia como la tuya, es genial.

—¿Una historia como la mía? ¡Ja!, ¡dichosa y bella historia donde salgo perdiendo!

—Cielos, no tienes la menor idea de nada.

—Fui una tonta, estaba ciega, tuve el amor allí frente a mí todo el tiempo y jamás me di cuenta.

—Ajá, y eres tan tonta que fuiste por él y no hiciste nada, ni le dijiste que estabas allí.

—Lo vi feliz con esa chica.

—A veces todo es cuestión de percepción ¿no lo crees?

—No en este caso, la verdad es que no puedo ser tan egoísta, tuve mi momento y ahora, ya es muy tarde.

—¿Lo quieres?, dime, ¿quieres a Sebas?

—Claro que lo quiero, mucho, lo he querido siempre, pero jamás me di cuenta hasta que fue muy tarde, soy muy inteligente para mi arte, pero en el amor soy una tonta, no soy más que una tonta.

—Tienes razón, lo eres, jajajaja, pero tal vez todo tiene solución en este mundo.

—¿A qué te refieres?

—Voy para allá, te llevaré café y hablaremos, sé que no soy lo que deseas, jajaja, pero soy un buen consuelo.

—Digamos que sí.

—Bueno, espérame ahí, ya voy para allá.

—Ok, está bien.

Cuando colgó no podía dejar de reírse, otra vez haría una de las suyas, era su estilo, pero alguien debía atreverse entre este montón de gente confundida, saber que siempre tenía la razón le gustaba.

—¿Lo ves?, te lo dije.

—Sara.

—Ya estás aquí, no hay nada que perder.

—Tienes razón, no hay nada que perder más de lo que ya lo he hecho.

—Exacto, ustedes son unos tontos, si no fuese por mí, cielo santo, soy importante en este universo, ¡maldita sea!, vamos, andando —le dijo al tiempo que lo empujaba para que se bajara del vehículo.

Verónica se arropó porque hacía un poco de frío en ese lugar, cerró los ojos para sentir cómo los pétalos caían sobre su rostro, resultaba encantadora la sensación, y el suave perfume del apamate. Era el final, debía aceptar que ese hombre jamás estaría con ella, merecía ser feliz, no era quien para robarle su felicidad.

—Te dejo libre, eso también es amar... —dijo en voz baja—, seré feliz si tú lo eres también, quizás haya dos grandes amores en la vida, tal vez haya otro hombre por allí para mí, y con suerte me ame como tú lo hiciste o más, aunque creo que eso será muy difícil.

Llegaron al parque y el corazón de Sebastián latía con tanta fuerza que juraba se le saldría por la boca. ¿Qué pasaría?, ¿tendría la valentía para volver a decirle lo que aquella vez no pudo?

—Bien —le dijo sin bajarse del vehículo—, ahora depende de ustedes dos, no puedo hacer más nada.

—Gracias Sara, gracias por todo lo que has hecho.

—No hay de qué, es como mi misión en la vida, juntar a las almas tristes o una mierda así.

—Jajajajaja, ok, te creo.

—Adiós, y ya sabes, dile todo lo que sientes, no huyas esta vez como hiciste antes.

Cuando caminó hasta el bendito apamate, ella estaba recostada bajo el árbol y parecía dormida. Envuelta en esa manta, se veía como la bella durmiente, reposando allí entre todas esas flores. Era una visión etérea, una obra de arte en sí misma, la más hermosa de todas.

Verónica abrió los ojos y se incorporó al verle, se notaba muy sorprendida, ambos se miraron en silencio. La sensación poética del momento se acentuaba con los pequeños pétalos cayendo, como si fuesen nieve.

Se le quedó mirando con ternura, sentía que no era necesario decirle todas esas cosas que guardaba en su corazón, porque sus ojos hablaban por él mismo. Era la sensación que ella podía leer su alma, con tanta intensidad como si la tomara entre sus manos, con delicadeza y al mismo tiempo con fuerza.

—Vero.

—Sebas, esta vez déjame hablar a mí.

—No, espera, yo jamás he tenido el tino de hablar las cosas, de decirte lo que en verdad pasé durante todos esos años.

—Sebas, no te imaginas yo... he sido una gran tonta, no he sido más que eso, una tremenda tonta, no entendí nada, estaba...

—Vero, no digas eso, lo que dije en esa ocasión era porque estaba dolido, yo... siempre estuve...

—Lo sé —le dijo con lágrimas en los ojos!!6, pero si solo me hubieses dicho algo, eras tan especial para mí, de seguro que me habría enamorado, habría sido tan fácil.

—No pude, no quería perderte por nada del mundo, creí que, si te decía algo, entonces nuestra amistad acabaría y era lo único que teníamos, esa amistad tan bonita, la más bella, tú eras el más hermoso tesoro de mi corazón, Vero... —y él también comenzó a llorar.

—Pero, ¿qué pasa con Eva?, siempre has dicho que es una mujer maravillosa.

—Lo es, ciertamente que lo es.

—Entonces...

—Es muy especial, y por esa misma razón merece que alguien la ame en la misma proporción que ella lo hace, no merece estar con alguien que quiere a otra mujer.

—Sebas... —y sus ojos se abrieron como platos.

—Tu tía y tu madre tienen razón, tú y yo nos veríamos muy bien juntos, en verdad que sí.

—Jajajajaja, cielos, tienes una manera muy rara de decir las cosas.

—Ahora parece tan fácil, pero entonces ni siquiera me atrevía a pronunciar esas palabras, y mucho menos al verte con ese tipo, fue como si me prendieran fuego por dentro, te imaginas. Esa noche, precisamente esa noche iba a buscarte para decírtelo, te imaginas lo que sentí al verte con ese idiota, sabía que hablaba pestes de las mujeres, y que tú no significabas nada para él, todo el daño que te hizo, veía cómo tus ojos se apagaban y lo odiaba, quería golpearlo, patearlo al ver cómo te trataba como si fueses una cosa suya y no una persona, alguien que merecía respeto y amor.

—Sebas, por favor.

—No, espera, déjame terminar, esto es importante, necesito decirlo ahora, sino esas palabras se me van a quedar atoradas en la garganta.

—Bien.

—Cuando salí de ese lugar me sentí roto, lloré por días, entonces tomé la decisión de que nadie me haría daño, nunca más. No dejaría que otra persona me dañara así, entonces que me fui a España y cada paso que di lo hice para alejarme de ese chico, de ese Sebastián que fui, el chico tímido y gordito que le caía bien a todo el mundo, pero al cual nadie amaba como hombre.

—Eso no es cierto.

—Siempre decías que no te gustaban los hombres tímidos, que te encantaban los atrevidos, que hablaban e iban por lo que querían, así intuí que no me amarías nunca, que jamás te fijarías en mí.

—Pero ¿cómo podría hacerlo?, si ni siquiera demostraste que me querías.

—Te lo demostré de todas las formas posibles, incluso, te desnudaste delante de mí, ¿sabes lo que se siente? Sabes lo mal que me sentí al ver cómo ni siquiera pasaba por tu mente que era un hombre, que sentía pasión, no sabes cómo me tuve que ir ese día, estaba tan... en fin, no me consideraste como un hombre de verdad.

—No es eso, ya ves que me desnudo a cada rato, tú mismo lo has visto, jajaja, lo siento, es un mal chiste, perdóname, es que eras mi amigo, confiaba en ti 100%.

—Exacto, no pensaste nunca que te vería como a una mujer.

—No, estás equivocado Sebas.

Las flores seguían cayendo sobre ellos llenándolos con su aroma, era el momento, tal cual como lo había soñado. Ambos, finalmente, y otra vez sobre ese mundo de color violeta llenando sus sentidos.

—Yo no me di cuenta, pero las cosas fueron pasando Sebas.

—Déjame terminar, por favor.

—Bien.

—Te amé desde aquel día en que te vi descender esas escaleras, con tu vestido fucsia, eran tus quince años, y yo me enamoré de ti desde ese instante, allí lo supe, y... ese sentimiento no ha cambiado desde ese momento.

—Sebastián...

—Así es, nunca he dejado de amarte, ni por un segundo, todo este tiempo que estuve aquí...

—¿Por qué no te quedaste?

—Pensé que habías tomando una decisión, que ya no querías saber nada más de mí, y que debía seguir con mi vida.

—Pero... no fui clara, creo que luego de lo que pasó entre nosotros, aquella noche, creí que estaba claro que me gustabas.

—Tenía un compromiso, esa noche ella me escribió y...

—¿Qué?

—Creía que estaba embarazada, por eso...

—Entiendo, entonces... —y sintió un frío en su pecho, eso era algo que no había previsto.

—No, no, solamente fue una falsa alarma, no era así.

—Pero seguiste con ella.

—Era mi novia, teníamos mucho tiempo, creí que era lo correcto, considerando que tú tenías un novio formal.

—No, era lo más cómodo supongo, era lo más cómodo para ambos, resultaba mucho más fácil seguir así, con lo conocido, en lugar de luchar por lo que queríamos.

—Puede ser...

Era tan obvio, mientras la brisa soplaba sobre ellos resultaba completamente absurda su separación. El miedo se había apoderado de sus almas, ahora sus ojos se encontraban nuevamente,

y frente a frente parecía tan fácil, tan sencillo soñar que podían tener una vida juntos tan solo con desearlo.

—No tengo novio, ya solo tengo mi arte, y a mí misma.

—No, te equivocas, me tienes a mí, dentro de mi pecho y del tuyo, uno en el otro, nos tenemos, desde siempre, por siempre será así.

—Sebas...

—Vero... te amo —entonces la besó, como siempre quiso hacerlo con todas sus fuerzas, igual a aquella noche truncada.

Verónica se estremeció entre sus labios, y luego tembló en sus brazos, como él siempre lo soñó, la piel entre la piel, ambos lanzándose a un mar tormentoso, arriesgándose a la muerte misma. La vida tenía curiosas maneras de pintar la existencia, esta vez con los colores del cielo y de la sangre, con los matices de la tarde y de los árboles, en una paleta de prístinos tonos verdes y azules.

—**Amigos x 100 PRE**, ¿eh?

—**Amigos x 100 PRE** —le dijo ella sonriendo y mostrándole el tatuaje en su brazo.

Su corazón había encontrado la paz, ya no buscaba con desesperación llenar el vacío que su padre había dejado. Era completa en sí misma y, sin embargo, estaba dispuesta a compartir su mundo con alguien más. Sebas era el cómplice perfecto para comenzar esta nueva aventura.

Ellos se habían tornado en formas figurativas y abstractas, un paisaje donde la existencia se completaba, en el cual la vida se avivaba, los caminos encontraban finalmente su propósito. El amor siempre hallaba la manera de encontrarse, y el más bello de todos nacía de la amistad, la más grande y pura. Sabían que su sentimiento era profundo, no un simple apasionamiento, no eran sus cuerpos, no eran sus almas, sino algo mucho más trascendente, la amistad, fuerte y duradera, como el hierro, el agua y el aire, como el fuego, **Amigos x 100 PRE**.

FIN.

Si te ha gustado este libro, por favor déjame un comentario en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 1

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 2

Azul. Un Despertar A La Realidad. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 3

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 4

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 5

Azul. La Princesa Rebelde. Una Novela romántica de Mercedes Franco Saga No. 6

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 1)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 2)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Una Novela Romántica de Mercedes Franco (Libro 3)

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina Del Desierto (Libro 4).Los Secretos Del Rub Al-Jali. Las Voces Del Desierto. Una Novela Romántica De Mercedes Franco

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina Del Desierto (Libro 5).Los Secretos Del Rub Al-Jali.La Maldición De Los Saab. Una Novela Romántica De Mercedes Franco

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina Del Desierto (Libro 6).Los Secretos Del Rub Al-Jali. El Regreso De Los Hijos Del Viento.Una Novela Romántica De Mercedes Franco

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Mercedes Franco

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 2)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros (Inmortales Libro 3)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 1)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 2)

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 3)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 1)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 2)

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal (Inmortales Libro 3)

Seduciendo al Vampiro (Libro 4).Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad. Saga Inmortales de Mercedes Franco

Seduciendo al Vampiro (Libro 5).Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad. Saga Inmortales de Mercedes Franco

Seduciendo al Vampiro (Libro 6).Guerrera de Fuego. El Vasto Precio de la Libertad. Saga Inmortales de Mercedes Franco

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 1)

Dinastía de las Sombras. Juegos de Poder. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 2)

Dinastía de las Sombras. Cantos Oscuros. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 3)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 1)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 2)

Corona de Fuego. Una Historia de Romance Paranormal de Vampiros (Inmortales Libro 3)

Oscura Dinastia (Libro 1) Fantasía Paranormal de Vampiros. Saga Inmortales de Mercedes Franco

Oscura Dinastia (Libro 2) Fantasía Paranormal de Vampiros. Saga Inmortales de Mercedes Franco

Oscura Dinastia (Libro 3) Fantasía Paranormal de Vampiros. Saga Inmortales de Mercedes Franco

La Furia y El Poder De Las Sombras (Libro 1) Fantasía Paranormal de Vampiros. Saga Inmortales de Mercedes Franco

La Furia y El Poder De Las Sombras (Libro 2) Fantasía Paranormal de Vampiros. Saga

Inmortales de Mercedes Franco
La Furia y El Poder De Las Sombras (Libro 3) Fantasía Paranormal de Vampiros. Saga
Inmortales de Mercedes Franco

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista
Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada
Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)
Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico
Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.
Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?
Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.
Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes
Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos
Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia
Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.
Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.
Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3
Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro
Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad
Autora: Lorena Cervantes

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.